DESEO

El amor en su máxima expresión



LOBO SOLITARIO



Lobo solitario

¿Qué podía ser más inofensivo que una boda? Cuando subió en aquel lujoso automóvil al lado de Kelly Corcoran, la resplandeciente novia, Wolf Conroe descubrió que una pacífica boda podía ser muy peligrosa.

Ninguno de los dos podía imaginar que iban camino a Sudamérica y que sus secuestradores los habían confundido con otra pareja…

CAPÍTULO 1

—¡NO! ¡Absolutamente no!

—Vamos, Wolf. ¡No seas necio! —respondió Sam Bennett.

Wolf Conroe estaba estirado sobre uno de los cómodos sillones reclinables que había en el cuarto que usaba como estudio. La vista a través del amplio ventanal, revelaba las colinas que rodeaban a las Montañas Sandía y la ciudad de Albuquerque, Nuevo México, anidada en el valle cercano. Sam estaba desparramado sobre un sillón reclinable, frente a la misma vista. Ninguno de los hombres mostraba interés en el panorama frente a ellos.

—Quizá yo sea estúpido, pero todavía no he perdido la razón y no tengo intención de alentarte en tus planes.

Sam dio otro trago de la botella de cerveza que sostenía en la mano.

—Pero tú eres mi mejor amigo.

—Exactamente.

Sam miró a su mejor amigo y suspiró. A veces le parecía imposible comprender la actitud de Wolf hacia el matrimonio, que no se debía, ciertamente, a falta de oportunidades. El era el tipo de hombre que hacía que las mujeres volvieran la cabeza para mirarlo. Era alto y esbelto, uno de esos hombres que cautivan la atención. Su cabello grueso color ébano y sus ojos, igualmente negros, eran indicios de su sangre apache por parte de madre. El podía tener mujeres en cualquier momento y, sin embargo, no mostraba interés en establecer relaciones con ellas.

Sam siempre había envidiado la buena apariencia de Wolf. La herencia india de Sam le había hecho ser más bajo, de estructura gruesa y rostro redondo. No tenía la intensidad meditativa de Wolf, que las mujeres tomaban como desafío.

La verdad era que Wolf ignoraba a la mayoría de las mujeres a menos que se inscribieran en sus clases de Geología en la Universidad. Sam sabía que ocasionalmente, Wolf pasaba el tiempo con una mujer que comprendía su necesidad de no comprometerse y no estar atado a una relación, aunque esas ocasiones eran raras. El era un lobo solitario, no había ninguna duda al respecto.

Sam lo intentó una vez más.

—Tú sabes que raras veces te pido algo, Wolf.

Wolf llevó a su boca una botella de cerveza como la que Sam sostenía y tomó un largo trago. Con indicios de una sonrisa, miró a su amigo y le dijo:

—Quizá sea esa la razón por la cual hemos sido amigos durante tanto tiempo.

—Maldición, Wolf. Sé razonable —Sam podía sentir que su irritación crecía. Ya iba siendo hora de sacar la artillería pesada—. Odio sacar a relucir esto —dijo reacio—, pero me lo debes, amigo.

Wolf miró a su amigo. Estudió a Sam un momento en silencio antes de preguntar:

—¿A qué viene eso? —había verdadera curiosidad en su voz.

—Porque yo una vez te salvé la vida cuando estábamos en la Marina.

Una taimada sonrisa apareció en el rostro de Wolf.

—¿Así que no querías sacarlo a relucir, eh?

—No, ¡maldición! Me prometí que jamás te lo recordaría. Yo estaba ahí cuando tú me necesitabas, y sólo hice lo que tenía que hacer... Nunca iba a recordarte —Sam frunció el ceño y miró hacia la ventana.

—Te agradezco que salieras en mi ayuda en aquella ocasión, fue una absurda pelea de bar y de no ser por ti yo no estaría aquí ahora

Sam hizo un gesto.

—El punto que trato de recalcar es que yo estuve ahí cuando me necesitaste —insistió obstinado.

—Concedido.

—Ahora es tu turno.

—¿Para salvar tu vida? Es fácil. Cancela todo el asunto. Ese es el mejor consejo que un hombre puede dar a su mejor amigo.

Con la mano abierta Sam golpeó la mesa que había junto a la silla e hizo un ruido fuerte sobre la madera.

—¡No, maldición! Ahora es tu turno de estar ahí cuando yo te necesito.

Wolf miró la botella en su mano derecha. Podía sentir la lógica en lo dicho por Sam, que estaba enredándolo poco a poco en los lazos que se habían forjado entre ellos durante los años, despertando su sentido de la obligación y el deber. Odiaba ese

sentimiento, pero Sam era lo más cercano a un hermano que tenía. Se conocían desde hacía quince años y habían vivido juntos muchas cosas. Trató de encontrar un hoyo en la trampa...

—¿Por qué no puedes escoger a alguien más?

—Porque no quiero a alguien más, ¡por eso! Será uno de los acontecimientos más importantes de mi vida y quiero que tú estés ahí cuando suceda.

—Demonios, Bennett. Mi presencia no es crucial. Janice estará ahí. Eso es todo lo que necesitas.

—Janet.

—¿Que?

—Su nombre es Janet, no Janice. Supongo que no es un nombre tan difícil de recordar.

—No es sólo el nombre, Sam. ¿No comprendes? Me preocupa que te involucres tan profundamente con alguien como ella. No sería tu amigo si no intentara separarte de un daño potencial.

Sam suspiró y movió la cabeza. Bebió antes de preguntar:

—Ya que no conoces a Janet, ¿cómo puedes decirme que estamos planeando lo que será un desastre?

—Me dijiste que ella es de Boston, ¿no?

—Sí.

—Bueno, ahí lo tienes —movió la mano y tomó otro trago.

—¿Qué tienes contra Boston?

—¡Oh! Vamos, Sam. No es sólo Boston. Es todo el este. Es otro mundo, debías saberlo. ¿Recuerdas lo que sucedió cuando fuimos a la universidad? —antes que Sam comentara, Wolf continuó—: Aprendimos lo que los del este piensan de nosotros. Esa gente piensa que somos poco más que salvajes. Esperan que nos presentemos con pintura de guerra y blandiendo tomahawks.

Sam rió al recordar sus días en la universidad después que salieron de la Marina.

—Hicimos lo posible por no desilusionarlos, ¿recuerdas?

Ambos hombres rieron.

—¿Recuerdas cuando hicimos una redada en el dormitorio, llevando tantas cabelleras como pudimos encontrar?

—¿Y aquella vez que pediste prestado el lápiz de labios a una chica y te pintaste las mejillas y la nariz con rayas?

—¿Y cuando te exhibiste en el edificio de la sociedad de

alumnos llevando nada más que un taparrabos y mocasines de ante?

Todavía riendo, Wolf entró en la cocina y llevó más cervezas. Cuando regresó, le pasó una a Sam. De nuevo su voz sonó sombría.

—No necesitas relacionarte con los protestantes blancos, Sam. La última persona que necesitas en tu vida es una liberal malcriada que está presa de sus fantasías sobre la vida en el Oeste —Sam movió la cabeza.

—Janet no es así.

—¿Cómo la conociste?

—A través del Centro de Asuntos Indios en Washington. Fui al Este para una conferencia en septiembre y ahí la conocí.

—¿Y cuatro meses después te declaraste?

—Estaba listo para hacerlo a los tres días, cuando terminó la conferencia.

—Dios, Sam. En realidad debes hacer examinar tu cabeza. Ni siquiera conoces a esa mujer.

—Nos hemos visto tan a menudo como hemos podido. Hemos hablado por teléfono varias veces a la semana. Fui a conocer a su familia el mes pasado, durante la Navidad.

—Y vas a decirme que esta buena y anticuada familia de Massachusetts está jubilosa de que su hija se case con un indio americano.

—Yo no he dicho eso

Wolf levantó sus cejas.

—¡Ah! ¿Será posible que no sea yo el único que sugiere cautela en esta situación? ¿Qué dijeron ellos?

—Fueron educados y corteses conmigo. No pude desear anfitriones más afables... —su voz se cortó.

—¿Hasta...?

—Hasta que les dijimos que estábamos comprometidos. Hasta entonces yo era alguien que ella conocía a través de su trabajo, un amigo, y ellos me aceptaron de esa forma.

—Pero ya no están tan ansiosos de tenerte como parte de su familia —el comentario de Wolf fue más una aseveración que pregunta.

—Ya lo harán.

—Ya veo

Sam frunció el ceño.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Que su familia probablemente tendrá las mismas reservas que yo acerca de que se casen. Probablemente estarán haciendo lo indecible para convencerla, justo lo que yo estoy haciendo contigo.

—No me preocupa eso. Janet y yo hemos hablado del asunto muy ampliamente. Comprendemos que será un choque para todos. Si mis padres todavía vivieran, también estarían preocupados. Existen algunas importantes diferencias culturales, pero Janet y yo sabemos que juntos podemos afrontar lo que venga.

Wolf cerró los ojos. No iba a ganar esa discusión. Sam estaba decidido a seguir con sus planes, sin importar los argumentos en contra que Wolf le presentaba.

En voz alta, musitó:

—Yo nunca me he puesto uno de esos trajes de etiqueta, Sam. Me vería ridículo y lo sabes —hasta él podía escuchar la resignación en su voz.

Sam también la escuchó y sabía que había ganado.

—Estarás fabuloso. Sabes que no tendrás mucho que hacer. Si me das tus medidas, yo mismo encargaré tu traje de etiqueta junto con el mío. Nos estarán esperando cuando lleguemos a Boston.

Wolf gruñó su reconocimiento de que había perdido la batalla.

—Así que, ¿cuándo tendrá efecto este gran evento?

—El ocho de junio.

Wolf se enderezó y puso su silla en la misma posición.

—¡Junio! ¡Maldición, Sam! Sabes que paso los veranos en las montañas. ¿Por qué escogiste una época tan ridícula para casarse?

—Junio es el mes tradicional para casarse.

—¿Y cuándo demonios te volviste tan tradicionalista?

—Escucha, compañero, si lo hubiéramos hecho como yo quería, Janet y yo nos hubiéramos casado en Navidad —Sam sonrió—. Ella, sin embargo, quería tener más tiempo… Necesitaba unos cuantos meses para planear la boda.

—¡En junio! ¡Sabes que me paso todo el año pensando en el verano!

—Serán un par de días de tus vacaciones, Wolf. Ayúdame con esto.

—Simplemente no puedo creer que vayas a hacer algo tan loco

—musitó Wolf y se apoyó en la silla hasta que quedó de nuevo casi horizontal.

—¿Lo harás? —preguntó Sam decidido a comprometer a Wolf.

—Sabes, Sam, eres un auténtico pelmazo.

—Oye, hombre, no te lo tomes así. Me agradaría devolverte el favor y ser el padrino de tu boda.

—¡Sabes que ese día no llegará!

—Vamos, Wolf. Tarde o temprano tendrás que morder el anzuelo y casarte, como todos.

—¡Nunca!

—¿Pretendes pasar tu vida solo?

—Exactamente. Me gusta mi vida tal y como es.

—Seguro que sí.

—Seguro que sí. No necesito que nadie me diga lo que tengo que hacer, cómo hacerlo, o cuándo hacerlo. Si tú insistes en vivir de esa forma, adelante, pero no trates de convencerme que tu vida va a mejorar, no lo creeré.

—¿Y cómo has llegado a ser un experto en este tema? —preguntó Sam con considerable interés.

—Gracias a mis agudos dotes de observación. Todavía no he visto una sola pareja que sea feliz.

—Yo conozco a varias. Por ejemplo, mis padres; tenían una fabulosa relación. Llevaban casi treinta y cinco años de casados cuando él murió. Siempre he pensado que mi madre duró sólo otro año porque no quería vivir sin él.

Wolf no respondió. Había excepciones para toda regla.

Se sentaron en silencio, Sam sintiéndose aliviado por haber obtenido una aceptación a regañadientes de su amigo, Wolf deseando no haberse visto involucrado en aquella estúpida riña de bar en Filipinas.

Hacía unos minutos que Janet había terminado de hacer la cena, cuando su hermana Kelly llegó a su apartamento en Washington D.C.

—¿Eres tú? —preguntó al oír que alguien abría la puerta de entrada.

—¿Cómo lo has adivinado? —fue la respuesta lacónica—. Soy la única, además de ti que tiene llave de esta casa.

Janet hizo una pausa en la puerta de la cocina y contempló la impecable figura de su hermana pequeña.

De hecho lo de "pequeña" era inapropiado ya que medía poco más de un metro setenta y dos centímetros mientras que Janet tenía que estirarse para medir un metro cincuenta y ocho. Janet siempre había envidiado la estatura de Kelly porque a su hermana le sentaba bien cualquier cosa que se pusiera, mientras ella tenía que elegir su ropa con cuidado.

—Me es difícil comprender cómo puedes terminar un día de trabajo, sin una sola arruga en el vestido.

Kelly se quitó los broches de su llameante cabello rojo, que cayó suelto sobre sus hombros.

—Cariño, yo trabajo muy duro para mantener mi imagen, créeme —se quitó sus zapatos de tacones altos y movió los dedos antes de dirigirse a su dormitorio.

—La cena está casi lista —dijo Janet.

—Gracias a Dios —fue la respuesta—. Estoy muerta de hambre. Hoy he tenido tanto trabajo que no he podido salir a comer —momentos después apareció con un kaftán floreado que giraba alrededor de su alto y esbelto cuerpo—. ¿Hay algo interesante en el correo?

—Una carta de Sam —fue la contenta respuesta de Janet.

—Quiero decir que si hay algo de interés para mí en el correo.

Janet negó con la cabeza.

—Sólo las revistas de costumbre y recibos.

Janet vio cómo su hermana leía los sobres que se encontraban sobre la mesa.

—¿Sabes algo, Kelly? Si mostraras un poquito más de interés en tu vida social, quizá recibieras correspondencia romántica de vez en vez.

—Gracias, pero paso. ¿Y qué tenía que decirte el joven Sammy que puedas repetir a tu inocente hermana?

Janet frunció el ceño.

—Después de discutir durante un buen rato con su mejor amigo acerca de lo aconsejable de casarse con alguna mujer mimada del Este, Sam ha logrado convencer a Wolf de que sea su padrino. Según él, ha sido todo un triunfo —Janet empezó a poner los platos sobre la mesa, mientras Kelly ponía los vasos y los cubiertos.

Kelly miró a su hermana asombrada.

—¿Wolf? ¿Me estás diciendo que Sam tiene un amigo que se llama Wolf?

—Sí, es un profesor de Geología de la Universidad de Nuevo México.

—Bromeas. Nadie tiene un nombre como ese.

Janet se volvió y recogió una jarra de té helado.

—Quizá no de dónde vinimos nosotras, pero por el tipo de trabajo que hago ahora para la agencia, he descubierto que ese nombre no es tan raro.

—¿Entonces Wolf también es indio?

—Sam no me ha dicho nada, pero yo creo que sí.

Kelly y Janet se sentaron y Kelly se sirvió una generosa ración de comida en su plato.

—¿Qué tiene Wolf contra nosotras las del Este?

—En realidad no lo sé aunque creo que tiene que ver con algunas experiencias que tuvieron cuando estuvieron estudiando en la escuela. Cree que las parejas de culturas diferentes, van directas al desastre.

Kelly dejó su tenedor sobre el plato.

—¡Ni siquiera te conoce!

—Sólo se preocupa por su amigo, Kelly. Tienes que admirar su lealtad.

—Me parece un intolerante.

—Eso no importa, es el mejor amigo de Sam y él quería que asistiera a su boda. Me complace que al fin haya aceptado, por el bien de Sam.

Kelly quedó en silencio unos minutos antes de sonreír.

—Será divertido observar las expresiones de mamá y papá cuando conozcan a este Wolf.

—Kelly, nuestros padres no son tan malos. Fue la impresión cuando descubrieron que quería casarme con Sam.

—¡Oh! Lo sé. Les pareció muy bien que lo invitaras a cenar pero no les gustó tanto que te metieras en la cama con él.

—¡Kelly!

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Simplemente no esperaban que estuviera tan segura de que

era Sam a quien yo quería.

Kelly suspiró de forma teatral.

—¡Ah! Cuando los hirieron las flechas del amor no pudieron resistirse. Fue el destino, estaba escrito en las estrellas...

—Corta ahí. Me doy cuenta que no crees en el amor a primera vista y tengo que admitir que nunca había pensado mucho en el asunto pero cuando te suceda a ti, ya verás lo que...

—Oye, oye, espera un minuto. Tú eres la romántica, hermanita. No tengo intención de quedar presa en esa demencia que la gente llama enamorarse.

—¿Qué dices? —dijo Janet con voz helada.

—Uf. Por supuesto, exceptuando la presente compañía. Cualquiera puede ver simplemente con estar cerca de ti y Sam, que están locos de remate, que verdaderamente están muy enamorados. Además tienen mucho en común. Tú siempre te sentiste fascinada por cualquier cosa que tuviera que ver con nuestra cultura nativa americana. ¿Por qué debería nuestra familia sorprenderse de que decidieras casarte con un...?

—Espera un minuto. No me caso con Sam porque sea indio. Me caso con él porque estoy muy enamorada y por ninguna otra razón.

—También ayuda que los dos trabajen para la misma agencia de gobierno.

—Bueno, sí ayuda. Espero que para junio ya me hayan concedido el traslado a la oficina de Durango donde él trabaja.

—¿Y si no te lo conceden?

—De todas formas me mudaré. Ya encontraré otra cosa.

—¿Y no se les ha ocurrido que también puede ser él quien solicite el traslado y tú no?

—Hablamos sobre eso.

—¿Y?

—Yo fui quien deseaba el cambio. Me encantaría vivir en el Oeste y tener una oportunidad de conocer más del país. Hay tanto que ver a un día de camino desde Durango... Apenas puedo esperar.

Triste, Kelly puso su tenedor sobre el plato.

—Sabes que estoy llevando muy mal todo este asunto de tu matrimonio. Quiero decir que, en realidad, me siento feliz por ti y todo eso y en teoría, siempre he sabido que algún día una de

nosotras decidiría casarse, pero supongo que siempre vi el suceso como algo más lejano —se puso a jugar con su vaso—. Todavía recuerdo lo excitada que estaba cuando supe que trabajaría aquí en Washington después de graduarme y que viviría contigo. Fue como un sueño hecho realidad —suspiró—. Nunca pensé que cuando decidieras casarte terminarías marchándote tan lejos. No sólo pierdo a mi compañera de piso sino también a mi única hermana, así como a mi mejor amiga, todo al mismo tiempo —movió la cabeza—. Me siento como una niña, ¿sabes? Me gustaría tirarme al suelo, patear y gritar, y rogarte que no me dejes.

—Justo lo que hiciste el año en que inicié el primer curso y te dejé en casa.

Las dos mujeres se sonrieron, con los ojos nublados.

Janet se levantó y rodeó la mesa, entonces abrazó a Kelly.

—No tenemos que tratar esto como si me estuviera muriendo. Es un momento muy feliz para mí.

Kelly asintió.

—Lo sé. Es sólo que he tardado más tiempo del que creía en hacerme a la idea.

Janet se enderezó y empezó a recoger la mesa.

—Piensa. Ahora podrás visitarme en Colorado. ¿Quién sabe? Quizá decidas que te gusta tanto que también te cambies para allá.

Kelly emitió una risa sofocada.

—Lo dudo. Sería difícil trabajar como una representante del Estado de Maryland en el salvaje, salvaje Oeste.

—¿Quién sabe? Quizá algo o alguien te haga cambiar de opinión. Cosas más extrañas han sucedido, ¿sabes?

En junio, Kelly se consideraba reconciliada con el matrimonio de Janet. Ahora conocía a Sam mucho mejor debido a las muchas visitas que le había hecho a Janet en primavera y sabía que dependía de Sam que su hermana tuviera una vida perfecta.

Desafortunadamente, nada de lo que oyera de Wolf había logrado que cambiara su opinión de él. Le parecía un estúpido y, de hecho, no deseaba conocerlo.

Cuando lo vio por primera vez, Kelly no sintió necesidad de revisar su opinión sobre él.

Era la víspera de la boda de Janet y Sam. Janet fue al aeropuerto para recibirlo. Sam había retrasado su llegada para hacer el viaje

con Wolf, cosa que disgustó a Janet, pues la ponía nerviosa dejarlo todo para el último minuto.

Sin embargo, Sam le explicó que Wolf se había negado a llegar antes de lo que fuera absolutamente necesario. La actitud egoísta de Wolf no hizo algo para favorecerlo ante Kelly, aunque Janet había aceptado las explicaciones de Sam con cierta resignación que irritaba a Kelly. ¿Era un ejemplo de cómo iría a funcionar su matrimonio? ¿Janet invariablemente aceptaría y estaría de acuerdo con lo que Sam deseara?

Kelly apenas podía creer el cambio en su antes independiente hermana y sólo podía presumir que el estar enamorado causaba daños irreparables en el cerebro.

Janet invitó a Kelly a acompañarla al aeropuerto, pero ella no deseaba encontrar al objeto de su ira antes de lo que fuera necesario. Era suficiente que fueran a ser pareja, como el padrino y la dama de honor, durante el ensayo de esa noche y la boda al día siguiente. Así que había decidido quedarse en casa y ayudar a su madre con los preparativos para los acompañantes que asistirían a la boda.

Cuando Janet y Sam entraron con el alto y extraño moreno, Kelly supo que él debía ser el arrogante Wolf.

Estaba preparando un arreglo floral y de pronto se dio cuenta de que las flores temblaban en su mano como movidas por una brisa rápida. Mantuvo sus ojos en el arreglo y trató de concentrarse. ¡Podía con cualquiera! No había razón para ponerse nerviosa por conocer a ese hombre en particular.

—¡Kelly! Quiero presentarte al doctor Wolf Conroe. Wolf, ella es mi hermana Kelly Corcoran.

Kelly dio la espalda a las flores. Tuvo que levantar la cabeza para encontrar la mirada de los ojos negros. No estaba acostumbrada a mirar a los hombres hacia arriba.

Wolf tomó su mano y dijo:

—Me complace conocerte, Kelly. Nunca habría adivinado que tú y Janet son hermanas. Probablemente no soy la primera persona que lo señala, pero no se parecen mucho. Ambas adorables, aunque completamente diferentes.

Ciertamente puede ser encantador, pensó. La mirada de admiración en sus ojos parecía sincera y los profundos tonos de su

voz la impresionaron muy favorablemente.

Kelly se tensó. Debía haber supuesto que el hombre tendría algo especial para que Sam estuviera tan encariñado con él. Tendría que estar alerta con él. Debía dejarle saber en términos claros que ella no había sido engañada, ni por un minuto, por esa altanera sinceridad suya.

—No, no es el primero, doctor Conroe —con una sonrisa traviesa añadió—: Cuando éramos niñas, pensábamos que una de las dos debía ser adoptada —quitó su mano de la de él y, como una niña, la escondió a su espalda.

Encontró que estar cerca de ese hombre era un poquito abrumador. Janet rió antes de añadir:

—Hacía años que no me acordaba de eso, hermanita —se apoyó en Sam de forma que descansaba sobre su pecho—. Puedes imaginar mi disgusto cuando yo dejé de crecer y Kelly continuó hacia arriba.

—¿Y yo? Durante años disfruté la ventaja de usar la ropa que tú dejabas así como mis cosas nuevas, para terminar dándote mis vestidos favoritos casi sin estrenar.

—Mamá me explicó que mi cabello rubio y ojos azules venían del lado de su familia, mientras que la apariencia de Kelly era de las hermanas y madre de papá. Se dice que la abuela estaba en el escenario cuando el abuelo la vio por primera vez.

Kelly pudo sentir sus mejillas acaloradas.

—Vamos, Janet, no empieces con esos viejos cuentos.

Janet le guiñó un ojo a Wolf.

—Supuestamente la apariencia de Kelly es justo la de la abuela Corcoran cuando ella tenía la misma edad.

Wolf todavía no podía recuperar el aliento ante el impacto que recibió cuando entró en el cuarto y vio a Kelly Corcoran por primera vez. Si hubiera pensado en el asunto, habría pensado que Kelly se parecía a Janet. Esta era atractiva pero su hermana le quitó el aliento. Parecía una corista de Las Vegas, con su vibrante cabello rojo, su cuerpo alto y esbelto y sus largas y elegantes piernas. Y… esos ojos. Un hombre podía ahogarse en esa enigmática mirada verde mar.

Kelly Corcoran era lo último que él esperaba encontrar en

Boston. No era de extrañar que su abuelo se hubiera enamorado de una mujer como ella.

Se aclaró la garganta.

—Yo... este... encantado de conocerla, señorita Corcoran.

Una mujer menos perceptiva habría aceptado ese ligero tartamudeo y habría creído en la sinceridad de Wolf.

—Gracias, doctor Conroe.

—Wolf*.

—Estoy segura de que lo eres —musitó bajo.

—Lo siento —dijo con una leve sonrisa—. No la he oído.

—Decía que tiene usted un nombre muy extraño.

—¡Oh! Wolf me ha contado la historia de su nombre mientras veníamos del aeropuerto —interpuso Janet—. Debiste venir conmigo, Kelly. Wolf tiene algunas historias fascinantes.

—No sé por qué eso no me sorprende —dijo con una sonrisa dulce y sus ojos lanzaban chispas de fuego verde.

—Mi madre me llamó Gray Wolf aunque raras veces uso mi nombre completo —sus palabras fueron casuales pero, por su expresión, parecía molesto.

—Sí, bueno, siento no tener más tiempo para charlar, doctor... este... ¡ah!, sí, Wolf, pero mamá está esperándome en la cocina —fue hacia la puerta e hizo una pausa—. Ya que todos sabemos lo difícil que es para usted asistir a una boda, haremos lo que podamos para que su estancia aquí sea lo menos dolorosa posible, doctor Conroe —Kelly desapareció hacia el pasillo.

Wolf escuchó el leve jadeo de Janet, lo que confirmó sus sospechas de que Kelly había hablado con mala intención y con el propósito de herir. Miró a Sam, quien trataba de ocultar una sonrisa.

—Lo siento, Wolf —dijo Janet y tocó su brazo—. Kelly ha tenido dificultad en ajustarse a todos los cambios. No estamos unidas sólo como hermanas y amigas, Sino que también compartimos un apartamento en Washington. Espero que la disculpes por parecer un poco ruda.

Él sonrió.

—Trataré de contener mi desilusión; en realidad estoy destrozado porque no ha caído rendida a mis pies.

—Dale tiempo, Wolf. Dale tiempo. Sam ya me ha advertido

sobre ti.

—¿Sobre mí? —miró a su amigo—. Soy completamente inofensivo.

Sam ya no pudo contener su alegría, y comenzó a reírse con grandes carcajadas. Cuando pudo detenerse, dijo:

—Me encantaría haber tenido una cámara para registrar la expresión de tu rostro, Wolf. ¿Será posible que estés perdiendo tu toque con las mujeres?

Wolf entornó los ojos.

—Sabía que iba a lamentar el haberme rendido —musitó—. Dijiste que no habría problemas. Tú dijiste...

—Sé lo que dije —respondió Sam sonriente—. ¿Qué culpa tengo yo de que al fin hayas conocido a alguien que no ha caído a tus pies nada más al verte?

—Vale, Sam. Sólo he intentado ser amable con la dama. Ella es la que...

—Wolf tiene razón, Sam —aceptó Janet—. Kelly es la que se ha comportado como una niña. Lo mejor es que no le hagamos ningún caso. Ya se le pasará.

Wolf miró hacia la puerta del pasillo y suspiró. El no sabía qué había hecho o dicho para irritar a la mujer. El sólo había tratado de ser cortés.

Ciertamente que no esperaba pasar más tiempo del necesario con Kelly Corcoran. En cuanto la boda terminara, él se marcharía en el primer avión que fuera al Oeste.

CAPÍTULO 2

WOLF se paró junto a su mejor amigo ante el altar de San Miguel, haciendo todo lo posible por ignorar a la muchedumbre que había aparecido para observar a los novios. En ese momento luchaba contra el impulso de tirar del almidonado cuello de su camisa.

Aún no podía creerlo. ¿Él? ¿Con una camisa almidonada? ¿Con un traje de etiqueta? ¿Con corbata y fajín? El único alivio que sentía era que Sam estaba tan incómodo como él.

No sólo estaban ellos... No. También había damas y padrinos y chicas con flores y portadores de anillos y todos tomaban su tiempo en el interminable pasillo, desde la entrada de la iglesia hasta el altar.

Wolf pensaba que el ensayo de la noche anterior sería una pérdida de tiempo, hasta que descubrió lo elaborado que sería la ceremonia. Al paso que iban, la boda duraría un par de horas.

Wolf no estaba seguro de que Sam pudiera fingir durante tanto ritual antes de desmayarse a los pies de Wolf, convertido en una masa de nervios temblorosos.

Se mordió el interior de su mejilla para no traicionar su diversión. «Esta es una ocasión solemne», se recordó. No podía imaginar por qué un hombre debía someterse a esa tortura a fin de obtener una esposa.

Sam, era admirable. Un hombre tenía que ser muy valiente para someterse a toda esa pompa y circunstancia y salir ileso.

Wolf volvió ligeramente la cabeza para admirar las vidrierías de los ventanales. Aunque un gran número de velas habían sido sacrificadas para proveer iluminación en la iglesia, el brillo de las ventanas añadía un agradable toque de color.

Hablando de color... los ojos de Wolf fueron atraídos hacia las mujeres que, despacio, se aproximaban al altar. ¡Dios, ella estaba adorable! Su vestido verde era del tono exacto del enorme sombrero que enmarcaba su rostro y su glorioso cabello. Brillaba, desde la finura del alabastro de su garganta hasta el tinte rosado de sus mejillas, al suave lustre de sus labios.

Wolf retuvo el aliento ante la vista de Kelly, quien se movía con pasos lentos hacia él. Sintió que el cuello quedaba pequeño y sabía que iba a empezar a sofocarse en cualquier momento.

Ella estaba a pocos pasos de él cuando el órgano hizo una pausa, luego cambió a una música portentosa que anunciaba que la novia había aparecido.

Todos se levantaron y quedaron de frente a la entrada de la enorme iglesia. Únicamente los ojos de Wolf permanecieron en la mujer que se movía despacio hacia él, hasta llegar a su lado. Sus miradas se encontraron y él notó que ella apretaba los labios antes de volver nuevamente su mirada a la iglesia.

«Mensaje recibido, señora», pensó y frunció el ceño. Tendría que ser totalmente insensible si no hubiera notado la noche anterior, que Kelly Corcoran lo encontraba menos que aceptable. Fue rígida y cortés durante el ensayo y la cena que siguió.

Él no sabía el porqué de su conducta. Hubiera pensando que tenía algo contra los indios, de no ser porque era muy agradable con Sam. No, su hostilidad estaba dirigida a él de forma personal, aunque no se le ocurría nada que hubiera hecho o dicho que fuera causa de que lo tratara como un vagabundo, un paria, el portador de alguna enfermedad temible.

Si fuera franco consigo mismo, y Wolf creía en la franqueza, admitiría que se sentía lastimado por su actitud. Nunca antes había conocido a una mujer con la combinación de Kelly: apariencia, inteligencia y encanto hacia todos excepto con él. Y él quería llegar a conocerla mejor.

Ella había dejado muy claro que no estaba interesada en él, cosa que no debería importarle pues no volvería a verla después de ese día. Su avión salía alrededor de las nueve de la noche, lo que le daba tiempo para aparecer en la recepción, brindar con el novio y la novia y salir como un rayo de ahí. Su equipo de acampar estaba cargado y esperando en su camioneta abierta. Tan pronto durmiera después de llegar a casa, se encaminaría hacia el sur, a las Montañas Guadalupe en el oeste de Texas, donde permanecería hasta que fuera el momento de regresar a la escuela, en otoño.

Así que, si alguna mujer de buena apariencia no se sentía

impresionada con él, esa no era razón para sentirse desconcertado.

Wolf puso su atención en la ceremonia. Escuchó con cuidado cuando el pastor dijo las eternas palabras que unirían a esas dos personas. Su mirada ausente vagó hacia Kelly y se alarmó al ver sus ojos brillantes por las lágrimas.

El vestido que lucía enfatizaba el color de sus ojos mientras que las lágrimas los convertían en joyas refulgentes. Observó cuando una lágrima se derramó sobre las gruesas pestañas y trazó una vereda sobre su tersa mejilla. Wolf sintió un deseo casi irresistible de limpiar con su pulgar la mejilla y arrullarla para que dejara de llorar.

Wolf no había asistido a muchas ceremonias matrimoniales; en realidad, esa era la primera boda a la que asistía y en la que participaba.

Deseó como un demonio que el nudo en su garganta desapareciera.

¡Y entonces se terminó! La música triunfante surgió del órgano mientras que Sam levantaba con cuidado el velo de Janet y con gentileza la besaba. La pareja de recién casados se volvió e inició la salida por el pasillo.

Esa era su clave para dar un paso al frente y permitir que Kelly descansara su brazo sobre su manga. Lo hizo así sin mirarlo, lo que no le importó. Wolf miraba al frente, al seguir a Sam y Janet por el pasillo y, mentalmente, contaba las horas que faltaban para poder escapar.

Para cuando los novios llegaron a la parte trasera de la iglesia, la gente los rodeaba con besos, abrazos, buenos deseos y lágrimas de felicidad. Wolf concluyó que esa no era su idea de la diversión.

Janet llegó a su lado con dificultad.

—¡Oh, Kelly! ¿Querrán Wolf y tú ir al hotel para asegurarse de que todo está listo para la recepción? —señaló una limusina que esperaba al final de la escalera—. Papá debió planear una sorpresa para nosotras con ese coche aunque el mío ya está estacionado ahí. ¿Por qué no disfrutan ustedes el coche y nosotros nos vamos más tarde?

—Pero Janet… —lo último que Kelly deseaba hacer era pasar algún tiempo a solas con Wolf Conroe.

Se había equivocado al creer que podía resistir sus encantos, lo

que debía hacer era no ponerse en una posición donde ella se sintiera tentada.

—Lo sé. Papá se desilusionará, pero francamente, las limusinas no son mi estilo. ¡Vamos! ¡Disfrútenla!

Kelly miró los ojos negros de Wolf. Debía ser un fabuloso jugador de póquer, decidió con un gemido silencioso. No tenía ni idea de lo que pensaba sobre la solicitud de Janet.

¡Oh, bueno! Después de todo, ¿qué podía suceder en un trayecto tan corto? Forzó una sonrisa y respondió:

—¿Te parece bien a ti, Wolf?

—Para mí está bien lo que tú desees, Kelly —dijo con esa voz suya que invariablemente le causaba estremecimientos.

Kelly se volvió y dio a su hermana un abrazo.

—Está bien. Nos veremos allí. ¡No tarden mucho!

Kelly se volvió, recogió la falda de su vestido y empezó a bajar los escalones.

Wolf miró la limusina. El conductor debía estar dentro porque el motor estaba encendido. Abrió la puerta trasera y ayudó a Kelly a entrar y luego se deslizó a su lado.

Tan pronto como se cerró la puerta, oyó que se conectaban los seguros y miró hacia el asiento frontal, sorprendido. Su segunda sorpresa fue ver los cristales opacos entre el asiento de adelante y el trasero. El chofer debía estar acostumbrado a parejas que deseaban intimidad.

Sonrió ante el pensamiento. ¿Qué podía hacer una pareja en tan sólo unos minutos? Miró a la mujer junto a él, que trataba de quitarse el sombrero.

—Permíteme —dijo y removió el alfiler que ella trataba de sacar.

Luego le quitó el enorme sombrero de ala de su cabeza.

—Estás muy guapa. Kelly —dijo quedo.

El corazón de ella se saltó un par de latidos antes de recuperar su ritmo regular. ¿Por qué tenía que parecer tan sincero?

—Gracias —dijo sin mirarlo.

—¿Kelly? —despacio, ella volvió la cabeza para poder verlo.

—¿Sí?

—¿Qué tienes contra mí?

Lo estudió un momento en silencio antes de alzar los hombros.

—Nunca me han gustado los hombres como tú, machistas, egoístas y engreídos.

Él la miró en silencio.

—¡Qué astuta eres! Me has visto por primera vez hace veinticuatro horas y ya me conoces a la perfección.

—Créeme, he oído a Sam hablar de ti.

—¿Sam? ¿Qué pudo decir para darte esa impresión de mí?

—¡Oh! Sam cree que tú caminas sobre el agua, pero me fue fácil leer entre líneas.

—Ya veo —se sentaron en silencio unos pocos minutos antes que Wolf decidiera qué hacer para aliviar la situación—. Mira, ya sé que no te sientes atraída hacia mí…

—¡Ah! Tú también eres muy astuto.

Wolf no hubiera podido decir qué fue lo que le pasó. ¿Sería que cuando ella dijo esa frase miraba aburrida por la ventana? ¿Sería que ella era una de las mujeres más sensuales y atractivas que había conocido?

Lo que fuera, lo hizo olvidar dónde estaba, quién era ella y qué consecuencias podían tener sus acciones.

Wolf la atrajo a su regazo, atrapó sus brazos en los costados y se inclinó hacia ella.

Desprevenida, Kelly abrió la boca para protestar cuando los labios de él cubrieron los suyos en una total y completa posesión.

Sentía los brazos de Wolf como bandas de acero que la apretaban contra su pecho duro. Furiosa, empezó a dar patadas y a retorcerse en un esfuerzo por librarse de él. Las enaguas de encaje parecían llenar el asiento del coche.

Kelly no estaba segura de qué había cambiado. Los brazos de él se aflojaron algo aunque no lo suficiente para permitirle moverse; sus labios se suavizaron y se movieron con gentileza sobre su boca en una sensual exploración que la invitaba a terminar la lucha y relajarse.

La lengua de él vagó libremente y trazó la línea de sus labios hasta que ella le permitió la entrada a su boca. Kelly sentía como si se ahogara en un mar de nuevas y muy agradables sensaciones. No comprendía lo que le sucedía y su propio cuerpo parecía

traicionarla.

Como si lo que le sucedía ya no fuera la realidad sino un sueño, notó que su mano estaba libre. Por su propia voluntad parecía moverse hacia arriba, entre su cabello. Sintió la áspera textura cuando sus dedos se entrelazaron a través de él y sintió deseos de ronronear.

De hecho, estaba ronroneando. Ese molesto sonido de placer ¡salía de ella!

Kelly abrió sus ojos y forzó a su mano a regresar al pecho de él, donde lo empujó con toda su fuerza. El ni siquiera pareció notarlo.

Se dio cuenta de la comprometida posición en la que estaba. Su vestido y las diversas enaguas estaban subidas hasta sus muslos y estaba metida entre los brazos de un maldito maníaco sexual mientras que él hacía algo estremecedor y erótico con su oreja.

—¡Detente! —pudo gritar.

Aunque en su mente había gritado la orden, su voz ronca apenas susurró las palabras. Él la ignoró y regresó a su boca. De forma efectiva, sofocó sus quejas.

Ella sintió que una vez más la realidad se escurría mientras su cuerpo la traicionaba y se tornaba en calor líquido. Sabía que tenía que luchar para liberarse de ese loco. Sin embargo, en ese momento su mente no funcionaba con claridad.

Kelly se dio cuenta de que la limusina había llegado a su destino cuando la puerta se abrió. No había notado que el coche se había detenido. Estaba demasiado embebida en lo que Wolf hacía, en lo que ella le permitía hacer. Y se sentía furiosa.

—¡Suéltame! —musitó a través de sus dientes apretados.

Wolf sonrió asombrado, sus ojos brillaban como un fuego negro radiante.

—¿Estás segura de que eso es lo que deseas? —murmuró.

Si ella no hubiera estado luchando con su vestido y enaguas, le habría dado un bofetón por esa insinuación. Pero en ese momento tenía las manos ocupadas. Para añadir el insulto a la injuria, él pasó su mano a lo largo de su muslo desnudo y dijo:

—¿Necesitas ayuda?

Ella pudo deslizarse de su regazo y empujar el vestido hasta el suelo.

—No necesito tu tipo de ayuda —Kelly tocó su cabello y se dio cuenta que sus rizos cuidadosamente peinados, caían sobre sus hombros.

Wolf se encogió de hombros. Para ser franco, él mismo estaba conmovido. ¡Y hablaban de combustión espontánea! Él nunca había reaccionado de esa forma. Ella le ponía nervioso, así que decidió irritarla. No había pensado que un simple beso pudiera afectarle de esa forma. Afortunadamente, había sido un trayecto muy corto, si no, no hubiera podido responder de sus actos.

Wolf salió del coche y se había vuelto para ayudar a Kelly cuando sus dos brazos fueron atados detrás de su espalda y una voz dijo:

—No se preocupe por su novia. Ya la sacaremos. Simplemente métase en el avión.

Wolf miró en torno. Estaba tan inmerso en lo que sucedía con Kelly, que no había visto a donde iban. No estaban en el hotel donde se llevaría a cabo la recepción; estaban en algún tipo de pista aérea y él caminaba entre dos tipos grandes hacia un pequeño jet reluciente.

¡Qué demonios!

Kelly gritó y él volvió su cabeza. Dos hombres más usaban sus manos para someterla y Wolf casi sonrió. Casi. ¿Qué sucedía ahí?

Llegaron a unos pequeños escalones que conducían al avión. Uno de los hombres retrocedió mientras que el otro levantaba los brazos de Wolf, todavía más alto por la espalda.

—Entre ahí.

Wolf no se sentía particularmente heroico en ese momento y entró en el avión. Unos minutos después Kelly entró tras él.

—¿Qué sucede? —gritó, su rostro estaba sonrojado y sus ojos brillaban.

—Esperaba que tú pudieras decírmelo.

Dos hombres entraron en el avión. Mientras uno desaparecía en el compartimiento del piloto, el otro cerró y aseguró la puerta. Se volvió y con un movimiento hacia ellos, les dijo:

—Por favor, tomen asiento —su gesto fue hacia varias sillas cómodas que había en la cabina, que más parecía pertenecer a una lujosa sala, que al interior de un avión—. Despegaremos pronto.

—Espere un minuto —dijo Wolf—. ¿Qué sucede aquí? No

pueden…

El hombre lo ignoró. Se sentó frente a ellos y se ajustó el cinturón.

Wolf podía sentir la vibración del avión y comprendió que, le gustara o no, iban a despegar dentro de poco.

Tomó el brazo de Kelly y la condujo a un sofá de dos asientos. La acomodó junto a él, buscó los cinturones y se aseguró que ambos quedaran sujetos.

—¿Qué haces? —le preguntó furiosa y luchó contra sus manos.

—Trato de asegurarme que estés a salvo —siseó—. ¿Qué te parece que estoy haciendo?

—i Raptándome!

—¡Yo! ¿De qué hablas? No sé nada más que tú sobre lo que está sucediendo.

—¡Esto es ridículo! ¡Se supone que debemos estar en la recepción! Se supone que… —sus ojos miraron a Wolf horrorizados —. ¡Deben pensar que somos Sam y Janet! Ellos debían estar en la limusina. Nosotros…

—¿Supones que esto debe ser una broma de tu padre? Quizá él planeó una luna de miel para ellos y quería darles una sorpresa.

—Oh, seguro que no. Papá nunca haría algo tan extravagante. Además, se lo habría dicho a alguien…

Kelly cerró los ojos un momento antes de decir con lentitud.

—¿Significa esto que nos iremos de luna de miel en lugar de Sam y Janet?

Wolf miró de nuevo a su alrededor. Nunca había visto un avión igual, con tantos lujos. El hombre frente a ellos, tenía los ojos cerrados y no les prestaba ninguna atención.

Wolf estudió al hombre y comprendió que, como los otros tres que los habían capturado, él era de origen hispano.

—¿Es usted un amigo de Lloyd Corcoran? —preguntó Wolf y levantó la voz.

El hombre abrió un ojo y frunció el ceño.

—Nunca he oído hablar de él —cerró su ojo.

A Wolf no le gustó cómo sonaba eso. Si se suponía que era una romántica huida en luna de miel, no había necesidad de usar la fuerza. Frotó su brazo. Definitivamente había usado la fuerza.

¿Así que, qué sucedía?

Miró a través de la ventana cercana y observó que había vegetación debajo y detrás de ellos.

Ya habían despegado.

—Si esta es tu idea de una broma, Wolf Conroe, yo no estoy divirtiéndome.

—¿Por qué piensas que yo tengo algo que ver con esto?

—Porque eres malvado y astuto, por eso.

—¡Oh! Tienes razón y tú eres una excelente juez de carácter. No me acordaba.

—No se requiere de mucho talento para conocerte. De ahora en adelante quiero que me dejes sola, ¿lo has oído? No quiero hablar contigo, ni siquiera quiero oír el sonido de tu voz; sólo quiero irme a casa.

—Bueno, eso no va a poder ser, cariño. Me temo que estos señores no van a permitirlo.

CAPÍTULO 3

WOLF continuaba mirando por la ventana con incredulidad. ¿Qué demonios sucedía? ¿Y por qué? El hombre de enfrente al fin habló, mirando a Kelly.

—Hay ropa para usted en la parte trasera. Pensamos que no querría viajar con su vestido de boda.

—¿Quién es usted? —preguntó Kelly—. ¿Y a dónde vamos?

—Quien soy no es importante y pronto sabrá a dónde vamos. Mientras tanto, ¿puedo sugerirle que se ponga algo menos formal?

Kelly sabía que por el momento le convenía hacer lo que sugería el tipo. Si su padre estaba tras eso, nunca se lo perdonaría. Para hacer las cosas peores, si su padre había planeado eso, lo había planeado para Janet y su nuevo esposo, seguro que no para Kelly y para Wolf.

—Sólo espera a que yo ponga mis manos sobre él —musitó.

—¿De quién hablas?

—¡De mi padre!

—No creo que esto tenga algo que ver con él —dijo Wolf en voz baja—. No sé lo que pasa, pero dudo que estemos en camino a una solitaria luna de miel!

—¡Ciertamente no! Especialmente contigo.

—¿Por qué me cuesta tanto creer que me odias? Recuerdo claramente haber obtenido una muy cálida respuesta cuando estuvimos en el coche.

Kelly lo ignoró y se dirigió al compartimiento trasero del avión. Miró el vestido de algodón que estaba sobre la cama. Las sandalias estaban en el suelo, junto a la mesa.

Era una locura. Una auténtica locura. ¿Quién en el mundo entero esperaría que ella se pusiera un vestido tan horrible? Cualquiera que la conociera sabría que ella nunca se pondría un vestido rosa. ¡Y sandalias! Ella detestaba las sandalias.

Si esa era su idea de una broma, tenía un sentido del humor muy peculiar.

Fue cuando trató de quitarse el vestido, que Kelly recordó la fila de botones diminutos que corría desde el cuello hasta las caderas.

Su madre le había ayudado a meterse en el vestido y rieron por el hecho de que necesitaría ayuda para salir de él también. Intentó quitárselo sola pero, tras una infructuosa lucha, se vio obligada a entrar de nuevo al compartimiento principal.

—Wolf, ¿podrías venir aquí un momento, por favor?

Él miraba por la ventana y se mostró obviamente sorprendido de que ella le pidiera algo.

—¿Hay algún problema?

Ella se forzó a sonreír a ambos hombres, antes de decir:

—Nada importante. Un pequeño inconveniente.

Wolf desató el cinturón de su asiento y se puso de pie muy despacio. Ciertamente se tomaba su tiempo.

—¿Cuál es el problema?

Ella desapareció dentro del compartimiento y cuando vio que él la había seguido, le dio la espalda.

—¿Quieres hacer el favor de desabrocharme el vestido?

Ya que ella no se volvió, Wolf no se molestó en ocultar su sonrisa. Se preguntaba qué había sucedido para que ella se tragara el orgullo y le pidiera ayuda.

—¿Cómo te metiste en esta cosa? —le preguntó cuando tocaba el botón de arriba.

—Mi madre me ayudó. Ella también iba a ayudarme a salir.

—Ya veo —mientras hablaban, Wolf trabajaba con los diminutos botones, quitando la tira que formaba el ojal para cada uno de ellos.

Gradualmente el vestido empezó a abrirse a lo largo de su espalda, revelando el brillo satinado de su inmaculada piel. Fue en ese momento cuando Wolf descubrió que ella no llevaba sostén.

Sus nudillos continuaron rozando levemente la suave piel de su espalda, y él notó que un estremecimiento recorría la piel de ella. Sin importar lo que pretendiera ella, era obvio para Wolf que Kelly se sentía afectada porque él le ayudara a desvestirse. Le pareció una idea agradable, considerando su actual estado mental.

—¿Todavía no has terminado? —preguntó al fin, rompiendo el silencio.

—No. Debe haber un ciento de botones en esta cosa.

—No lo sé. Nunca los conté.

Para cuando llegó a la parte baja de su espalda, Wolf estaba bañado por una fina capa de sudor. De momento, él no necesitaba

ese tipo de provocación. Acababa de ser secuestrado por quién sabía quién, y lo llevaban a quién sabía dónde. No era el momento de reaccionar a una mujer, sin importar quién fuera ella. El problema era que su cuerpo no escuchaba sus explicaciones. Por el contrario, reaccionaba ante su acción de desvestir a Kelly, con enorme gusto y animación muscular.

El vestido de pronto cayó. Kelly jadeó y lo pescó y lo retuvo contra su pecho con ambas manos. Se dio la vuelta.

—Gracias. Yo puedo encargarme del resto.

Él miró el tenue vestido sobre la cama. Quienquiera que hubiera suministrado el cambio de ropa, no consideró la ropa interior. Eso iba a resultar muy interesante.

Wolf volvió a su asiento y se concentró en pensar en cualquier cosa excepto en la mujer que acababa de dejar.

Ya que parecía que no había un cambio de ropa para él, decidió ponerse lo más cómodo posible. Se quitó la chaqueta, la faja ancha y la corbata, y enrolló las mangas hasta la altura del codo. No podía más que preguntarse cómo iba Sam a explicar lo que le había sucedido al traje de etiqueta alquilado que Wolf usaba. Tenía la corazonada de que no iba a regresar a casa a tiempo para devolverlo.

Wolf dormitaba cuando Kelly se reunió con él. Despacio, abrió los ojos y la miró. Ella había encontrado una bufanda en algún lado y la había atado sobre sus hombros, asegurándose de cubrir sus senos. El suave material rosa hacía que su piel brillara como una perla.

—Esto es ridículo —musitó, tirando del nudo que había hecho en la bufanda.

—¿De qué hablas?

—No sé para quién sería este vestido, pero no era para una pelirroja alta. Es por lo menos siete centímetros más corto y nunca en toda mi vida he llevado un vestido rosa. Es absolutamente repugnante.

—Dulzura, tú no podrías parecer repugnante aunque lo intentaras.

Kelly miró a Wolf, sorprendida de que estuviera tan tranquilo. Era obvio que había decidido ponerse cómodo. Se había desabrochado el primer botón de la camisa, mostrando su pecho

bronceado. Sus antebrazos descansaban sobre el pecho. Una vez más, había cerrado los ojos, como si estuviera listo para dormir.

—¿Wolf?

—¿Ummm?

—Tenemos que hacer algo.

—¿Qué sugerirías tú?

—Someter al piloto, pedir ayuda por radio. Algo...

—Adelante. Yo te esperaré aquí —declaró Wolf.

—¿Yo? ¿Por qué no tú?

—Porque yo no sé cómo conducir esa cosa.

—Bueno, yo tampoco —admitió ella.

—Bien pensado, rojilla. Sometamos al piloto y estrenémonos. Sólo hay agua debajo de nosotros y no creo que duela mucho.

—No me digas rojilla. Mi nombre es Kelly —dijo, apretando los dientes.

—Lo que digas.

—Esto es como una pesadilla. ¿Tienes alguna idea de adonde nos llevan?

—Al Sur.

—¿Al Sur? ¿Como Florida?

—Tengo la corazonada que es al Sur, como Sudamérica.

—¡No lo dices en serio!

—Puedo identificar el acento de nuestro amigable anfitrión. Definitivamente es español.

—¡Oh, Dios mío! ¿Por qué querría alguien llevamos a Sudamérica?

—Creo que no planearon llevarnos a nosotros. Esto obviamente fue planeado para Janet y Sam.

—¿Pero por qué?

—No tengo idea.

—¿No es una broma, verdad?

—Si lo es, es una demasiado cara. No quiero pensar cuánto costará un avión como este.

—¿Qué vamos a hacer?

—Bueno, como yo lo veo, podemos sentarnos a jugar a las adivinanzas y asustamos hasta gritar de histeria o podemos tratar de obtener tanto descanso como sea posible y esperar a ver qué sucede cuando aterricemos —él cerró los ojos como si la hubiera

despedido.

—Ni estoy gritando ni estoy histérica —dijo con voz llena de irritación.

Él abrió los ojos que expresaban ironía.

—Yo hablaba de mí —una vez más cerró los ojos.

—¿Cómo puedes dormir?

El abrió los ojos.

—Con gran dificultad mientras insistías en tener esta amistosa charla —miró sobre su hombro—. Esa cama que hay allí atrás parece muy cómoda. ¿Por qué no vas y te estiras un poco? Te hará bien.

Kelly se puso de pie y empezó a pasear. ¡Qué hombre tan intratable, tan irritante, insensible e incomprensible! ¿Cómo podía mostrarse tan calmado? Ahí estaban ellos volando lejos de todo lo que tenía sentido en sus vidas.

¿Qué estaría pensando Janet? Sin duda el resto del grupo de la fiesta ya habría llegado hacía mucho tiempo al hotel sólo para encontrar que Kelly y Wolf se habían ido. Su madre y su padre estarían frenéticos. Sin duda, Sam también estaría igualmente preocupado por su amigo.

Y había razón para estar preocupados. Si lo que suponía Wolf era acertado, iban hacia Sudamérica. ¿No era ahí donde todas las revoluciones estaban en su apogeo? ¿No era ahí donde los cárteles de traficantes de drogas llevaban el control? ¿Era de eso de lo que se trataba? ¿Estaban tomando parte en alguna operación de contrabando de drogas?

Ahora se sentía con ganas de gritar histéricamente. Quizá Wolf tuviera razón después de todo. Al menos acerca de ese asunto. Fue hasta el compartimiento en la parte trasera del avión y miró la cama. Le pareció maravillosa. No había dormido bien la noche anterior. Sabía que una vez que aterrizaran, necesitaría estar alerta y lista para tratar con lo que fuera a suceder.

Después de asegurarse que la puerta estaba cerrada, Kelly, reacia, desató el nudo del pañuelo que llevaba alrededor de los hombros, y lo puso a un lado. El escote bajo del vestido revelaba más que suficiente de sus senos, particularmente, ya que no llevaba sostén. Miró ansiosa su vestido verde y recordó con claridad el día

que Janet y ella lo diseñaron y decidieron que el sostén fuera cosido a él. ¿Cómo iba a saber entonces que ella sería secuestrada mientras llevaba precisamente ese vestido? Reacia, deslizó el vestido rosa sobre su cabeza, tiró de las mantas y se deslizó bajo ellas, sin otra prenda que sus bragas.

Sin importar lo que fuera a sucederle después, ahora se sentía a salvo para dormir. Se negó a admitir para sí misma que estar con Wolf de alguna forma la hacía sentirse todavía más segura. Esponjó la almohada y colocó su cabeza sobre ella, con un suspiro.

Tiempo después, Kelly emergió de una serie de imágenes confusas para descubrir que ya no estaba sola en la cama. Se puso tensa, lista para gritar, cuando Wolf le cubrió la boca con su mano.

—Que no te entre el pánico. Sólo soy yo —ella farfulló algo y él le quitó la mano de la boca—. ¿Qué dices?

—¿Qué quieres decir con sólo soy yo? ¿Qué haces aquí?

—Tratando de dormir. El sofá es demasiado corto.

—¿Dónde está el tipo?

—Recostado en su silla, roncando.

—¿Qué va a pensar si te encuentra en la cama conmigo?

—¡Mujer! ¿A quién le importa? Dudo que vaya a convocar una rueda de prensa. Además, él cree que estamos casados.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Porque nos recogió en la boda. No me digas que sufres de amnesia debido a la tensión reciente.

Kelly ignoró el sarcasmo y señaló lo obvio.

—¡Pero no estábamos vestidos como novia y novio!

—Puede que pensara que escogiste un color más discreto que el blanco virginal para casarte.

Kelly se apartó de él y se sentó.

—¿Y qué quieres decir con ese comentario?

Wolf yacía sobre su costado. Se colocó en una posición más favorable para disfrutar mejor la vista de la larga y agraciada espalda de Kelly. Metió ambos brazos bajo su cabeza y la sábana cayó para revelar su pecho desnudo.

—¿Y dónde está tu ropa? —exigió, irritada por su falta de modestia.

—Junto a la tuya —entonces Kelly recordó que sólo llevaba sus bragas.

Gimió abochornada y se sumió bajo las mantas.

En voz baja, él comentó:

—Sabes que es demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué?

—Demasiado tarde para esconderte de mí. Ya te había visto.

—¿Cuándo?

—Cuando entré aquí. Te habías descubierto y estabas desparramada sobre la cama en todo tu radiante esplendor —Wolf luchaba por mantener su voz tranquila.

Quería enfadarla. Sabía que estaba metiéndose en serios problemas tan pronto abrió la puerta para ver cómo estaba. Nunca había visto algo que lo afectara tan profundamente.

Ella yacía sobre un lado, su cabello extendido en ondas alrededor de su rostro, y su cuerpo esbelto y sus piernas largas parecían brillar bajo la luz indirecta. La vista de sus senos con sus sonrosados pezones hizo que su boca se secara. ¡Dios! ¡Era algo extraordinario!

Wolf tenía la intención de salir de la vida de esa mujer tan pronto terminara la ceremonia nupcial. Sin embargo, el destino decidió intervenir y jugar con él.

Lo que fuera que estuviera sucediendo podría tener resultados potencialmente peligrosos. Quizá estuvieran a salvo sólo si continuaban pretendiendo estar casados. Lo que fuera, tenía que ver con la boda. Si alguno de los hombres supiera que ella estaba soltera... disponible... Un sudor frío lo bañó sólo de pensarlo.

Se desvistió y se metió en la cama con ella como un acto deliberado de su parte. Mantenerla enojada con él, también era deliberado. No sabía por cuánto tiempo podía mantener su pretensión de indiferencia. Después de todo, sólo era humano, sin planes inmediatos para obtener la santidad. Únicamente sabía que tenía que mantener algún control sobre sus reacciones hacia ella.

—¿Has querido decir que yo no merecía casarme de blanco? —exigió cuando él no respondió a su pregunta anterior.

—Dulzura, tienes derecho a casarte vestida como quieras. Si lo deseas, tienes derecho de casarte sin nada absolutamente.

—Eres despreciable, ¿lo sabías?

—Bueno, de hecho, no lo sabía. Pero tú tendrás que recordar que no estoy acostumbrado a estar rodeado de gente que es tan

excelente juez de caracteres, como tú.

Ella se sentía extraña compartiendo una cama con él.

—¿Cuánto tiempo llevamos volando? —preguntó al fin.

—No lo sé con exactitud. Varias horas, diría. Aterrizamos en algún punto para reabastecer combustible.

Ella se enderezó otra vez, abrigándose con la sábana.

—¿Qué? ¿Y no intentaste algo?

—¿Intentar… algo? —repitió despacio, enunciando cada palabra —. Debes pasar mucho tiempo viendo la televisión. Para tu información, soy un profesor de geología, no Indiana Jones.

—Lo menos que pudiste hacer era despertarme.

—Ya que nuestro amistoso anfitrión nunca dejó su silla para abrir la puerta y ya que ni el piloto ni el otro tipo vinieron a charlar, pensé que sería un poquito difícil escapar. ¿Así que para qué iba a despertarte?

—No lo sé. ¿Viste algo mientras estuvimos en tierra?

—Sí. Vi que reabastecían de combustible.

—¿Y además de eso?

—Estaba oscuro. Fuera de las luces de aterrizaje y un pequeño hangar, no pude ver nada.

—Maldición.

—Son mis sentimientos exactos —respondió.

—¿Qué vamos a hacer?

—¿Dormir un poco más? —preguntó esperanzado.

—¿Es todo en lo que puedes pensar?

Él trató de no reír, ¡estaba tan enfadada! De hecho parecía asustada y no podía culparla. De todos modos, prefería que le gritara. Hubiera sido muy embarazoso que se pusiera a llorar.

—Ahora que lo mencionas, puedo pensar en una o dos cosas que podemos hacer, si no tienes sueño. Después de todo estamos de luna de miel, ¿verdad? ¿Por qué no…?

—¡Olvídalo, animal! Podrás obtener muchas mujeres de esa forma en el Oeste, pero de donde yo vengo, esperamos un poquito de sensibilidad, un poquito de cariño.

Se dio la vuelta de forma que quedó frente a ella. Ella se alejó de él y se estiró tanto como pudo para quedar en el borde sin caerse de la cama.

—Tendrás que perdonar mis ásperos modales, Kelly. Nunca me enseñaron mucha sensibilidad o cariño. De alguna forma eso quedó fuera de mis lecciones sobre la vida.

Kelly escuchó el tono áspero en su voz, como si lo que decía estuviera profundamente asentado con dolor dentro de él.

Lo miró en la tenue luz, interrogante. ¿Quería en realidad llegar a conocerlo mejor? ¿Y si cuanto más supiera de él más le gustaba? No estaba segura de cómo manejaría esa situación.

Con movimientos cuidadosos, Kelly se dio la vuelta de forma que le dio la espalda a Wolf.

—Buenas noches, Wolf.

Después de varios momentos de silencio, lo oyó suspirar y decir suavemente:

—Buenas noches, dulzura.

CAPÍTULO 4

ALGO rozó su hombro y Wolf abrió los ojos y volvió la cabeza. Un hombre sonriente con vestuario adecuado para la selva, estaba de pie junto a la cama, observando la escena.

En algún momento de su compartido sueño, Kelly se había acercado y Wolf la tenía arrebujada contra su cuerpo, su brazo sobre el de ella y sus piernas entrelazadas.

—Siento perturbar su descanso, señor —dijo socarrón el hombre —. Es hora de la siguiente etapa de su viaje.

Wolf podía sentir que la mujer junto a él se movía. Se sentó y de forma efectiva bloqueó la vista al hombre.

—¿La siguiente etapa? —repitió.

—Sí, señor.

—¿Dónde estamos?

—En Colombia.

—Eso me temía —musitó antes de decir—: Saldremos de inmediato —miró al hombre hasta que asintió y salió del cuarto.

—¿Quién era ese? —preguntó Kelly soñolienta.

—Digámoslo de esta forma, Blanca Nieves. No creo que sea uno de tus enanos —sin mirarla, Wolf salió de la cama y tomó los pantalones que llevaba la noche anterior.

El ser despertado de un sueño erótico de forma tan ruda, no era su idea de una forma divertida de despertarse. El rodear a Kelly sin duda había estimulado tal sueño y al no ser capaz de hacer algo al respecto, su cuerpo gritaba, protestando.

—¿Dónde ha dicho que estamos?

—En Colombia.

—¡Oh, Dios!

—Comparto tus sentimientos —recogió el vestido y se lo lanzó —. Te esperaré en el otro cuarto.

Kelly observó cómo Wolf se ponía la camisa arrugada sobre sus hombros desnudos y salía. Desde que abrió los ojos hasta que él salió, no pudo evitar mirarlo.

Sus amplios hombros se estrechaban para formar una esbelta cintura, y cuando se levantó pudo ver su trasero marcado por el

suave material de sus calzoncillos. El hombre era realmente un espectáculo digno de contemplar. ¿Cómo lograba mantenerse en tan excelente forma?

Se había dado cuenta de que durante la noche se había acercado a él, pero no le preocupó. Se sentía a salvo y protegida. Al recordar su sugerencia de que se apresurara, salió de la cama y se vistió con rapidez.

Tan pronto como salieron del avión, Wolf supo que estaba en problemas. Aunque la pequeña pista donde habían aterrizado era lo suficientemente sólida, todo lo que podía ver en todas direcciones era agua. Siguieron al hombre que los había despertado. Se dirigía hacia un velero grande.

—No. No lo haré —dijo Wolf y se detuvo.

Su anfitrión a bordo del avión estaba detrás de él. Aguijoneó a Wolf sin decir nada.

—¿Qué sucede? —preguntó Kelly.

—No me gustan los botes.

—¿Por qué no?

—Simplemente no me gustan. No me agrada el agua en grandes cantidades. Fui criado en el oeste de Texas, estoy acostumbrado a las áridas planicies, no a los océanos con olas.

El hombre con traje para andar por la selva hizo una pausa.

—Vamos. Tenemos un largo trecho que recorrer.

—No en esa cosa —insistió Wolf y señaló el bote.

El hombre tras él le apresó el brazo.

—No tiene alternativa. Muévase.

Kelly susurró:

—Creo que lo dicen en serio —señaló a dos hombres que, de pronto, salieron de los arbustos que rodeaban la vereda, sosteniendo rifles automáticos.

La palabra que Wolf expresó era corta, profana e indigna de los castos oídos de una señorita del Este.

Kelly y él se subieron a bordo. En unos minutos, dejaron el muelle y se movieron hacia mar abierto.

Kelly miró hacia Wolf y frunció el ceño.

—¿Wolf?

—¿Qué?

—Estás un poquito pálido.

—Eso no me sorprende.

—¿Te sientes mal? —inquirió Kelly.

—Es mejor no discutir el asunto.

—Sam dijo que estuvieron juntos en la marina.

—Así es.

—¿No pasaste algún tiempo en el mar?

—Sí —respondió Wolf.

—Entonces debías estar acostumbrado a estar en el agua.

Él apretó los dientes.

—Nunca me acostumbraré a estar en el agua —él mantuvo sus ojos en el horizonte.

—Ya veo. En realidad lo siento —Kelly ocultó su sonrisa.

—Supongo que a ti te gusta navegar.

Kelly sonrió.

—De hecho, me encanta. Papá y yo navegábamos mucho cuando era más joven. Ni a Janet ni a mamá les gustaba tanto —ella le tomó de la mano y lo condujo al frente del bote—. Aquí, será más fácil para ti.

Kelly no sabía por qué, pero encontraba conmovedora la vulnerabilidad de Wolf. Quizá porque parecía muy capaz en situaciones normales. No había mostrado preocupación sobre lo sucedido el día anterior, y ella había pensado que nada lo perturbaría. Al ver que el movimiento del bote le afectaba de esa forma, le pareció más humano.

Caminó hasta el timón para hablar con el hombre que iba al mando.

—¿Adónde vamos? —le preguntó con una sonrisa amistosa.

Él señaló hacia una espumosa turbulencia situada entre el denso follaje de la jungla.

—Río.

¡Ah! Eso explicaba por qué no había desplegado las velas. Observó con interés mientras el timonel pasaba por las aguas turbulentas en la boca del río. Sólo después de que hubieron atravesado las turbulencias, volvió con Wolf que estaba apoyado contra la pared de la cabina.

—¿Estás bien?

—No.

—¿Así de mal?

—Sólo me complace no haber comido desde hace algún tiempo —pudo decir.

—Tienes razón. No hemos comido hace siglos. Me pregunto si habrá algo de comida en esta cosa.

—¡Oh! Por favor no menciones la comida ahora.

Ella le acarició la mejilla.

—Te sentirías mejor si tuvieras algo en el estómago.

—Para nada.

Kelly fue a la entrada de la cabina y se inclinó.

—Hola, ahí abajo —el timonel contestó.

—No hay nadie ahí abajo —ella miró alrededor sorprendida.

—¿Quiere decir que sólo usted está con nosotros?

Él asintió y miró alrededor.

—No pueden ustedes huir. ¿Adonde irían?

Ella siguió su mirada y contempló el amplio río en su retorcido camino a través de la densa jungla tropical.

—A ningún sitio —musitó.

—¿Qué es lo que quiere?

—Algo de comer.

—Hay comida, si tiene hambre.

—Sí, tengo hambre —Kelly bajó los escalones hacia el interior del bote. M

ás lujo. ¡Vaya, vaya! El dueño de esa barca sabía vivir bien. Empezó a revisar las alacenas y se puso a preparar el desayuno.

Después de preparar suficiente para los tres, comió su ración con rapidez y llevó dos platos llenos con comida. El timonel sonrió y le dio las gracias, moviendo el timón con una mano mientras dejaba el plato junto a él.

Kelly llevó el otro plato a Wolf.

—Vete —dijo él muy claro.

—No seas infantil —levantó el tazón de café que balanceaba sobre el plato—. Al menos bebe esto. Sabes, el río no está tan mal. En realidad es muy tranquilo.

Wolf, reacio, tomó el plato y el tazón y miró con odio el inocente contenido.

—Come lo que puedas. Mientras tanto, voy a ver qué puedo averiguar de nuestro amistoso guía.

—Es mejor que tengas cuidado y no te muestres demasiado

amistosa.

Kelly sonrió.

—No me preocupa. Recuerda que te tengo a ti para protegerme —rió ante el gruñido que él soltó.

Kelly no comprendía por qué estaba tan tranquila. Quizá fuera porque estaba descansada y bien alimentada, y se sentía lista para afrontar cualquier cosa que fuera a suceder.

No creía que fueran a hacerles daño físicamente. Esa gente era obvio que debía entregarlos en algún lado, pero no parecía realmente amenazadora.

Kelly decidió averiguar a donde iban.

—¿Cómo te llamas? —preguntó al timonel.

Él la miró y volvió su mirada al río.

—Jorge.

—¿No es eso George en inglés?

—Quizá.

—¿Adónde vamos, Jorge?

Él señaló con la cabeza.

—Río arriba —eso ya lo sabía, ¡maldición!

—¿Muy lejos? —él alzó los hombros. Era obvio que no era el más grande conversador con quien se hubiera encontrado. Kelly se relajó e intentó ser paciente—. ¿Cuánto tiempo tardaremos?

—Dos, quizá tres días.

—¡Dos o tres días! ¡Debe ser una broma!

Una vez más, él alzó los hombros.

Kelly dio la vuelta y regresó a donde estaba Wolf, quien miraba la comida en su plato como si en cualquier momento fuera a desmayarse.

—¡No vas a creer esto! —exclamó Kelly.

Él apoyó su cabeza contra la pared y cerró los ojos,

—Probablemente no, pero adelante, dímelo.

—Jorge dice que tardaremos dos o tres días en llegar adonde vamos.

Sin abrir los ojos, Wolf musitó:

—¿Por qué eso no me sorprende?

—Me gustaría saber qué se supone que está sucediendo. Todo este viaje ha sido una pesadilla sin absolutamente ningún significado.

—Y yo que pensaba que era un castigo de Sam por haberme mostrado reacio a presentarme en su boda.

Ella se apartó el cabello que le caía sobre la frente.

—Nunca me había sentido tan desgraciada.

—Yo sí, pero prefiero no acordarme.

—Hay mucha humedad, y este vestido me aprieta —indicó Kelly.

—Piensa en cómo te sentirías si todavía llevaras todos esos refajos.

—Mejor no, muchas gracias.

—Ahora supongo que esperas que salte al río, luche con unos cuantos cocodrilos, vaya hacia la playa, capture a los nativos de una villa y los fuerce a conducirme a la civilización.

—De hecho, esa no es una mala idea —él gruñó—. No, en realidad. Hablo en serio.

—Oh, seguro que sí.

—Quiero decir, que sólo hay un tipo. Tiene que dormir alguna vez. Podemos esperar hasta que esté dormido y tomar el mando del bote.

—¿Y entonces qué hacemos?

Ella se alzó de hombros.

—Encaminarnos hacia mar abierto hasta que seamos rescatados —cuando él no dijo nada, ella continuó—: bueno ¿puedes pensar en algo mejor?

—No en este momento. Ya tengo bastante con esforzarme en tragar este maldito desayuno.

—Ya veo que serás una gran ayuda —se levantó y se alejó de él.

Desafortunadamente no entraba en los planes de Kelly el que Jorge se detuviera al atardecer y recogiera a otro hombre que tomó el timón mientras el se enroscaba sobre su colchón y se dormía con un gesto de satisfacción.

Para entonces, Kelly estaba demasiado cansada para preocuparse. La combinación de calor, mosquitos, humedad y pensamientos de temor sobre lo que les esperaba, fue muy eficaz. Cayó dormida en la cabina y no despertó hasta la mañana siguiente.

Al término del segundo día, Wolf se había aclimatado todo lo posible a vivir sobre un terreno menos que estable. Nunca entendería a aquellos que prefieren la cubierta de un bote a una

buena tierra firme. Su alivio, cuando al fin llegaron al muelle y les dijeron que bajaran, fue tan sorprendente que hasta estuvo a punto de darles las gracias por su amabilidad.

Kelly se detuvo junto a él y miró en torno.

—Este lugar parece un poco desierto, ¿no crees?

Sólo había unas cuantas chozas, construidas en semicírculo frente al río, que parecían abandonadas. Como el barquero observaba paciente un camino de tierra, ellos se volvieron a ver qué esperaba.

No tardaron mucho en escuchar el sonido de un motor y, a los pocos segundos, un jeep dio la vuelta en la última curva del camino. El conductor frenó y el vehículo se detuvo en seco.

Los dos hombres tuvieron una consulta en español. Como Wolf había sido criado en Texas, en la frontera con México, entendía bien ese idioma. Sin embargo, los dos hombres hablaban muy de prisa y en voz baja, así que no pudo captar lo que decían.

Entonces, su escolta los condujo hasta que se metieran al jeep.

—Así debe ser —musitó Kelly.

—¿Qué?

—De alguna forma no creí que nuestra jornada terminara aquí.

—Por lo cual estoy muy agradecido —respondió Wolf al mirar la desierta villa.

Ella movió su cabeza, disgustada, y se metió en la parte trasera del jeep. Wolf se sentó junto al conductor.

—Hola —dijo Wolf con un movimiento.

El conductor gruñó.

—Oiga, ¿a dónde vamos?

No hubo respuesta, cosa que no extrañó a Wolf en absoluto.

Al menos estaban lejos del agua. Bajó su mano por su camisa. Estaba sucia y arrugada. Recordó el odio que les tenía a los trajes de etiqueta y sonrió. Dios, realmente, tenía un sentido del humor muy particular.

Miró la densa vegetación que crecía salvaje por todos lados menos en el camino de tierra. Si ese lugar no era el infierno, desde luego se le parecía mucho.

De hecho, le recordaba las selvas donde Sam y él habían sido entrenados cuando estuvieron en las Filipinas. Quizá no fuera tan

mala idea que recordara algunas de sus habilidades de supervivencia en la selva. Tarde o temprano, podrían serle útiles; a menos que, quienquiera que estuviera tras todo eso, se encontrara con ellos con una sonriente explicación y los enviara de regreso a casa.

Aunque lo dudaba.

Horas más tarde, Wolf notó un brillo en la negrura que los rodeaba. Tras girar en una curva, salieron al otro lado de la colina, a un lugar que parecía totalmente incongruente en ese sitio. La mansión palaciega y la pared que la rodeaba hubieran sido más apropiadas en algún lugar del Mediterráneo.

Al ver esa mansión en medio de la selva colombiana, se le erizó la piel.

El interior estaba iluminado por innumerables reflectores, que daban la apariencia de luz de día.

Miró sobre su hombro.

—Parece que hemos llegado a nuestro destino —le dijo a Kelly.

Kelly contemplaba la escena con una expresión semejante a la de Dorothy cuando por primera vez vio la Ciudad de Oz.

—¿Es real? —preguntó y se inclinó al frente.

—¿Algo de esto es real? ¿Quién lo sabe?

Tardaron más de una hora en recorrer el serpenteante camino alrededor del cañón. Cuando llegaron ante al portón, varios hombres aparecieron, todos portando armas automáticas, y hablaron con el conductor antes de dejarlo pasar. Kelly observó cómo las pesadas puertas se cerraban tras ellos.

Después del tedio de viajar durante varios días, todo parecía sucederles al mismo tiempo. El jeep se detuvo ante unos escalones que conducían a una enorme puerta doble.

Wolf salió del jeep y se volvió para ayudar a Kelly.

—¿Qué piensas? —susurró ella.

—En cualquier minuto escucharemos la voz del Mago —respondió.

—¿No puedes hablar en serio? —lo amonestó Kelly.

—Si insistes. Sin embargo, no tengo ni la menor idea de lo que sucede. La próxima vez que te dejes secuestrar, procura que sea con alguien que tenga respuestas más aceptables para tus ingenuas preguntas.

Eso la calló por un rato, por lo que Wolf se sintió agradecido. Aunque no sabía qué sucedía, no le agradaba lo que estaba viendo. Era una operación muy bien planeada, con mucha gente involucrada. Y quienquiera que estuviera detrás, tenía una gran cantidad de dinero a su disposición.

Nada de eso tenía algún sentido.

Una vez dentro del alto vestíbulo del lugar, los condujeron ante dos tramos de escalones y luego por dos largos pasillos hasta que llegaron a otras puertas dobles. Estas puertas se abrieron a un dormitorio de magníficas proporciones.

El hombre, uno que nunca antes habían visto pero que los escoltó hasta el cuarto, dijo:

—La comida les será enviada pronto. Tal vez quieran bañarse y cambiarse de ropa limpia. Hagan el favor de tomar lo que deseen.

Wolf y Kelly se quedaron ahí parados, mirándolo asombrados. Él asintió, salió del cuarto y cerró las puertas.

Ellos se miraron uno al otro. Kelly movió con fuerza la cabeza.

—Estoy soñando. Sé que estoy soñando. En cualquier minuto despertaré y me encontraré en mi casa. Esto es únicamente un sueño por la ansiedad previa de la boda. Eso es todo. No es real, lo sé…

—¡Kelly, detente! Te estás poniendo histérica. Esto es real. Empiezo a preguntarme si no es algún tipo de tomadura de pelo preparada para Sam y Janet.

Ella lo miró.

—Bueno, yo no sé nada sobre Sam, pero, en primer lugar, Janet no tiene amigos que puedan sufragar este tipo de bromas; en segundo, no conoce a nadie capaz de gastar bromas tan pesadas. Y, por último, los amigos de Janet no habrían secuestrado a la pareja equivocada.

—Está bien, está bien.

Wolf se dirigió hacia una puerta y la abrió descubriendo el baño. Entró y continuó hablando:

—No sé tú, pero yo me siento un poco sucio. Voy a tomar una ducha caliente —sin molestarse en cerrar la puerta, empezó a quitarse la ropa.

Kelly dio un giro ante la vista de Wolf, que se estaba desnudando tan tranquilo, y caminó hasta las ventanas. Miró tres plantas hacia abajo y vio varios perros doberman trotando por el terreno. Se estremeció ante la vista.

Era obvio que quien había planeado eso no tenía intenciones de dejarlos marchar. Se dio vuelta y su mirada cayó sobre la cama. ¡Oh, no! «Me niego a compartir una cama con Wolf otra vez».

Enseguida exploró el armario y los cajones. Había un surtido de ropa que ella estaba segura que le quedaría bien, ¡gracias a Dios!

Así que quizá todo eso fuera algún tipo de broma. Se dejaría llevar. Después de todo, habían sido tratados con cortesía. Y podía aguantar una broma, ¡claro que podía! Sólo deseó que Wolf no fuera parte de ella, eso era todo.

Él era el único hombre que conocía que la había hecho perder el sueño. Él era el único hombre que conocía que podía hacerla rabiar con sólo levantar una ceja o hacer uno de sus comentarios sarcásticos.

Simplemente era un caso de identidad equivocada. Si ella no hubiera aceptado la solicitud de Janet, Janet y Sam estarían ahí ahora, disfrutando de todo ese esplendor. ¿Quién sabe? Quizá ellos sí hubieran entendido la broma, e incluso puede que supieran de dónde provenía tal lujo.

Bueno, era obvio que ella tendría que sacar de su error a quien hubiera planeado esas vacaciones. Sabrían que cometieron una estúpida equivocación y enviarían a Wolf y a Kelly a su casa cuanto antes.

En ese punto, aceptaría no volver a ver jamás a Wolf Conroe. Nunca sería demasiado pronto en lo que a Kelly concernía.

CAPÍTULO 5

QUIERO pedirte un favor.

Kelly levantó la mirada del plato. Acababa de terminar una de las comidas más deliciosas que había probado en su vida.

Se sentía muy relajada en ese momento en parte por el largo baño que había tomado, y en parte por la comida y el vino que la acompañaba. La ropa que encontró en el armario era adecuada a sus necesidades. Wolf encontró unos pantalones que eran lo suficiente largos para él, una camisa y un par de cómodos zapatos de lona.

—¿Qué clase de favor? —preguntó, recelosa, y se negó a mirar la cama al otro lado del cuarto.

—Me dijeron, cuando servían la cena, que nos presentarían a nuestro anfitrión tan pronto termináramos de comer.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le reclamó Kelly.

—¿Qué crees que estoy haciendo? —le preguntó pacientemente.

—¡No! Cuando trajeron la comida.

—Porque en ese momento estabas en la bañera y habías dejado muy claro que no querías que te molestase.

—¡Oh!

—Lo que voy a sugerir va contra todo lo que crees, todo lo que valoras, todo lo que te parece correcto.

Sin mirar a la cama, ella respondió:

—Entonces la respuesta es no.

—Todavía no sabes cuál es el favor.

—Bueno me hago una idea —replicó sombría.

Tomó otro trago de vino.

—¿Y te importaría dejar el vino? Sería conveniente que permanecieras con la mente tan clara como sea posible.

—¿Por qué?

La miró con una expresión mezcla de asombro y disgusto.

—¿Has olvidado que somos prisioneros aquí y ni siquiera sabemos por qué?

—Yo diría que somos más bien huéspedes —aclaró ella.

—Bien. Somos huéspedes, pero no sabemos por qué. Y hay una buena oportunidad de que pronto lo sepamos.

—¿Sí?

—Ahí es donde entra el favor —intercaló él.

—¿Qué es?

—Quiero que prometas que, sin importar lo que se diga, ya sea por el anfitrión o por mí, tú no dirás ni una palabra.

—¿Qué?

Él asintió con un gesto de resignada comprensión.

—Lo sé, lo sé. No podía haberte pedido algo más difícil para ti, dada tu disposición a la claustrofobia.

—¿Qué?

Él retrocedió ante el volumen y levantó su mano como un agente de tránsito que intenta detener la circulación.

—Escúchame. Ya que no sabemos por qué estamos aquí, necesitamos estar preparados para cualquier explicación que se nos dé. Si me permites ser nuestro portavoz, yo trataré con lo que se nos diga, con mi mejor habilidad, al menos hasta que tengamos la oportunidad de conferenciar en privado.

—¿Qué te hace pensar que tú estás mejor capacitado que yo?

Wolf levantó las manos y se puso de pie. Se alejó de la mesa.

—Está bien, entonces serás tú la portavoz. Creo que estamos metidos en un tremendo peligro aquí. Ya que yo tengo un poco más de experiencia en tratar con el peligro que tú...

—¿Oh? ¿Cómo fue eso?

—Yo tuve unos cuantos años de entrenamiento militar.

Kelly lo pensó durante unos momentos.

—De acuerdo.

—Gracias.

—Pero según yo lo veo, el único peligro está en que nos aburramos hasta el letargo —declaró ella.

—Nada me haría más feliz en este momento que estar equivocado.

—Pero tú no crees eso.

—No. Este lugar parece un bunker. Es demasiado seguro, y también demasiado lujoso. No sé cómo o por qué, pero creo que

estamos mezclados en un operativo de drogas. No tiene sentido porque un traficante de drogas no tendría más motivos para secuestrar a Sam y Janet, que los que tendría para secuestrarnos a nosotros. Y eso es todo lo que he podido dilucidar.

—¿Y qué intentas hacer? ¿Pretender que somos ellos?

—No intento hacer nada. Espero escuchar una explicación, eso es todo. Si la explicación es absurda, quiero tener tiempo para pensar sobre ella. Cuanto menos digamos, menos sabrán de nosotros. Y creo que esa puede ser nuestra única ventaja.

Kelly podía ver que Wolf hablaba en serio. Un sentimiento de frialdad empezó a formarse en la boca de su estómago. Empezaba a pensar que todo lo sucedido tendría una explicación racional y benigna. De hecho, se había relajado, pensando que su mayor preocupación sería dónde podría dormir esa noche.

Ahora que Wolf había señalado algunas posibilidades que ella había ignorado, comprendía que él tenía razón. Ya que no sabían quién estaba detrás de su secuestro, la ventaja era que el secuestrador no supiera que tenía a la pareja equivocada.

¿Qué pasaría cuando lo descubriese?

—Está bien —aceptó ella con un movimiento lento.

—¿Estás de acuerdo?

—Sí. Yo únicamente escucharé. Si nos hacen preguntas, te miraré y tú las responderás.

Él fue hacia la mesa y le tomó la mano, para atraerla a sus brazos.

—Gracias, Kelly. No sabes el alivio que siento al escucharte decir eso —la abrazó y luego le dio un beso ligero.

Cuando se separaron, ambos parecían asustados.

—Me gustaría que no hicieras eso —dijo ella, irritada.

—No lo comprendo.

—¿Por qué? ¿Estás tan acostumbrado a que las mujeres se acurruquen en tus brazos, que no puedes imaginar a una que desee que la dejes sola?

—No es eso. ¿No puedes sentir lo que sucede cuando nos besamos? Es como una fusión atómica o algo similar.

—Es probable que sea la estática de la alfombra —bromeó Kelly.

—Excepto que el suelo es de mármol.

—Quizá sea sólo la presión atmosférica o algo así.

—O quizá nuestra muy especial química —empezó a atraerla hacia él de nuevo.
—¿Querrías dejar eso? Siempre he sido mala para los experimentos de química y no quiero practicar ahora.
Sonó un golpe en la puerta y Kelly sintió que había escapado por poco. La verdad era que ella sabía exactamente de lo que Wolf hablaba. Su cuerpo entero empezaba a hacer cosas muy extrañas e inexplicables cuando él la besaba. Ella nunca había tenido razón para desconfiar de su cuerpo en el pasado. Ahora, no podía confiar en sus respuestas.
—Entre —respondió Wolf y se volvió hacia la puerta.
El hombre que los había conducido al cuarto, estaba en la puerta abierta.
—Si ya han terminado su comida, vengan conmigo, por favor.
Wolf miró a Kelly y entonces extendió su mano. Ella la tomó, agradecida por el contacto. Así, tomados de la mano, bajaron las escaleras para saber qué estaban haciendo en las selvas de Sudamérica.
—¡Ah! Bienvenidos a mi hogar.
Wolf y Kelly se quedaron sorprendidos tanto por la grandeza del reluciente salón, como por el hombre que los esperaba al otro lado de la amplia y exquisita alfombra persa.
—Permítanme presentarme. Soy Corvasas Santiago —observó sus rostros en busca de alguna señal de reconocimiento. Cuando no vio ninguna, sonrió—. Aunque quizá tu padre te haya hablado de mí, ¿verdad?
Kelly se puso tensa, pero antes de que pudiera responder, Wolf le apretó la mano como advertencia. Ella alzó sus hombros y miró la alfombra.
Santiago rió.
—Debo disculparme por apartarla de las festividades de su boda, señorita Cantonelli… o debería llamarla señora Bartola.
La mirada de Kelly voló primero al hombre que hablaba, luego al que estaba junto a ella. ¿De qué hablaba ese sujeto? Ella nunca había conocido a nadie que se llamara Cantonelli, ni Bartola.
Wolf dio un paso al frente, todavía reteniendo la mano de Kelly y dijo:
—¿Sería mucho pedir que nos dijera por qué nos han traído

aquí?

—No, para nada —Santiago extendió su mano—. Tomen asiento y se los explicaré. Ha de ser muy difícil ser los peones en un juego de ajedrez. No hay duda de que una sensación de debilidad debe ser desconcertante, particularmente si no tienen idea de por qué están sobre el tablero, ¿verdad?

Fue hasta un mueble bar muy bien surtido.

—¿Les gustaría algo de beber?

Wolf y Kelly movieron sus cabezas al unísono.

Santiago vertió una bebida para él y luego regresó a donde estaban sentados y se sentó frente a ellos.

—Verás, Felicity, tu padre y yo hemos sido socios de negocios durante muchos años. Sin embargo, durante los pasados últimos meses, tu padre ha intentado desvincularse de sus socios, particularmente de mí.

Santiago hizo una pausa lo suficiente larga para ofrecer a Wolf un cigarro, que éste declinó. Después de tomar su tiempo para encender el suyo, Santiago continuó:

—Le advertí a Luigi, varias veces, que no podía cortarme, pero repetidamente me ignoró. Cuando supe que su única hija se casaba el 8 de junio en la catedral de San Antonio, en Boston, decidí ofrecerle a la pareja de recién casados, la luna de miel de sus sueños —estudió sus rostros y rió—. Una gran sorpresa, ¿verdad?

De nuevo asintieron al unísono sin mirarse.

—Dejé un mensaje en el contestador automático de tu padre, diciéndole que están a salvo... por el momento. Lo dejaré sudar un poco, preguntándose dónde están y lo que intento hacer con ustedes —tomó otro trago de su bebida—. Una vez que haya tenido la oportunidad de recapacitar sobre las posibles consecuencias de romper su asociación conmigo, estoy convencido de que estará más que deseoso de llegar a un acuerdo que, naturalmente, nos beneficiará a ambos.

Kelly cerró sus ojos por un momento, rezando para no desmayarse. Wolf rápidamente liberó sus dedos, que ella apretaba con fuerza, y le bajó la cabeza hasta su regazo.

—Respira, despacio, despacio y profundo —le susurró.

Kelly se retiró de él.

—¡Estate quieto! —el color inundaba su rostro.

—¡Oh, cielos! No me digan que ya existen problemas entre los recién casados.

—Este… no exactamente. Estamos sólo un poquito impresionados ante este inesperado giro de los hechos. Planeamos nuestra luna de miel en las Cataratas del Niágara —improvisó Wolf —. Debo decir que hay una notable diferencia.

Santiago asintió. Parecía complacido de sí mismo.

—No hay razón para que no disfruten aquí. Yo me pondré en contacto con tu padre mañana, Felicity. Quizá él quiera volar para asegurarse que están bien.

Kelly asintió e intentó sonreír.

Santiago frotó sus manos en un gesto de entusiasmo.

—Bueno, ya no los entretendré más. Sé que este es un momento único para ustedes y desearán intimidad. No los privaré de ella. Si desean alguna cosa, sólo levanten el teléfono y alguien los atenderá.

Wolf y Kelly se pusieron de pie. Kelly miró a Wolf. Él la rodeó con su brazo.

—Gracias por explicarnos lo que está sucediendo —dijo al fin, después de un momento.

Santiago asintió y sonrió.

Una vez más fueron guiados hasta su cuarto. Tan pronto como se cerró la puerta, Kelly se volvió a Wolf y lo asió de los brazos.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó con voz trémula.

Wolf miró sus muy expresivos ojos y supo que no podía engañarla.

—Tenías razón todo el tiempo, Kelly. Vamos a tener que sacar nuestro guión de Indiana Jones y salirnos de este infierno.

—Él ni siquiera sabe que el chofer fue a la iglesia equivocada.

—¡Suerte para nosotros que él no sepa cómo es Felicity Cantonelli!

—¿Qué crees que pasaría si le decimos la verdad?

—Nunca saldríamos vivos de aquí

—Temía que dijeras eso —ella asintió con la cabeza.

—Tenemos que reconocerlo. Él no puede permitirnos marchar ahora. Pero si logramos escapar, no sabrá quiénes somos o dónde encontrarnos.

—A menos que el conductor le diga lo que hizo.
—Si tú fueras el chofer ¿admitirías tu error? —ella movió la cabeza—. Tampoco lo haría yo.
—¿Así que cómo salimos de aquí?
Wolf se dirigió hasta la ventana.
—No he formulado un plan todavía.
—No tenemos mucho tiempo.
—No. ¿Puedes imaginar lo que Luigi Cantonelli pensará del mensaje de su contestador? Su hija casada y a salvo en algún lugar en su luna de miel, y él recibe ese loco mensaje.
—Bueno, ciertamente no vendrá aquí, eso es seguro —Kelly se situó junto a Wolf, de forma que ambos miraban por la ventana—. Vi algunos perros ahí antes.
—Concuerda.
—¿Piensas que podríamos robar el jeep?
—No.
Ella suspiró.
—Yo tampoco.
—Pero si podemos saltar la pared, creo que podremos regresar al río.
—¿Hablas en serio? —ella lo miró.
—Sí.
—¿Pero cómo?
—No será fácil, pero si puedo encontrar el equipo necesario, sobreviviremos —declaró Wolf.
—Si llegamos al río. ¿Y qué hacemos cuando lleguemos?
—Cuando lleguemos al río, buscaremos un bote.
—Pensé que habías jurado no volver a poner un pie en un bote otra vez.
—Sí, bueno, dejemos atrás esta pequeña aventura y cumpliré esa promesa.
Ella se quedó callada durante varios minutos.
—¿Crees que querrá deshacerse de nosotros?
—Sin ninguna duda.
Ella miró a Wolf.
—Desearía haber sido más agradable contigo cuando nos conocimos.
—¿Por qué dices eso ahora?

—Conciencia culpable. Si yo hubiera sospechado que dependería de ti para salvar mi vida, definitivamente habría sido más cortés contigo.

—Todavía no he hecho nada.

—Bueno, al menos estás haciendo planes para sacarnos de aquí. Después de la forma en que te traté, no te culparía si me dejaras.

—Gracias por indicármelo. Creo que tienes razón. Sería mucho más fácil que yo escapara solo —se volvió y caminó al armario.

—¡Wolf!

Él se volvió, sonriente.

—Sin embargo, mi vida parecería aburrida sin el agravante de tenerte alrededor mío.

—Gracias.

Él miró en el interior del armario.

—Veamos lo que tenemos aquí. Después, intentaré bajar a la cocina y ver qué podemos encontrar ahí.

—¿Vas a dejarme sola aquí arriba?

—No te preocupes. No me olvidaré de ti.

—¿Wolf? —ella lo observó desaparecer en el armario.

Escuchó una respuesta atenuada.

—¿Crees que podremos lograrlo?

Wolf salió del armario poniéndose una chaqueta oscura.

—No tenemos alternativa, Kelly.

Kelly recordó la primera vez que vio a Wolf. ¿Hacía tan sólo unos cuantos días? Entonces le pareció peligroso, pero ya había olvidado esa primera impresión. Ahora se preguntaba cómo había podido olvidarlo.

Ahí parado frente a ella, mientras le pasaba prendas de vestir, le decía que se cambiara de ropa y reuniera lo que pensara que podía necesitar, le pareció incluso más peligroso de lo que en un principio había pensado.

Él estaba al mando. No había vacilación en él. Tan asustada como estaba, Kelly comprendió que era una suerte que Wolf estuviera con ella en esa aventura grotesca.

Se permitió un momento para agradecer a Dios que Sam y Janet no hubieran sido secuestrados. Al menos, ellos estaban a salvo.

Kelly se negó a engañarse. Wolf y ella prácticamente no tenían

oportunidad de salir del complejo, mucho menos del país. Pero tenían que intentarlo y él tenía razón en eso.

Wolf la atrajo y la mantuvo apretada por un momento.

—Vamos a lograrlo, dulzura. No te preocupes.

Ella lo miró.

—No estoy preocupada. Sé que si alguien puede sacarnos de aquí, eres tú.

Wolf sabía que no debía besarla, mas la urgencia de hacerlo era abrumadora. Ahora era el momento para la histeria, el pánico, la ira. En cambio, ella lo miraba con una confianza total.

Él era quien sentía pánico. Una cosa era arriesgar el cuello para salir de ahí y otra muy diferente, ponerla a ella también en peligro.

Pero sabía que era la única oportunidad que tenían. Esa noche Santiago se regocijaba por el éxito de la operación. Su guardia estaría desprevenida. Wolf contaba con que Santiago esperara que ellos se sintieran intimidados. Después de todo, ¿cuánta gente intentaría entrar o salir del complejo sin invitación? Con guardias armados a la vista y animales sueltos para patrullar, la mayoría de la gente aceptaría que no había oportunidad de escapar.

Wolf contaba con encontrar una forma.

—Trata de descansar cuando hayas reunido lo que piensas que necesitaremos. Regresaré por ti tan pronto pueda.

—Cuídate —susurró ella y él sonrió.

—Puedes contar con eso. Nos veremos más tarde.

Wolf trató de abrir la puerta, hizo una señal de triunfo con sus dedos y se deslizó hacia el pasillo mientras que, en silencio, volvía a cerrar la puerta.

Kelly se dio la vuelta y empezó a concentrarse en qué necesitarían para sobrevivir hasta que llegaran a donde estuvieran seguros.

CAPÍTULO 6

EL golpeteo continuo de la lluvia sobre las anchas hojas, sofocaba los sonidos de las pisadas mientras Kelly hacía lo posible por mantener el paso de Wolf. El hombre no era humano, decidió irritada.

Le parecía que llevaban días andando, aunque probablemente no fueran más que varias horas.

Kelly siempre había pensado que, para ser una persona con un trabajo sedentario, ella se conservaba en buena forma. Caminaba cuanto podía; subía escaleras en lugar de tomar ascensores; participaba en un programa de ejercicios tres veces por semana. Nada de eso parecía serle de mucha ayuda en la presente situación.

Apresuró el paso en un esfuerzo por mantener a Wolf a la vista. El verde claro lóbrego que los rodeaba la hacía estremecer. La niebla que estaba en el aire, tomaba forma de dedos que se acercaban para apresarla.

Dios, estaba cansada. Cada músculo le dolía, cada hueso parecía crujir cuando se esforzaba por seguir a la alta figura que abría paso a través de lo que a Kelly le parecía ser una impenetrable pared de vegetación.

—¿Cómo te sientes?

Ella lo miró y dejó de ver dónde pisaba. Vio que él se había detenido y vuelto hacia ella.

Sabía lo que él veía. Se había trenzado el cabello y lo había enrollado alrededor de su cabeza. Durante el curso de las horas, la trenza se había desprendido de forma gradual, así que su cabello caía en largos mechones mojados alrededor de su cabeza.

Wolf le había dado un poncho impermeable que protegía la bolsa con abastecimientos que ella había reunido y que llevaba atada a la espalda. De las rodillas para abajo, los pantalones de algodón estaban empapados, no sólo por la lluvia sino por la humedad que había en todo lo que tocaban. Sus zapatos de lona hacían ruido con cada paso que daba.

—¡No podía estar mejor! —respondió con voz alegre, preparada a morir antes que admitir que no podía seguirle el paso.

Él la miró un poco dudoso y luego alzó los hombros. El movimiento casual de sus hombros hizo que el pesado bulto que llevaba pareciera insignificante. ¡Ni siquiera respiraba con fuerza!

Kelly aprovechó la oportunidad para limpiar la humedad de su rostro con la larga manga de su camisa.

—Estás un poco pálida —le dijo mientras observaba su rostro.

—¿De veras? Bueno, tú estás tan verde como en el bote hace algunos días. Yo pensé que tenía que ver con la luz de este horrible lugar.

Él pasó su pulgar sobre la mejilla de ella y frotó suavemente para quitarle una mancha.

—Si quieres, podemos detenernos para descansar y comer algo.

Ella casi gruñó ante la idea de tal placer. Él poder sentarse, ser capaz de darle a sus pies un descanso... La delicia del pensamiento casi era más de lo que su aturdido cerebro podía asimilar por el momento.

—Como tú digas —pudo decir con voz normal.

Wolf se volvió. Hizo un lento y completo círculo antes de decir:

—Esperaba salir de este valle tan pronto como fuera posible. Una vez que lleguemos a las colinas, quizá encontremos algún resguardo, una cueva o algo, donde podamos descansar por unas pocas horas.

Kelly tragó.

—¿Una cueva?

—Sí, algo que nos proteja de esta interminable lluvia.

—No estoy segura de que desee compartir una cueva con algún animal —dijo con un estremecimiento y él rió.

—Pero, Kelly, pensé que yo me había comportado como un perfecto caballero durante todo esto.

—¡No tú, idiota! —miró hacia la espesa vegetación—. ¡Odio las selvas!

—A mí tampoco me gustan mucho.

—Quiero decir, que siempre las he evitado. Me dan escalofríos, me dan claustrofobia, me dan...

—Qué pena que Santiago no nos haya llevado al desierto... Qué poco considerado por su parte, ¿no te parece?

Kelly lo ignoró. Se apoyó en una pierna y recogió su cabello, luego lo exprimió hasta que varios chorros de agua fluyeron de él.

Cuando se enderezó, él sostenía una larga bufanda y la extendió hacia ella.

—Aquí, átalo con esto.

—Siempre preparado, ¿verdad? —dijo y se dio cuenta que había parecido un reproche—. Gracias —musitó.

—No es nada —se volvió—. Sigamos un poco más, si no deseas detenerte. Pronto llegaremos a algún lugar donde podamos acampar.

¿Por qué? ¿Por qué no admitía que estaba exhausta, hambrienta, asustada, solitaria y convencida de que nunca saldrían vivos de ese lugar?

¿Por qué? ¡Oh! Eso era fácil de responder: porque eso era exactamente lo que él esperaba que ella hiciera.

Nunca olvidaría la expresión de su rostro cuando regresó a su cuarto y descubrió lo que ella consideraba las necesidades básicas que quería llevar consigo. Dudaba que alguna vez pudiera perdonarlo por reírse de ella.

Recordaba lo incómodos que habían estado en ese bote sin champú, colonia ni ropa interior. Ya que su anfitrión había sido tan generoso de proveerla con esas cosas, no vio razón para no llevarlas consigo.

Él revisó las cosas que, era cierto, necesitarían llevar sobre una mula, sacó un pequeño cepillo y peine, un cepillo de dientes y pasta, alguna ropa interior, un par de camisas y un cambio de pantalones. Las puso en una mochila pequeña y deslizó las cintas sobre los hombros de ella.

Hasta ese pequeño volumen se había hecho más pesado durante las horas pasadas. Todavía no tenía idea de lo que él llevaba en su mochila. Esperaba Que algo de comida. Afortunadamente, habían cenado muy bien, porque ciertamente no se habían detenido a desayunar y tenía la idea de que ya era hora de comer. Su estómago parecía resentido, pero no estaba segura si era por hambre o por miedo.

La huida durante la noche anterior había sido la más escalofriante experiencia de su vida. No había necesitado que Wolf le dijera que tenía que permanecer callada. No había podido hacer ningún sonido, aunque su vida hubiera dependido de ello.

Durante las horas que había estado fuera, Wolf había explorado la casa en detalle y cuando regresó le dijo que no había guardias dentro. Que mientras no hicieran algo que despertara a los sirvientes dormidos, no tendrían ningún problema en salir.

Pero ella había visto a los perros y sabía que constituían su principal problema. Wolf ya se había encargado de eso. Encontró varios jugosos bistecs y alimentó copiosamente a los perros mientras los dejaba acostumbrarse a su olor. Para cuando los dos salieron de la casa y se metieron en las sombras, los perros estaban saciados y contentos, sentados en silencio, mientras los observaban.

La condujo hacia la parte de atrás de la propiedad, lejos de la verja y de los vigilantes de guardia. Ya que la pared parecía por lo menos de tres metros de alto, Kelly se preguntó cómo esperaría él que la saltara.

Una vez más, él hizo que sus planes parecieran fáciles. Primero, se quitó la mochila, luego le indicó que ella subiera a sus hombros. Fue fácil para ella trepándose allí. Luego, él le pasó su mochila y saltó la cerca.

Ella no le hizo preguntas. En un momento lo vio correr hacia la pared. ¡No podía creerlo! Iba a tratar de saltar lo suficiente alto para asirse de la parte de arriba de la pared.

No debió sorprenderle que lo lograra. Quedó colgado de las manos durante un momento, tomó varias profundas inhalaciones antes de izarse junto a ella. Ni siquiera se había quedado sin aliento.

Fue ese el momento en que Kelly se prometió que no iba a ser un problema durante el viaje. Se mantendría a su paso, sin quejarse, aunque eso la matara.

Horas más tarde, no sabía qué era peor, si el paso rápido o el hecho de que no pudiera decir nada sobre lo que pensaba o sentía. Cuando era más joven, Kelly generalmente expulsaba todo pensamiento que tenía, cualquier sentimiento que albergara, casi tan pronto como se le ocurría. Cuando creció, por supuesto, se tornó selectiva sobre lo que decía y a quién, particularmente en su ambiente de trabajo. Allí aprendió a ser disciplinada, una habilidad que había puesto en uso constante durante esos viajes.

¿Quién habría pensado que su carrera iba a serle de utilidad para su vida personal?

Y no era que considerara ese episodio en particular, como parte de su vida personal. No había nada personal en eso. Wolf la trataba como un compañero del ejército. Se dio cuenta de que él continuaba observándola sobre su hombro, como si esperara que ella fuera a caer de bruces en cualquier momento.

En ese preciso instante, el dedo del pie de Kelly quedó atrapado bajo una raíz y la chica se cayó. La caída le quitó el aliento y la inmovilizó durante un momento, lo suficiente para que Wolf la levantara y empezara a sacudirla.

—¿Estás bien? —le quitó vegetación que había quedado adherida por todos lados.

Tenía problemas en recuperar el aliento.

—Calma, calma... Simplemente has tropezado, eso es todo.

Tan pronto como pudo, Kelly se retiró y resolló.

—Estoy bien, estoy bien. No ha sido nada. Es sólo que no vi...

Wolf la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia él.

—Estás cansada y debí darme cuenta. ¿Por qué no dijiste nada cuando te pregunté? Hemos caminado durante horas y no has dicho ni una palabra. Yo... —hizo una pausa y la miró al rostro. Lo que vio le causó dolor en su pecho. Las lágrimas cayeron por las mejillas de alabastro y fueron causa de que sus ojos parecieran todavía más verdes—. ¡Oh, cariño! Lo siento. En realidad debiste decir algo.

Ella sabía que debía empujarlo y explicarle que ya se sentía bien y que podía seguirlo a donde la condujera, pero se sentía tan bien allí, apoyada contra su amplio y duro pecho...

Kelly no pudo resistirse. Ya no le importaba que viera sus lágrimas de debilidad. Por el momento, todo lo que le importaba era la callada fuerza que parecía rodearla y que sostenía sus rodillas a fin de evitar que se desplomara.

Wolf miró en torno hasta que encontró un lugar con menos vegetación. Con un brazo alrededor de Kelly, él apartó las hojas y ramas hasta que dejó un espacio limpio. Hizo una pausa lo suficiente larga para quitarse la mochila y abrirla. Encontró una fina hoja de plástico que extendió con rapidez; luego, levantó una tienda pequeña.

—Entra ahí y trata de secarte mientras yo limpio un lugar para

encender un fuego.

Kelly estaba demasiado cansada para discutir. El la ayudó a quitarse el poncho, luego sostuvo la tapa de la tienda para que ella pudiera arrastrarse dentro. No podía ponerse de pie dentro, pero podía sentarse cómodamente, por lo cual estaría eternamente agradecida. Tenía los pies entumecidos.

Tardó unos minutos desatando los cordones de sus zapatos porque los nudos estaban mojados y sus dedos torpes, como si ya no fueran suyos y no la obedecieran. Una vez que se los quitó también se deshizo de los calcetines y los pantalones mojados. Encontró otros y se los puso junto con unos calcetines secos. El lujo de sentirse seca por primera vez en horas, la invadió. Con un suspiro se enroscó sobre un costado y cayó profundamente dormida.

Más de una vez Wolf dio gracias a su entrenamiento como marino.

No estaba seguro de si Santiago organizaría una búsqueda cuando se diera cuenta de que se habían ido. Lo que preocupaba a Wolf era cómo reaccionaría cuando descubriera que tenía a la pareja equivocada. Tenía hombres suficientes para organizar una búsqueda.

Después de hacer un claro, se arrodilló y empezó a sacar de su mochila lo que necesitaba para encender un fuego. Con paciencia, logró una pequeña llama; entonces, cuidadosamente, la alimentó hasta que calentó lo bastante como para que pudiera añadir alguna madera húmeda que había en el suelo.

La luz natural se desvaneció con rapidez una vez que hizo el campamento y Wolf se sintió afortunado de que la lluvia hubiera cesado. Al menos no tendría que construir un refugio para el fuego. Abrió varios paquetes de comida, añadió agua en un cazo y lo colocó sobre el fuego. Las piedras que rodeaban el fuego, sirvieron de soportes del cazo.

Wolf no había oído a Kelly desde que se metió en la tienda. Extrajo un saco de dormir de su mochila, abrió la puerta de la tienda y espió dentro. Por la luz oscilante de la llama pudo ver que ella estaba enroscada y dormida. Se arrastró junto a ella y luego encendió la lámpara de mano.

Sombras oscuras formaban un círculo en los ojos de Kelly. Su cabello brillante era un contraste impresionante con su piel de

porcelana. No quería despertarla, pero tenía que comer algo a fin de mantener la fuerza.

—¿Kelly? —ella no se movió. El se estiró y rozó sus hombros con las manos—. ¿Kelly? —repitió—. Vamos a comer en unos minutos. ¿Por qué no extendemos este saco de dormir? Será mucho más cómodo acostarnos sobre él. He traído una manta que podemos usar para taparnos —esperó—. ¿Kelly?

Una voz insistente penetró en su conciencia y Kelly frunció el ceño. Era demasiado temprano para levantarse. Acababa de dormirse. Faltaban horas para que el despertador sonara antes de...

Kelly abrió los ojos, asustada. Estaba en un lugar pequeño, apenas iluminado. Un hombre grande estaba arrodillado junto a ella. Se sentó y parpadeó cuando sus músculos protestaron con vigor.

—¿Quién? ¡Oh Wolf, eres tú!

—Lo siento, no quería asustarte. Dormías tan profundamente que no quería molestarte, pero he preparado algo para que comamos y... —señaló el saco de dormir—, pensé que podíamos convertir esto en una cama cómoda.

La bufanda que sostenía su cabello se deslizó y Kelly se lo quitó de la frente.

—¿Has dicho algo sobre comida? —preguntó; de pronto se había dado cuenta de que tenía mucha hambre.

Él sonrió.

—Tu comida te espera —dijo y abrió la puerta—. Todavía algo mejor, ya no llueve.

Así que al menos pudo agradecer por esas pequeñas bendiciones. Kelly salió de la tienda y vio la alegre fogata ante ella. Eso era lo mejor que le había sucedido durante el día y se sintió más optimista.

—¿Cómo pudiste encender un fuego con esto? —señaló la vegetación que todavía goteaba agua.

—Hay que agradecérselo al entrenamiento experto de los servicios militares de los Estados Unidos, señora —masculló.

Sacó un estofado y lo sirvió en dos tazones de metal y le pasó uno a ella.

—¿Cuánto tiempo estuviste en el servicio militar?

—Casi seis años.

—¿Participaste en alguna de las guerras?

—No. Para cuando entré a la marina, la lucha en el sureste de Asia se había detenido. Pasé la mayor parte del tiempo en las Filipinas, Corea y puestos militares.

—¿Fue ahí donde aprendiste a cuidarte?

Él movió la cabeza y su rostro se tornó sombrío.

—Crecí sabiendo cómo cuidarme —dijo y comió del estofado.

Kelly lo probó de forma tentativa y lo encontró delicioso. Ya no hubo más charla durante algunos minutos.

Cuando terminaron toda la comida del cazo, Wolf lo enjuagó y puso más agua. En esta ocasión, cuando el agua hirvió, puso los granos de café. Ella no dijo nada y él al fin comentó:

—Pensé que podríamos tomar un café después de comer.

Kelly continuó mirando las llamas sin hacer comentarios.

Bueno, ¿qué esperaba él después de todo? Esa era probablemente la primera vez que esa mujer se sentaba ante una hoguera para comer estofado y beber café hirviendo. Esa no era su forma usual de pasar una tarde. Lo sabía sin tener que preguntarle.

El, por otro lado, había pasado incontables atardeceres exactamente como ese, en la soledad de las altas montañas de Guadalupe. Si todo hubiera funcionado como había planeado, ahora estaría ahí, sólo, observando las chispas del fuego subir en espiral hacia el claro ciclo del oeste de Texas.

—¿En qué piensas? —preguntó al fin Wolf.

—En realidad no estoy segura. Mis pensamientos parece que vuelan en todas direcciones. Me pregunto cómo se habrán tomado mis padres mi desaparición, cuando se dieron cuenta. Me pregunto si Janet y Sam se habrán ido de luna de miel o estarán sentados junto a algún teléfono esperando noticias —lo miró—. Pensaba en lo extraño que me resulta estar aquí en medio de la selva contigo.

—Cierto. No te gusto mucho.

Ella movió la cabeza.

—Eso fue hace mucho tiempo. Recuerdo lo molesta que estaba porque no querías que Sam se casara con Janet. Sentí que tus juicios eran injustos. ¡Ni siquiera la conocías! También me molestaba tu actitud hacia la boda y la recepción. Pensé que eras insensible y egoísta al no querer venir cuando eras invitado.

—Lo fui.

—Pero yo nunca pensé en investigar tus razones. Sólo di por hecho que eras un estúpido egoísta y que considerabas la boda y todas las festividades, triviales y de poca importancia.

—Siempre he dicho que sabes juzgar el carácter de la gente —llenó las tazas de metal con café humeante y le pasó una a ella—. Siento no poder ofrecerte crema o azúcar.

Ella frunció el ceño.

—Piensas que estoy muy mimada, ¿verdad?

—¿Importa?

Meditó sobre su pregunta durante varios minutos antes de confesar.

—Sí. Acabo de descubrir que realmente me importa lo que piensas de mí.

—Creo que has sido muy valiente. Muy pocas mujeres habrían conservado el paso agotador de hoy. Tú no te quejaste ni una sola vez.

—Anoche te reíste de mí.

Él torció los labios, no pudo evitarlo.

—Lo sé. Fui un bruto y te ofrezco disculpas.

—No tienes que disculparte. Supongo que fue una estupidez meter en la mochila champú, colonia y desodorante para no mencionar la cantidad de ropa.

Él se estiró y tomó su mano, le acarició la palma con sus dedos largos. Sus uñas, antes inmaculadamente manicuradas, ahora estaban astilladas y rotas y ya no eran del coral pálido que tenían el día de la boda. Acomodó sus dedos junto a los de ella.

—Si no estás acostumbrada a pensar en términos de supervivencia, cariño, no existe razón para cuestionar que llevaras lo que pensabas que necesitarías —levantó su mirada hasta fijarla en sus sombreados ojos—. El asunto es que no tenemos ni idea de adonde vamos, cuánto tardaremos y si vamos a encontrar ayuda a donde lleguemos. Por el momento, estamos en esto solos, lo que significa que tenemos que llevar estrictamente lo necesario. Esos paquetes se hacen más pesados a cada kilómetro.

—Tú no has actuado como si te molestara.

—Eso es porque estoy acostumbrado. He llevado una mochila para acampar desde que era un niño. Esto es una forma de vida para mí —dijo y miró alrededor—. ¡Oh! Y no quiero decir la jungla,

me temo. Definitivamente comparto tu aversión a ella. Hablo de vivir de la tierra, sabiendo que puedo enfrentarme a los elementos y sobrevivir. Cuando no estoy enseñando, paso la mayor parte de mi tiempo solo, en los territorios salvajes.

Ella lo miró como si tratara de leer sus pensamientos.

—Parece una vida muy solitaria.

—Para algunos, quizá. A mí me gusta la soledad.

—Creo que ha sido una suerte que me secuestraran contigo.

—¿Cómo dices? —preguntó, extrañado.

—Pensaba en los hombres que conozco. Conocen todos los mejores restaurantes, dónde comprar sus ropas, cómo pasar un rato agradable con una mujer, pero no sabrían cómo salir de esa fortaleza que dejamos y habrían estado perdidos minutos después de entrar en esto —miró los árboles, el pesado follaje que los rodeaba—. A mí ya no me importa que no quisieras que Sam se casara con mi hermana. En realidad no me importa. Lo que vale es que tú nos has salvado de una situación muy valiosa.

—Todavía no hemos salido de aquí.

—No admitirás que me has salvado, ¿verdad?

Wolf se levantó y empezó a apagar el fuego.

—No trates de convertirme en un héroe, Kelly. Nada puede estar más lejos de la verdad. Sólo trato de salvar mi propio cuello. No vi razón para dejarte allí sola.

Ella lo observó guardando todo y apagar el fuego antes de preguntarle:

—¿Cuáles son tus planes para mañana?

—Pude estudiar un mapa que Santiago tenía en la pared. En lugar de regresar por el río, decidí encaminarme hacia el Sur, hacia Bogotá, lo que significa que tendremos que cruzar algunas montañas.

—¿Por qué a Bogotá?

—Porque allí hay una Embajada de los Estados Unidos. Creo que ese es nuestro medio de escape más seguro. Estamos aquí sin pasaportes, así que por el momento somos ilegales. Preferiría no involucrarme con las autoridades locales si podemos evitarlo.

—¿Cuánto tiempo tardaremos?

Él mantuvo su cabeza baja.

—Es difícil de saber.

—Inténtalo.

—Podemos tardar semanas.

—¡Semanas! ¡No lo dirás en serio!

—Esperaba encontrar el pie de la sierra montañosa hoy, o al menos encontrar un claro donde pudiéramos echarle una ojeada.

—¿Vamos en la dirección correcta?

—He seguido la ruta hacia el Sur.

Ella lo miró, escéptica.

—Observando el sol, me supongo —sabía bien que había llovido desde que salieron del complejo.

—No, observando la brújula —respondió él en un tono evasivo.

—Ah, claro. Casualmente llevabas una brújula el día de la boda.

—No, busqué en la casa hasta que encontré lo que sabía que necesitaríamos.

Dejó caer la cabeza sobre sus rodillas dobladas y suspiró. No era de extrañar que se riera de ella. Mientras ella reunía champú y diversos cosméticos, él buscó comida, mantas y sacos de dormir, utensilios para cocinar, mochilas, brújulas, lámparas de mano. Se había portado como una verdadera idiota y no le gustaba esa etiqueta para nada.

—Tratemos de dormir un poco.

Kelly lo miró y vio que levantaba la tapa de la puerta de la tienda. Ella asintió.

—Está bien.

Él se arrastró tras ella, bajó la cremallera y encendió la lámpara de mano. Juntos extendieron abierto el saco de dormir y luego la manta sobre él.

—¿Kelly?

—Ummm.

—Quiero que sepas que no tienes que preocuparte por nada, en lo que a mí concierne.

Ella lo miró.

—¿De qué hablas?

—Sé que he tomado ventaja de la situación un par de veces al abrazarte y besarte. Las cosas han cambiado de forma considerable,

y no voy a perder el control de nuevo. Sólo quiero que sepas que estás a salvo conmigo —medio sonrió y añadió—: Al menos tan a salvo como tú quieras estar.

CAPÍTULO 7

KELLY estaba despierta mirando el lecho de la pequeña tienda y deseando poder dormir. Se sentía demasiado cansada para conciliar el sueño. Le dolía todo el cuerpo y estaba exhausta.

Después de apagar la lámpara de mano, él sugirió que se pusieran tan cómodos como fuera posible. Entonces Wolf se sentó sobre el saco de dormir y empezó a desvestirse. Por los sonidos que hacía, Kelly se dio cuenta de que se estaba quitando no sólo los zapatos, sino también los pantalones y la camisa. Debían estar húmedos y era lógico quisiera quitárselos para poder dormir.

Para cuando ella se quitó los zapatos y los pantalones, él yacía sobre un costado, dándole la espalda, con la lenta y profunda respiración del sueño.

Encontró una suave camiseta en su bolsa, una que él le permitió llevar y, después de quitarse la camiseta y el sostén, se puso la camiseta sobre la cabeza. Era de hombre, lo que la hacía ideal para dormir. Había creído que tan pronto quedara en posición horizontal se dormiría pero, desafortunadamente, no fue el caso.

En cambio, trató de recordar lo que Sam le había dicho sobre Wolf. gran buenos amigos y se conocieron años antes en el servicio. Decidieron asistir a la universidad juntos y habían sido amigos íntimos desde entonces. Wolf había hecho su doctorado en meteorología y geología. El siempre estuvo interesado en el ambiente, según les contó Sam. Cuando Janet le preguntó sobre la vida personal de Wolf, Sam explicó que él rara vez permitía que alguien se le acercara. Esa información irritó a Kelly. ¿Por qué había elegido ser un misántropo, un lobo solitario? ¿Qué tenía contra la gente?

Ahora, más que nunca, Kelly quería saber qué había convertido a Wolf en un solitario. Tenía una fuerte corazonada de que nunca descubriría nada que él no deseara que supiera.

Ahora, y no por culpa suya, Wolf y ella tendrían, que pasar semanas juntos. Ella podía mantener la distancia con él, tratarlo como un extraño y contar los días hasta que llegaran a la civilización.

O, y este era el pensamiento que la mantenía despierta, podía intentar conocerlo, cuidadosamente, sin alarmarlo. Podía tratarlo como si él fuera un animal que siempre hubiera vivido salvaje, libre de ataduras y quizá pudiera llegar a conocer más de él, comprender quién era y por qué, comprender sus sentimientos sobre la vida, sobre el mundo.

No podía apresurar el proceso, lo sabía. Pero, ¿qué más tenía que hacer con su tiempo? Si seguían el plan de Wolf, tendrían que recorrer más de ciento cincuenta kilómetros a través de jungla y terreno montañoso. El le había advertido que quizá no lo lograran.

Era posible que ella muriera en las siguientes semanas, que nunca volviera a su hogar, a su familia y a sus amigos. Hasta ahora Kelly había dado por hecho que él los salvaría y los haría llegar a un lugar seguro. Nunca, ni por un minuto, había dudado que volvería a ver a su familia. Y hasta ahora había ensayado cómo contarles la historia de sus aventuras, de forma tan divertida como fuera posible. Se había negado a enfrentarse a la gravedad de su situación, pero Wolf no lo había hecho. El no había retrocedido ante los peligros con los que se encontraron.

Bien, así que él no quería que lo viera como a un héroe y quizá tuviera razón. Era áspero y cortante. En ocasiones podía ser verdaderamente rudo. Ella no podía alabar su carácter agradable y estaba segura de que él no vestía con el estilo de los otros hombres que conocía, ni bailaba con la gracia que...

Baile. Iban hacia la recepción donde hubieran bailado juntos. Kelly, despacio, cerró los ojos. ¿Bailaría alguna vez con Wolf? Suspiró y se imaginó con su hermoso vestido verde una vez más. Wolf estaba ahí con su sorprendente traje que subrayaba su oscura buena apariencia. Le sonreía y extendía su mano. Nunca lo había visto tan relajado. Su sonrisa la hizo estremecerse.

Ella asintió, luego levantó su mano hasta el hombro de él. Empezaron a bailar y era maravilloso. El bailaba como un sueño, ligero...

Kelly se arrellanó bajo la manta y se sumió en el sueño.

Cuando Wolf abrió los ojos, supo inmediatamente dónde estaba.

A veces, durante la noche, Kelly se había movido, arrebujándose en sus brazos hasta que su cabeza descansó sobre su hombro. El brazo izquierdo se le durmió, porque lo sentía entumecido. Desafortunadamente, su brazo era la única parte de su anatomía que estaba así. La cadera de Kelly se acomodaba entre sus muslos, su rodilla descansaba en su ingle. El brazo de ella yacía cruzado sobre su pecho.

Cuando sólo hacía unas horas que le había asegurado que estaba a salvo con él, Wolf se despertó para descubrir que sus palabras de seguridad sonaban huecas. ¿Qué demonios se suponía que debía hacer ahora? Nunca había estado en semejante situación. En primer lugar, no estaba acostumbrado a despertar con una mujer en sus brazos. En segundo lugar, en las pocas ocasiones en que eso había sucedido, él no se había preocupado de cuáles serían sus siguientes movimientos. Ya que su cuerpo estaba excitado por su cercanía, bajo circunstancias ordinarias habría dejado que la naturaleza siguiera su curso.

Mas esas estaban muy lejos de ser circunstancias ordinarias.

Deslizó su mano por su cuerpo y pudo enganchar sus dedos bajo la rodilla de ella y alejarla de él con suavidad. Después de lograr esa maniobra, Wolf se permitió el lujo de llenar sus pulmones de aire, luego sacó su brazo de debajo de ella. Las súbitas agujas que pincharon esa parte de su cuerpo, le reafirmaron sus sospechas de que se le había dormido. Se sentó, tratando de sofocar un gemido. Encontró ropa seca que ponerse y con gran economía de movimientos se vistió y salió de la tienda.

Por el brillo de la luz que se filtraba desde arriba, Wolf pensó que la lluvia los dejaría libres durante unas horas. Reunió los restos del fuego y, con rapidez, encendió otro. Cuando comenzó a beber una taza de café caliente, ya tenía un mayor control sobre sus reacciones.

Ya no tenía una razón válida para mantener a Kelly enfadada con él, pero no estaba seguro de qué iba a hacer para conservar las distancias entre ellos. Sin embargo, era un deber colocar, bajo esas circunstancias, cierto tipo de barrera. Por supuesto que le gustaría hacerle el amor, ¿a qué hombre de sangre caliente no le gustaría? Aun así, la idea estaba fuera de la cuestión. Aunque ella no hubiera sido la nueva cuñada de Sam, era el tipo de persona de la cual él

siempre se había mantenido alejado. Ella no comprendía las reglas del juego y terminaría herida.

Por supuesto que no había garantía de que saldrían de ese país vivos. Así que… ¿y si ese fuera todo tiempo del que disponían? ¿Perdería la oportunidad si no tomaba lo que se le ofrecía? Por ejemplo, esa mañana. Si hubiera elegido permanecer en la cama con ella, fácilmente la habría seducido para hacerle el amor antes de que estuviera completamente despierta.

Para cuando Kelly salió de la tienda, Wolf había logrado ponerse de mal humor.

Kelly había despertado de buen humor, recordando sus pensamientos de la noche anterior. Le haría saber que le gustaba y ella verdaderamente quería conocerlo mejor.

Su primer intento amistoso no produjo resultados gratificantes.

—¡Buenos días, Wolf! Parece que será un día hermoso.

—Ummm.

Bueno, así que él no tenía buen humor por las mañanas. ¿Quién decía que la labor sería fácil?

Él miraba las profundidades de su taza de metal como si todas las respuestas a los misterios del universo estuvieran contenidas ahí. Cuando escuchó su alegre voz, casi se encogió, pero cuando ella empezó a preguntar sobre un baño o una ducha…

Se levantó y la miró.

—Puedes intentar en el Hilton. Está por ahí, por esa vereda —sirvió café en la taza de ella y terminó lo del cazo al vaciar el sobrante en su taza.

Ella rió. En lugar de enojarse ante su sarcasmo o sentirse lastimada ¡se estaba divirtiendo!

—¿No sería fabuloso? Puedo verlo ahora: dos intrépidos exploradores de la jungla, dando tajos para abrirse paso entre la espesura de la vegetación, cuando frente a ellos aparece un claro. Haciendo un poderoso esfuerzo adicional atraviesan lo más profundo de la espesura y descubren… el gigantesco estacionamiento de un Hotel Hilton…

Se sentó junto a él, todavía riendo, mientras aceptaba la taza que él había llenado y la llevaba a sus labios. Dio un suspiro de satisfacción y dijo:

—Ummm, sabe delicioso. Quizá nunca beba nada más que café

hervido de ahora en adelante —dio un vistazo en torno—. ¿Así que, qué piensas? ¿Crees que habrá un riachuelo por algún lado? En realidad me gustaría lavarme.

Wolf le pasó media hogaza, un pedazo de queso y una rebanada de carne.

—No hemos cruzado nada que parezca un riachuelo pero me complacería señalártelo en caso de que choquemos con uno.

Ella tomó la comida y masticó pensativa.

—No puedo recordar cuándo he desayunado mejor. No tenía idea de que tuvieras toda esta comida guardada. ¿Por qué no la comimos anoche?

—Porque pensé que ambos merecíamos algo caliente para comer.

—Eso fue muy considerado de tu parte.

Wolf entornó los ojos ante su decidida alegría. Empezó a levantar el campamento, enrolló el saco de dormir y dobló la tienda.

—No soy considerado, sólo práctico.

—Por supuesto —aceptó amistosa—. Me complace que uno de nosotros tenga sentido práctico.

Kelly había vuelto a hacerse la trenza, aunque en esta ocasión no la había enrollado alrededor de su cabeza.

—Vamos a tener que hacer algo respecto a esto —musitó él a espaldas de ella.

Ella se volvió y lo miró intrigada.

—¿De qué hablas?

—De tu cabello.

—¿Qué hay con mi cabello? —inquirió Kelly.

—Es demasiado brillante.

—Debo admitir que soy fácilmente identificable entre una multitud —sonrió ella.

—Y reconocible al instante. Si Santiago manda a alguien en nuestra busca, podrán descubrirte de inmediato.

Ella se estremeció.

—Me pondré la bufanda alrededor de la cabeza. Además, no hemos visto a nadie hasta ahora.

—No, pero cuando lleguemos a las montañas, tendremos que buscar alimentos frescos en algunas villas —cargó la mochila a su

espalda y ella se levantó, lista para seguirlo—. No es sólo el cabello. Eres toda tú.

Ella miró la camisa de algodón liso, los pantalones y los enlodados zapatos de lona.

—Está claro que no parezco la dama de honor de una boda.

—No. Es tu piel. Eres demasiado pálida.

—No puedo evitarlo, no me bronceo. Simplemente me pongo roja.

Él movió la cabeza.

—Bueno, tendremos que hacer algo.

—Quizá podamos encontrar un sombrero grande de paja en algún lado.

Después de consultar la brújula, él se dio la vuelta y empezó a abrir una brecha a través de la espesa vegetación que los rodeaba.

—Quizá —musitó.

Después de una hora, Kelly comprendió que el ejercicio había calmado el dolor de sus músculos y que no tenía tanta dificultad en seguirle el paso a Wolf como el día anterior. Era eso, o que él, a propósito, andaba más despacio.

Miró la brecha que él estaba abriendo y sonrió. No, si se moviera más rápido, estaría corriendo. Ahora que lo pensaba, había un declive en el terreno. Ella apresuró el paso y para cuando alcanzó a Wolf, oyó el agua.

Cuando salieron de la jungla, se encontraron a la orilla de una hondonada. Una cascada brillaba y caía desde unos nueve metros sobre sus cabezas, formando una fosa que se convertía en un riachuelo que daba vueltas y brincos hasta perderse de vista en la curva de su lecho.

—¡Oh Wolf! ¿No es hermoso? Qué lugar tan perfecto para detenerse.

Él la miró sorprendido.

—Es demasiado pronto para detenerse —señaló la otra orilla—. Mira cómo cambia el terreno. Estamos llegando al pie de las colinas. Si seguimos moviéndonos, habremos salido de aquí antes de oscurecer —secó el sudor de sus cejas.

—¡Oh, Wolf! Este es el lugar perfecto para bañarse. Dijiste que buscaríamos un lugar... y lo has encontrado.

—Maldición, Kelly. Yo sólo estaba bromeando contigo. No

esperaba encontrar nada.

Ella le sonrió.

—Pero lo has hecho —él recibió su sonrisa con un fruncir de su entrecejo—. Ah, vamos, Wolf. Sólo serían unos minutos —con rapidez se quitó la mochila, buscó una pastilla de jabón y de inmediato se sentó para quitarse los zapatos.

—Kelly...

—Sólo serán unos minutos, lo prometo —tan inconsciente de su persona como si estuviera sola,

Kelly se quitó la camisa y salió de sus pantalones. Con la barra de jabón, jubilosa, empezó a caminar hasta la orilla del agua.

—Ten cuidado. No tienes ni idea de la profundidad que puede haber ahí.

Ella lo miró sobre su hombro.

—También soy muy buena nadadora.

Wolf miró a su alrededor, irritado. ¿Qué demonios hacía ahí parado? Si ella se metía en problemas, tendría que salvarla y no quería mojarse la ropa. Se quitó la mochila, se sentó y se quitó los zapatos.

Cuando levantó la mirada, descubrió que ella estaba bien. Había nadado hasta la mitad de la poza. El agua le llegaba hasta el pecho y el rocío de la cascada era tan bueno como una ducha. Por el rugido del agua, él no podía escucharla, pero comprendió su movimiento invitándolo a reunirse con ella en el agua.

Como parecía que por el momento no irían a ninguna parte, él podía aprovecharse también. La verdad era que ya estaba acalorado, y sudando. El agua le sentaría bien. Se quitó todo excepto los calzoncillos y se metió en la poza.

Kelly de inmediato se unió a él, le pasó el jabón e hizo la pantomima de que ¡él podía lavarle la espalda! Antes que Wolf pudiera responderle que no, ella se volvió y lo dejó con el jabón. Resignado a lo inevitable, empezó a untarle el jabón por toda la espalda. Ahí, en la parte poco profunda, el agua le llegaba a medio muslo. La ropa interior mojada ya no la protegía de su vista.

Él cerró los ojos y trató de pensar en otra cosa. Había estado sin una mujer demasiado tiempo, eso era todo. No era que reaccionara por ella de forma personal, se recordó. Sin embargo, ni él mismo lo

creyó.

Ella se levantó y se soltó el pelo, luego metió la cabeza bajo el agua, volviendo su atractivo trasero hacia arriba, a un brazo de distancia, frente a él. ¿Qué rayos pensaba ella que era él, algún eunuco?

Cuando Kelly se dio la vuelta, tomó el jabón de su mano. El no hizo intento de resistir. Por el contrario, fue a la parte más profunda de la poza, donde el agua caía con fuerza, y permaneció ahí hasta que su cuerpo y su mente se enfriaron.

Había estado meditando desde que levantaron el campamento, cómo esconder el color de su piel y el colorido de su cabello. Había moras para teñírselo...

Para cuando se enjabonó, se enjuagó y salió, sabía ya lo que iba a hacer.

Kelly lo observó después de que saliera del agua. Parecía que ya no tenía prisa por irse. De hecho, la ignoraba por completo. Recogía algo de los arbustos que crecían junto al agua. Ella trató de llamarlo varias veces pero él no podía escucharla.

¿No jugaría nunca? ¿Sabría cómo hacerlo? Se había metido al agua, nadó de forma feroz, se lavó y salió. Ahora estaba ocupado mezclando algo. La curiosidad finalmente venció a Kelly. Salió del agua y se secó. Miraba su vestido, cuando él le tocó el hombro y ella brincó.

—¡Me has asustado! —tuvo que gritar para que la oyera sobre el ruido de la cascada.

—Lo siento. Antes que te vistas, quiero que te frotes esto en tus brazos, piernas y rostro.

Ella miró la sustancia poco apetitosa con la textura del lodo, con algo parecido al horror.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, teñirá tu piel.

—Pero yo no quiero que mi piel se tiña. Me gusta como es.

—Qué bien —la miró por un momento y luego de forma deliberada metió dos dedos en la mezcla, después embadurnó su nariz y sus mejillas. Aunque ella gritó, no se movió—. No será tan malo. Sólo tienes que esperar unos quince minutos o algo así, y luego te lavas.

Ella le dejó hacer.

—Huele asqueroso.

—No importa cómo te sientas. Lo importante es cómo vas a verte.

Kelly se embadurnó los brazos, luego las piernas. Después que él terminó con su rostro, empezó a trabajar en el cuello y los hombros.

—Oye, espera un minuto —dijo ella y retrocedió—. No tengo que ponerme esto por todos lados, ¿o sí?

—No —respondió paciente—, pero si se te abre la camisa, tendrás que tener el mismo color en el pecho.

—¡Oh! —se miró y se estremeció:—. ¿Y para esto me he dado un baño?

—Lo siento.

—¿Por qué no te pones tú algo así?

—Porque yo estoy bronceado. Fácilmente podría pasar por un nativo de este país. Tú eres la que destaca.

Ella suspiró, esperó que pasara el tiempo prescrito y cuando sintió que él le tocaba el cabello, se dio vuelta hacia él.

—¡No, mi cabello no!

—Sí. Hasta que pueda encontrar algo que lo oscurezca más, esto al menos cubrirá su tono rojo.

—¡Se estropeará!

—Lo siento.

—¡Cuánto te importa!

—Nada en absoluto.

—¡Estoy horrible! —gimió al observar un reflejo suyo en el agua.

De hecho parecía una niña que hubiera estado jugando en el lodo, al menos eso se repetía Wolf. Sus bragas y su sostén de color carne todavía se pegaban a ella como una segunda piel. No había forma de que fuera confundida con una niñita, pero sus ojos se habían redondeado y su labio inferior sobresalía casi sollozante.

Parecía como si fuera a llorar.

Wolf se sentía infame. Ella había estado de tan buen humor esa mañana, como si su situación fuera más un juego que una amenaza para sus vidas. Jugó en el agua, rió y chapoteó y trató de salpicarlo a él.

Bueno, él había arruinado su buen humor.

Cuando salió, Kelly estaba llorando. Su piel tenía una apariencia

pastosa grisácea. Su cabello ya no brillaba con la luz del sol, más bien era de un color indescriptible que no llamaría la atención.

Que lo odiara ahora. Quizá fuera lo mejor. El nuevo colorido quizá terminara por salvarles la vida. El no lo habría hecho si no pensara que era necesario, pero no iba a explicarle sus acciones a ella.

No le importaba lo que Kelly pensara de él. Quizá ahora no fuera tan habladora.

CAPÍTULO 8

—¿WOLF?
—Sí...
—¿Estás dormido?
—Sí.
—¿Quieres hablar conmigo?
—No, duérmete.

Kelly yacía al lado de Wolf sobre el saco de dormir, con la manta hasta el cuello. Habían dejado la cascada esa mañana y habían continuado subiendo. Aunque todavía estaban en la jungla, el paisaje estaba cambiando. Ya no era tan sofocante y húmedo. De hecho, esa noche sentía agradable la manta y también el calor del cuerpo de Wolf, retirado tan sólo unos pocos centímetros de ella.

—No puedo dormir —le explicó al fin.

—Finge.

—Lo he fingido durante horas. No funciona.

—No voy a cantarte una canción de cuna, Kelly. Así que cállate y duérmete.

Ella rió al pensar en Wolf cantándole y luego la sonrisa desapareció con lentitud.

¿Por qué se mostraba tan gruñón? El nunca parecía agradable. Después de todo, habían huido. No había evidencia de que alguien los siguiera. ¿Así que por qué estaba tan malhumorado?

Él nunca hablaba. De hecho, actuaba como si estuviera solo. Únicamente hablaba para darle órdenes y aun eso era raro. Lo observaba y aprendía de él, así que para cuando se detenía para acampar, ella podía ayudarlo con la tienda y el saco de dormir.

Él ni siquiera había dicho "gracias por tu ayuda".

Sin importar lo amable que tratara de ser, él la ignoraba.

En realidad era irritante, exasperante y más que arrogante. Así que ¿por qué le gustaba tanto? Porque era algo especial. El la cuidaba y fijaba su paso, ajustándolo al de ella. Había insistido en examinarla para ver si tenía picaduras o ampollas. Y todas las mañanas le untaba crema protectora. Era considerado y cuidadoso.

Pero todavía seguía siendo un gruñón y un maleducado.

—¿Wolf?

Silencio.

—¿Por qué eres tan gruñón?

Más silencio.

—¿Fue algo que desarrollaste al crecer o lo heredaste?

—Lo heredé —musitó.

Ella sonrió en la oscuridad.

El tampoco podía dormir.

—¿De quién?

—De mi abuelo.

—Es difícil para mí imaginarte con una familia. Pareces tan independiente. Pensé que habías nacido en una cueva con carnada de lobos y que sólo saliste de las montañas para ir a la universidad.

—Tienes una imaginación muy fértil.

—¿Así que dónde naciste?

—En un rancho cerca de las montañas Guadalupe, en el oeste de Texas.

—¿Tuviste hermanos?

—No.

—¿Sólo una madre y un padre entonces?

—No.

Ella se volvió y lo espió en la oscuridad.

—¿No? ¿Qué clase de respuesta es esa?

—La verdad.

—Vamos, Wolf. Habla conmigo. Dime por qué no tuviste padres, tan sólo un abuelo gruñón...

Se quedó callado varios minutos. Kelly había decidido rendirse cuando él dijo:

—¿Si te cuento la maldita historia de mi vida, por amor de Dios te callarás y te dormirás?

Ella se mordió el labio inferior para evitar reírse.

—Sí —dijo con una vocecita.

El silencio reinó una vez más en la tienda, pero en esta ocasión Kelly esperó con paciencia. Otra cosa que había aprendido sobre Wolf era que él mantenía su palabra.

Así que esperó.

—Mi madre era estudiante en Albuquerque, Nuevo México, el verano que conoció a mi padre. Ella había sido criada en una reserva apache al noroeste de Nuevo México. Siempre había querido ser una enfermera y finalmente convenció a su padre para que le permitiera alejarse de casa e ir a la escuela.

Kelly casi retuvo el aliento, tan temerosa de hacer el más ligero movimiento que pudiera interrumpir la historia.

—Su nombre era Venado que Corre, y era hermosa —dijo en voz baja. Después de un momento, continuó—: Mi padre seguía un circuito de rodeo y ya era bastante famoso cuando vio a mi madre. No toda su reputación estaba hecha en la arena, pero mi madre era demasiado inocente para comprender quién y qué era.

Kelly podía escuchar la amargura en su voz pero no dijo nada para no perturbar sus recuerdos.

—Siempre me pregunté por qué se casó él con ella. No creo que nadie pueda saberlo pero para cuando el rodeo terminó, Gilbert Conroe se había casado con Venado que Corre. Él la llevó hasta el oeste de Texas, al rancho que mi abuelo poseía.

Un fino hilo de dolor se colaba en su voz y Wolf se aclaró la garganta.

—Gil padre estaba muy poco impresionado por la elección de esposa de su hijo. Le parecía una locura. No importaba que ella fuera hermosa, bondadosa y cariñosa, así como inteligente. Era una apache. Eso era todo lo que él podía ver. Llevaban en el rancho menos de un mes cuando Venado que Corre se despertó una mañana y encontró que su esposo se había ido. Se había ido a otro rodeo y la había abandonado. Nadie sabía cuándo regresaría. El le dijo a Venado que Corre que podía terminar su educación y convertirse en enfermera, pero estaban a kilómetros de cualquier universidad.

Ella empezó a cocinar para mi abuelo. Como el cocinero de los hombres se emborrachaba muy a menudo, Gil padre lo despidió, así que Venado que Corre tuvo que cocinar para todos, lo que significaba que se pasaba en la cocina desde las cuatro de la mañana para tener el desayuno listo cuando los hombres salieran de sus camas.

Kelly pensó que Wolf le contaba la historia como si él hubiera sido testigo de lo sucedido. Se preguntaba cómo lo sabía, pero no

preguntaría... al menos no en ese momento.

—Al cabo de dos meses, Venado que Corre decidió regresar a Nuevo México. Su suegro la trataba como a una sirviente sin paga y ella no sabía nada de su esposo.

Dejó de hablar durante tanto tiempo que Kelly ya había decidido que no iba a contarle más. Odiaba que una historia se detuviera en la mitad. ¿Regresó Venado que Corre a su casa? ¿Regresó su esposo? ¿En dónde encajaba Wolf en la historia?

Él se movió como si tratara de encontrar una posición cómoda.

—Fue entonces cuando Venado que Corre descubrió que estaba embarazada... Estaba atrapada.

Kelly emitió un sonido de incredulidad, pero él la ignoró.

—Así que hizo lo que tenía que hacer. Permaneció allí y cuidó a mi abuelo. Cuando yo nací, me cuidó a mí. Se hacía cargo de la casa, cocinaba las comidas, se encargaba del lavado de la ropa. Mi abuelo hacía lo imposible por ignorarla.

—¿Y qué pasó con tu padre? —susurró.

—Oh, aparecía de vez en vez. Decía que quería llevarla con él, pero no era posible arrastrar a un chiquillo por todos lados —su voz se hizo más dura.

—¿Te culpas por la infelicidad de tu madre?

Después de un largo silencio, él suspiró y dijo:

—No. No, no lo hago. Mi madre me amaba con todas las fibras de su ser. Ella sentía que yo era la razón de su existencia.

—¿Regresó alguna vez a la escuela?

—No. Recuerdo que una vez tomamos un camión y viajamos hasta Nuevo México para ver a su gente. Yo tendría cinco o seis años. No sé exactamente. Sólo recuerdo su excitación y su ansiedad porque yo conociera a su familia.

—¿Qué sucedió?

—Se mostraron fríos y distantes con ambos. Creo que yo me parecía demasiado a mi padre para que ellos me aceptaran, lo que era irónico, ya que mi abuelo se quejaba de que su único nieto se pareciera a un maldito apache.

—¿En dónde está tu madre ahora? —le preguntó después de un momento.

—Murió cuando yo tenía siete años.

—¡Oh, Wolf! ¡No! ¿Cómo ocurrió?

—El doctor dijo que fue neumonía. Se desmayó una mañana mientras preparaba el desayuno. El doctor dijo que estaba exhausta y que probablemente llevaba mucho tiempo enferma. Cuando le avisaron, ya no se pudo hacer nada. Mi madre murió esa misma noche.

—Oh, Wolf…

Las lágrimas rodaron por su rostro. Sintió que conocía a Venado que Corre, conocía su dolor y su temor, su júbilo por su hijo, su esperanza en el futuro de él. Kelly se sentía como si acabara de enterarse de que había muerto su mejor amiga.

—¿Que hiciste después de eso?

—La mayor parte del tiempo, fui a la escuela. Eso, y trabajar en el rancho. Entonces fue cuando empecé a ir a las montañas. Jake, el capataz de mi abuelo, prácticamente me adoptó. Aprendí mucho con él. Conocía a mi padre desde que era un niño. Esperaba que papá se asentara y regresará a casa. Una vez que Venado que Corre murió, él nunca regresó.

—¿Ni siquiera para verte?

—No. Tuvo una pelea con mi abuelo durante su última visita. No sé por qué, pero creo que tuvo que ver con que él se quedara, ayudara en el rancho y a criarme a mí. Oí sus voces airadas una noche. A la mañana siguiente, se había ido.

—Así que tu abuelo te crió.

—A su modo.

—¿Qué le sucedió a él?

—Murió cuando yo estaba en el extranjero. Para cuando supe las noticias, ya lo habían enterrado. Todo lo que tenía, me lo dejó a mí. Dije a los abogados que lo vendieran todo y pusieran el dinero en el banco. Cuando regresé de la marina, tomé el dinero y me fui al este, a la universidad —después de un momento gruñó—. Así que ahí tienes la historia de mi vida. Duérmete ahora.

—Gracias por contármela, Wolf —susurró, todavía luchando contra las lágrimas.

—No me lo agradezcas, simplemente déjame dormir un poco.

Kelly se quedó ahí, pensando en lo que Wolf le había contado. No era de extrañar que no permitiera que nadie se le acercara a él. ¿Por qué iba a hacerlo?

Le complacía que se hubiera hecho amigo de Sam. Este era

mucho más extrovertido. El le había ofrecido su amistad a Wolf, como ella esperaba hacerlo. Se sentía estimulada por el éxito de Sam. Le daba esperanzas.

Kelly se acomodó contra la cálida espalda de Wolf.

Maldita mujer, pensó Wolf, mientras yacía ahí despierto. ¿Cómo demonios esperaba que ella se durmiera, con sus senos llenos y cálidos presionando contra su espalda? Tendría que encontrar otro modo de dormir. Quizá debiera darle el saco de dormir a ella, él podía usar la manta.

¿Cómo había sido tan estúpido de contarle su vida? Nadie además de Sam, conocía su pasado.

Sam había estado con él cuando recibió la noticia de la muerte de su abuelo. Se sentó con él durante horas mientras Wolf trataba de sentir algo por el hombre que le había dejado todo por lo que había trabajado durante su vida, hasta que comprendió que no podía sentir nada por ese hombre. Cuando Wolf era niño, se mantuvo fuera de su camino tanto como podía. El había sido un anciano gruñón. Sí... Por eso se había iniciado la charla.

Kelly lo había llamado gruñón, así que quizá tuviera más del anciano de lo que pensaba.

Ahora que era mayor, podía comprender mejor lo que sucedió en esos años pasados, pero todavía recordaba su miedo cuando era niño. Nadie parecía quererlo. No era ni una cosa ni otra. Era una mezcla que nadie quería. Trató de complacer a su abuelo pero no podía recordar haber escuchado una palabra de agrado del anciano.

¿Habría sido diferente si hubiera crecido rodeado de amor? Wolf no lo sabía. ¿Cómo podía saber lo que era ser criado por un padre y una madre que lo amaran? ¿Cómo podía saber lo que era tener un abuelo que estuviera orgulloso dé él? No tenía idea.

Él nunca le haría eso a un niño. Al menos sabía que no tenía ni el conocimiento ni la sabiduría para ser un padre. Nunca permitiría que un niño pasara por lo que él había pasado.

Sam podía bromear sobre que Wolf se casaría algún día, pero ambos sabían que eso nunca sucedería. El había escogido su vida, su estilo de vida. Estaba bien, contento con lo que había hecho con su vida. Aunque nunca pudiera salir de su situación actual, sabía

que había logrado todo lo que deseaba hacer.

Había iniciado un fondo para becas para niños de la reserva que no pudieran ir a la universidad sin ayuda financiera. Se había asegurado que Jake recibiera un ingreso suficiente para mantenerse el resto de su vida. Había recibido una tarjeta de Jake la Navidad anterior, señalando que estaba demasiado amargado para morir e invitando a Wolf a visitarlo la próxima vez que fuera a Arizona.

Wolf no tenía de qué lamentarse. Había hecho lo que podía. Había aceptado lo que no podía cambiar en su vida, y había seguido adelante.

Si alguna vez regresaba a los Estados Unidos, iba a dejar que Sam supiera en términos claros, que él nunca le permitiría convencerlo de nada más, mientras ambos vivieran. Sin la interferencia de Sam, Wolf estaría acampando ahora en el valle alto de las Guadalupe, mirando las estrellas, que parecían especialmente grandes sobre Texas.

Por el contrario, tenía a una hermosa mujer acurrucada a su espalda, que casi lo volvía loco de deseo, mientras que buscaba formas para mantener a ambos vivos hasta que pudiera entregarla a sus padres.

¡Sólo Dios sabía si podría soportarlo!

—¡Oh, Wolf, mira!

Wolf se dio vuelta, con el corazón palpitante, sólo para encontrar que Kelly le señalaba algo en la distancia. Ella no estaba amenazada por algún mortal depredador.

Inhaló profundamente y trató de aquietar los latidos de su corazón y detener la descarga de adrenalina que lo golpeó tan pronto como había escuchado la voz excitada.

—¿Qué es? —preguntó en lo que consideró una voz tranquila, racional.

Ella frunció el ceño, exasperada.

—¡Oh, Wolf, por todos los cielos! ¡Espabílate! ¿Ni siquiera te has fijado? —volvió a señalar—. Esta es la primera vez que hemos podido ver dónde estamos. ¿No es una vista impresionante?

Wolf miró alrededor y admitió que la vista era espectacular. Esa mañana había descubierto una vereda que haría su travesía

considerablemente más fácil. Parecía que era usada por animales y gente. Ya no necesitaría abrir una brecha, lo que lo alentaba a pensar que la parte más difícil de su jornada había terminado.

Kelly tenía razón. No había motivos para que él no pudiera detenerse y disfrutar la vista.

—¿Se parece a esto el oeste de Texas?

Wolf rió.

—Difícilmente. Hay demasiado verdor para el oeste de Texas.

Kelly apenas podía creerlo. Wolf se había reído… No lo había oído reír desde la noche que habían escapado. A Kelly ya no le preocupaba por qué se reía. Podía ser de ella… y no le importaba

—¿Es hacia allá donde vamos? —preguntó y señaló las montañas más altas.

—Sí.

Ella movió su cabeza.

—¿Quién lo habría creído?

—¿Creído qué?

—Que yo estaría escalando en las montañas. Nunca me han gustado mucho las actividades al aire libre.

Él rió y su sonrisa le dio mayor calidez.

—Nunca lo habría adivinado —respondió.

Ella palmeó su hombro.

—El que nunca lo haya hecho antes, no significa que no lo disfrute.

—¿Lo disfrutas? —Él entornó los ojos, sorprendido.

—Seguro. ¿Tú no?

Wolf miró la parte alta de la cabeza de ella, donde una sucia bufanda cubría su cabello, su rostro teñido, la camisa arrugada que colgaba sin forma sobre un par de ajados pantalones, y se detuvo en los zapatos de lona, destrozados y llenos de barro.

No se parecía en nada a la inmaculada mujer que resultó ser la hermana de la novia. La mujer que había conocido hacía poco más de una semana.

—Si tus amigos pudieran verte ahora…

Su blanca sonrisa cubrió su cara sombría, mientras que sus ojos brillaban divertidos. Kelly se quedó mirándolo, hipnotizada por la jubilosa y relajada expresión de su rostro.,

«Amo a este hombre», admitió finalmente para sí. Por supuesto

que sí. Sentía como si siempre lo hubiera amado, quería abrazarlo y acariciarlo, quería alejar de él el dolor.

—¿Kelly?

—¿Sí?

—¿Qué te pasa? Parece como si hubieras entrado en algún tipo de trance.

—¡Oh! —soltó una risa que parecía natural—. Estaba pensando en lo que dirían mis compañeros de trabajo si pudieran verme en este momento.

—No te preocupes. No te reconocerían.

De nuevo, ella se dejó llevar por el esplendor que los rodeaba.

—Ahora puedo comprender mejor por qué estás tan interesado en cuidar el planeta. Todo esto es tan hermoso. Me gustaría tener una cámara.

Él movió la cabeza.

—No sé por qué eso no me sorprende. Estoy segura de que habría sido una de las cosas necesarias que hubieras insistido en traer.

—Me habría gustado guardar detergente en la mochila. Todo lo que tenemos está sucio. ¿Cuándo vamos a encontrar una lavandería automática por aquí?

Él estudió el terreno durante algún tiempo antes de decir:

—Creo que hay un arroyo aquí cerca. Al menos podemos detenernos, bañarnos y lavar unas cuantas cosas, si lo deseas.

—¡Oh, Wolf, es maravilloso!—le lanzó los brazos al cuello y lo besó.

Él se puso tenso y retiro su boca de la de ella.

—¿Por qué demonios has hecho eso?

—Estaba dándote las gracias por ser tan considerado —mantuvo sus manos enredadas con seguridad alrededor de su cuello, de forma que seguía presionada contra él desde el pecho a la cadera.

—¿Qué te hace pensar que soy considerado contigo? Tanto como a ti, a mí me gusta estar limpio.

Wolf no sabía qué hacer con sus manos. Las descansó sobre los hombros de ella; luego, inquieto, las levantó y las puso en su espalda.

Kelly seguía de puntillas y presionó sus labios contra los de él de nuevo, rozando la lengua contra su boca. Los brazos de él se apretaron alrededor de ella y Kelly suspiró, amorosa, al sentirlo contra su cuerpo. Podía sentir que su corazón latía con fuerza contra su pecho.

¿Qué demonios pensaba ella que estaba haciendo? Wolf intentó empujarla, dejarle saber en términos claros que... pero ¡oh! sabía tan bien, era tan suave y femenina... Ella hacía esos soniditos en su garganta, una especie de ronroneo que lo convirtió en un salvaje.

El beso siguió y siguió ya que ninguno quería ser el primero en terminarlo. Wolf deslizó su mano bajo la camisa de ella y, con rapidez, descubrió que no llevaba sostén. Acunó uno de sus senos y rozó su pulgar contra el pezón, hasta que sintió que se endurecía.

¿Cómo podía resistirse a esa mujer? La deseaba.

Ella se retiró de él, jadeante, en busca de aire. Descansó su cabeza sobre el hombro de Wolf y lo abrazó tan fuerte como pudo. Nunca antes la había afectado un hombre con tanta fuerza. Lo deseaba. Lo deseaba ahora, la semana siguiente, el mes siguiente y el año siguiente. Quería estar ahí cuando él entrara en su casa todos los días. Quería proporcionarle el calor de un hogar amoroso. Quería tener a sus hijos, permitirle la experiencia del milagro de producir tales diminutos seres perfectos, de la maravilla de su amor.

Por el momento, se contentó con acariciarle la nuca, mientras dejaba caer diminutos besos justo debajo de su mentón.

—Esto es una locura —dijo él, después de un momento.

Ella sonrió. Él parecía tener problemas en encontrar su voz.

—¿Lo es?

—Por supuesto que lo es. El que hayamos estado forzados a una situación tan poco usual, no quiere decir...

—De otra forma no te sentirías atraído hacia mí para nada. ¿Es eso lo que me dices?

—Sí. Quiero decir no, por supuesto que no. Yo siempre te he encontrado atractiva. Es sólo que... —ella llegó a su nuca y él le tomó las manos, la forzó a bajarlas y alejarlas de él.

Dio un paso hacia atrás para que sus cuerpos ya no se tocaran. El continuó reteniendo las muñecas de ella, como si temiera lo que ella pudiera hacer si las dejara libres.

Lo intentó de nuevo.

—Es sólo que... no podemos ser más opuestos. Nosotros no tenemos nada en común. Tú siempre has tenido intereses diferentes de los míos.

—Está bien.

Él iba a decir algo más, pero su fácil aceptación lo detuvo con la boca abierta.

—¿Bien? ¿Qué significa eso?

—Significa que comprendo que puedas estar temeroso de mí.

—¡Temeroso de ti! ¡Eso da risa! Puede que tema a muchas cosas pero tú no eres una de ellas.

Kelly cruzó los brazos y lo miró.

—Sucede que creo que sí. Te asusta el pensar que puedas enamorarte de mí, que puedas llegar a desear casarte conmigo, que quizá hasta llegues a desear tener una familia conmigo.

—¿Estás loca? Tienes una viva imaginación aunque ya lo sabía. Pero, ¿qué demonios te has propuesto ahora?

Ella miró sobre el hombro de él.

—Si vamos a encontrar agua, es mejor que sigamos, ¿no crees?

—No cambies de tema.

—No lo hago. He dicho que me temes. Tú dices que no. Ya que ambos tenemos derecho a nuestras propias opiniones, creo que nuestra discusión ha llegado a su término por ahora. Es obvio que no podré convencerte de que me temes. De igual forma, no hay manera de que tú puedas convencerme de que no lo haces.

Se quitó la bufanda de la cabeza, alisó hacia atrás su cabello y luego, con cuidado, ató de nuevo el material en su lugar. Le palmeó el brazo y le dijo jubilosa:

—¿Nos vamos?

CAPÍTULO 9

ESA mujer estaba loca, ese era el problema, decidió Wolf cuando, molesto, caminaba por la retorcida brecha. La presión de su situación había sido demasiado para ella y le había dado por creer cosas raras sobre él. Eso no significaba nada. Simplemente ignoraría sus fantasías y, una vez que llegaran a la embajada, ella comprendería por qué él había tratado sus teorías con la ligereza que merecían.

El problema era que Wolf estaba lejos de sentirse divertido. El beso que habían compartido lo había impresionado más de lo que quería admitir. No le importaba que ella no estuviera vestida a la última moda. Sabía muy bien lo que había bajo esa ropa infame que vestía. ¿Cómo podría olvidar el aspecto que tenía con la ropa interior mojada? Era como si estuviese desnuda. ¿Cuántas veces se había despertado soñando que ella salía lentamente del agua y se dirigía hacia él?

Si la única atracción que sentía por ella fuera física, Wolf podría controlarla. El problema era que le gustaba Kelly Corcoran. De hecho, la admiraba mucho. No era la criatura consentida que primero pensó que era. Se había mantenido controlada durante algunas experiencias muy traumáticas. Tuvo que adaptarse y pocas personas lo habrían hecho con el sentido y buen humor que Kelly mostró. A él le gustaba eso en una persona. Le gustaba mucho.

Se encontró pensando en cuánto le gustaría llevarla con él a las montañas Guadalupe. Sabía que ella apreciaría la belleza de allí. Podía imaginar su excitación al ver a los venados pastando, contemplando a los pumas, observando a las águilas...

Wolf nunca había deseado compartir ese mundo privado con otra persona. Nunca se le habría ocurrido que quisiera compartirlo con una mujer.

Ella estaba equivocada. No la temía. Simplemente tenía un muy saludable deseo de preservar su propia independencia. El que no tuviera intención de rendirse a Kelly, o a nadie más, no significaba que sintiera temor. Le disgustaba que ella pensara así.

Oyeron el ruido del agua más y más claramente conforme subían

más alto. Wolf había dejado la brecha, y se dedicó a marcar cuidadosamente el camino por el que iban. Regresarían a la brecha cuando terminaran su baño, lavaran algunas prendas y descansaran. Sólo tenía suministro para unos cuantos días más. Esperaba encontrar alguna aldea en la montaña.

Llegaron al pequeño claro cubierto de hierba de forma inesperada. Un momento subían, casi con las manos y rodillas y al siguiente, pudieron pararse y mirar la escena maravillosa de un cuento de hadas.

—¡Oh, Wolf! —susurró Kelly en éxtasis.

Él sabía lo que ella quería decir.

Una parte de la montaña formaba un farallón perpendicular donde el agua goteaba. Un semicírculo hueco casi a ras del suelo yacía en la base del farallón. Las rocas formaban una barrera en la orilla externa y ocultaban lo que yacía tras ellas. Un grueso pasto crecía junto a la poza, donde el agua fluía hasta deslizarse abajo por la montaña, convertida en un riachuelo.

—Nunca había visto algo parecido —dijo Kelly reverente—. ¿Y tú?

—No exactamente, aunque hay un pequeño valle alto en las montañas Guadalupe que me recuerda a esto. Es mi lugar favorito para acampar.

—¿Cómo puedes dejarlo? —ella lo miró con sus ojos brillantes.

Wolf sabía que Kelly acababa de asestarle un golpe emocional del cual nunca podría recuperarse. ¡Ella lo comprendía! Sentía por qué continuaba marchándose a la montaña, año tras año. Comprendía por qué le era tan difícil regresar al mundo civilizado.

Por primera vez en su vida, Wolf se sintió unido a otra persona. Ya no estaba solo.

Observó a Kelly mientras se quitaba la mochila. Había bastante sol, pasto suave, agua y hasta madera para el fuego. Aunque aún no era mediodía, no había razón para no instalar el campamento. Tendrían que dejar que el sol secara sus ropas.

Sin decir nada, Wolf encontró un lugar para levantar la tienda y se puso a trabajar. Kelly sacó su otra ropa y se quitó los zapatos y los calcetines, luego los pantalones que usaba. La camisa que llevaba apenas le llegaba hasta la cadera.

Wolf sacó la ropa que él necesitaba lavar, así como la comida. Se

esforzó por ignorarla, recogió leña y extendió el saco de dormir en la tienda.

Para cuando la comida estuvo lista, ella había puesto a secar la ropa lavada.

—Menos mal que la pastilla de jabón era muy grande —dijo con una sonrisa y se sentó junto al fuego—, de otra forma, hubiéramos tenido problemas.

Wolf supo que él estaba metido en un gran problema tan pronto como ella se acercó. Sus largas piernas desnudas eran como imanes para sus ojos. Se concentró en su comida sin volver a levantar la vista.

—¿Wolf? ¿Te gustaría que te lavara la ropa?

—Yo lo haré.

—No me importa.

—Te he dicho que yo lo haré.

—Está bien, está bien, gruñón —parecía como si estuviera sonriendo, pero él no quiso mirarla—. Creo que tomaré un baño cuando termine de comer —ella esperó a que él comentara algo y cuando no lo hizo, continuó—: ¿Tienes idea de dónde estamos?

—No.

—¿O de cuánto nos falta para llegar a Bogotá?

—No.

—Oye, Wolf. Eres una verdadera fuente de información. A veces me siento abrumada con todo lo que me dices.

—¿Alguien alguna vez te ha dicho que hablas mucho?

Ella cerró los ojos.

—No. No puedo recordar que alguien me haya dicho eso.

Él hizo un ruido con la garganta, algo que pareció un gruñido. ¿Y qué había de nuevo en eso? Tenía problemas en imaginarse a Wolf enseñando.

Quizá les pasaba a sus alumnos muchas películas o les entregaba gráficas o hasta quizá grababa todas las instrucciones que necesitaba darles al principio de sus clases cada año, y luego ponía la cinta cuando fuera apropiado. Eso la hizo reír.

Se preguntaba qué haría él si le hacían preguntas. Quizá escribiera las respuestas en la pizarra o les dijera que las buscaran, o hacía ese desagradable sonido en su garganta.

—¿Qué es tan divertido? —preguntó él.

—¿Por casualidad me hablabas a mí? —preguntó con exagerada sorpresa.

—¿Por qué sonreías?

—Sólo pensaba.

—¿Sobre qué?

—Sobre ti.

—Lo suponía —él la miró—. ¿Y qué encuentras tan divertido en mí?

—Trataba de imaginar cómo enseñas en la escuela, ya que no te gusta hablar.

—Disfruto dando clases. Me gusta mucho la asignatura. Hay tanto que cubrir que generalmente me entusiasmo y hablo demasiado.

—Me encantaría ver eso —murmuró.

—Supongo que tú me encuentras aburrido.

—No, para nada. Te encuentro fascinante.

—Por supuesto.

—En serio. Eres tan contradictorio... Tratas de ser rudo y gruñón, y sin embargo, en realidad eres muy tierno y te preocupas por la gente.

—¡Qué montón de tonterías!

—¿Cómo te ves a ti mismo?

—No me molesto en mirar.

—Apuesto a que te imaginas difícil, malhumorado, duro y peligroso.

—¿Esa es la forma en que tú me ves?

—A veces.

—¿Pero no todas las veces?

Ella movió la cabeza.

—Creo que te gusta que la gente piense que no tienes sentimientos, que no te importa nada ni nadie.

—Eso no es verdad. Me preocupo por los animales indefensos que pierden sus hogares porque la civilización los saca a empellones de su hábitat natural. Me preocupa profundamente el futuro de nuestro planeta. Quiero un lugar que puedan disfrutar las futuras generaciones.

—Mientras no sean las tuyas.

—¿Qué quieres decir?

—Que cualquier generación que venga no será tuya.

—Habrá suficiente con las de los demás, créeme.

—Pero, ¿no has pensado nunca en enseñar a tus hijos sobre la vida silvestre y el planeta? ¿No has querido compartir tu amor por todas estas cosas con tus hijos para que ellos puedas crecer y continuar con tu trabajo?

—Por eso enseño. No tengo que producir a una persona de forma biológica a fin de poder enseñarle a él o ella.

—Eso es cierto. Supongo que tendrías que acercarte mucho a un hijo propio. Tendrías que amarlo y serías consciente de su vulnerabilidad y de la tuya. Supongo que eso sería demasiado para ti.

Wolf se puso de pie y se alejó de ella. Dio varios pasos antes de detenerse.

—Pensé que querías tomar un baño.

—Gran idea —Kelly se levantó—. Me alegro de que me lo hayas recordado —se alejó de su campamento, desabrochándose la camisa.

Wolf tenía que alejarse de ahí. ¡Maldición! Kelly podía irritarlo con más rapidez que nadie que hubiera conocido. ¿Quién demonios pensaba ella que era para analizarlo de esa forma? ¿Acaso él le había dado permiso? Él lo hacía bien, solo, muchas gracias. Y ciertamente, no necesitaba que ella lo ayudara a conducir su vida.

Regresó casi una hora más tarde. Echó un vistazo alrededor para asegurarse de que ella estaba bien, pero no pudo verla. Frunció el ceño y luego espió en la tienda. Estaba vacía.

Fue hacia la poza y entonces la vio. Se quedó congelado. Ella se había bañado, sí. El tinte de su cuerpo había desaparecido y estaba extendida al otro extremo de la poza, sobre una manta y bien dormida.

Sólo llevaba su brillante y llameante cabello rojo para cubrirse. Yacía sobre su estómago, la mano metida bajo su mejilla, frente a él pero con los ojos cerrados. Su mirada viajó hasta la cintura, luego hacia la curva de su provocativo trasero, hacia abajo por los muslos, las rodillas, las pantorrillas hasta sus delgados tobillos y sus pies. Nunca había visto una mujer tan hermosa, tan perfecta.

Wolf siguió y recogió la ropa que había sacado antes de su mochila. Como Kelly, que había decidido lavar todo lo que poseía,

él necesitaba hacer lo mismo.

Se desnudó hasta quedarse en calzoncillos y llevó la ropa al agua, donde ella había dejado el jabón sobre una roca. Empezó a lavar y forzó su mente a permanecer en blanco, negándose a mirar a la mujer frente a él.

Sin embargo, su resistencia disminuía. ¿Cuánto se supone que un hombre puede soportar?

Después de dejar todo tan limpio como pudo, Wolf se quitó los calzoncillos y también los lavó. Luego tomó el jabón y vadeó hasta el centro de la poza.

El agua estaba caliente al principio, e iba enfriándose a medida que avanzaba. Se detuvo cuando el nivel del agua le llegó al pecho y entonces se sumergió durante tanto tiempo como pudo aguantar la temperatura. Era el mejor sustituto para una ducha fría que había por ahí y él necesitaba toda la ayuda que pudiera lograr.

Cuando salió, se enjabonó el cuerpo y el cabello. Era muy agradable darse un baño completo en lugar de lavarse. De nuevo, Kelly había tenido razón. Se sumergió para enjuagarse y, cuando salía, con los ojos todavía cerrados, algo le rozó el brazo. Abrió de inmediato los ojos y descubrió que Kelly se había unido a él en el agua. Su cabello lo había rozado.

—¡Hola! ¿No es fabuloso? Podría nadar aquí todo el día.

El agua clara de la montaña revelaba que Kelly no se había detenido a ponerse algo antes de reunirse con él en el agua.

—Yo... este... no creo que esto sea una buena idea, Kelly —pudo decir al fin.

—¿Quieres decir nadar juntos?

Él asintió y trató de mantener sus ojos en el rostro de ella. Ella le tocó la mejilla con su mano y quitó las gotas de agua.

—¿No te gusta jugar alguna vez? —le preguntó.

—¿Jugar? —la palabra salió estrangulada de su garganta.

—Ya sabes. Hacer algo por simple diversión. ¿Tenemos que estar serios todo el tiempo? ¿No podemos relajarnos y disfrutar de la vida?

El control de Wolf saltó.

—Está bien —gruñó y la atrajo—. Entonces, disfrutemos de la vida —su boca bajó sobre la de ella con fuerza.

Ella no luchó contra él, en cambio Wolf podía haber jurado que

escuchó una risilla en su garganta cuando enredó los brazos alrededor de su cuello. Ella le devolvió el beso con entusiasmo.

Kelly colocó sus piernas alrededor de él, presionándose contra su cuerpo de forma íntima, de modo que él estaba a corta distancia de poseería totalmente. Ese pareció ser el último pensamiento coherente de Wolf.

Empezó a caminar hacia la orilla de la poza, con las manos cerradas bajo las caderas de ella, su boca devorando la suya. Salieron junto a la manta donde ella se había acostado antes.

Él estaba incitado y ella parecía sentir lo mismo. Las manos de Kelly lo tocaban por todos lados, su pecho, su espalda, su cadera, cuando él se arrodilló sobre la manta y empezó a recostarla sobre su espalda. Ella se apretó contra Wolf con fuerza y se negó a dejarlo ir.

Ya no importaba. Nada importaba en ese momento excepto poseer a esa mujer, a esa mujer tentadora, perturbadora e irresistible.

Kelly se movió, lo tocó y lo indujo a poseerla. El trató de retirarse... iban demasiado aprisa. Necesitaba calmarse, tomarlo con tranquilidad, ir...

¡Ahhh!

Ella estaba tan estrecha que Wolf apenas podía moverse. Intentó retirarse pues no quería lastimarla, deseaba que Kelly disfrutara. Pero ella siguió su movimiento, encerrándolo con suavidad en una creciente oleada. Wolf se incendió en llamas.

Kelly sintió que se derretía mientras ambos se movían al unísono. Ella lo absorbía, lo devoraba y lo convertía en un infierno de necesidad.

Wolf explotó. Su cuerpo parecía convertirse en parte del de ella. La mantenía apretada en un intento convulsivo de poseerla.

Cuando Wolf finalmente perdió control de todo, se dio cuenta de que estaba tumbado sobre Kelly. Ambos jadeaban en busca de aire. Probablemente la estaba aplastando y sabía que necesitaba moverse, pero su cuerpo era incapaz de realizar movimiento alguno.

Trató de encontrar las palabras o pensamientos que pudieran expresar lo que acababa de sucederle, pero no los halló.

Forzó a sus antebrazos a sostener su peso y se levantó ligeramente de ella. Tenía el rostro enmarcado por sus brazos y lo miraba como si acabara de estar en el paraíso. El cerró los ojos,

incapaz de enfrentarse al cegador resplandor que brillaba en la expresión de Kelly.

Wolf empezó a apartarse, pero ella lo atenazó con más fuerza con sus piernas y lo retuvo muy dentro de su ser.

—No te muevas aún —le susurró—. Por favor.

—Soy demasiado pesado —pudo decir finalmente entre jadeos.

Ella movió su cabeza. Continuaron ahí acostados durante varios minutos en silencio. Wolf esperaba relajarse después del clímax, pero eso no sucedió. Continuaba excitado.

Descansó la frente contra ella y Kelly lo besó. Sus labios estaban cálidos y magullados. Ella le besó la nariz, los párpados. Lo besó donde podía alcanzar como si estuviera hambrienta de él.

Él gimió.

—¿Te he hecho daño?

Wolf movió la cabeza.

Entonces, ella lo hizo de nuevo. Ligeramente inclinada hacia delante de forma que sus senos le tocaban el mentón, le obligó a bajar la cabeza y metió uno de los delicados pezones dentro de su boca.

En esta ocasión fue Kelly quien gimió.

—¿Te ha dolido? —le preguntó él, apartándose.

Ella movió la cabeza, así que él lo hizo de nuevo. Kelly empezó a mover las caderas con el mismo ritmo que él usaba para succionar su seno, como si tuvieran bien ensayado el arte de hacerse el amor el uno al otro.

En esta ocasión fue más lento, pues cada uno de ellos se tomó su tiempo en explorar al otro. Kelly se sentó para poder verle el pecho, tocarlo y explorar sus amplios hombros, los músculos pectorales desarrollados. El intentó reconocer el cuerpo de Kelly con el tacto, mientras deslizaba las manos a lo largo de sus costillas, hacia abajo hasta la cintura, sobre la curva de su cadera, luego dentro, donde se acoplaban juntos de forma tan perfecta. Entonces subió hasta que sostuvo un seno en cada una de sus manos, los acarició y posó nuevamente su boca sobre ellos.

Cuando ya no pudo ignorar la presión interna y la tensión, deslizó sus manos hasta las caderas de ella y tomó el control de sus movimientos. La encontró, embestida tras embestida hasta que ella gritó su liberación y él pudo sentir las contracciones que lo

absorbían, y lo forzaban a dejarse ir y rendirse a ese placer de dar vida, con el cuerpo por completo vencido, como si su mente estuviera vacía en el momento del éxtasis.

Debieron dormirse ya que cuando Wolf abrió los ojos, el sol estaba ya en el Oeste. Miró hacia Kelly, dormida en sus brazos. Parecía muy tranquila con una ligera sonrisa en los labios, como si ese fuera el lugar donde exactamente deseaba estar.

Frunció el ceño al recordar lo que había sucedido. Ciertamente había perdido el control de sí mismo. ¡Dios!, la había tomado sin pensar un poco en las consecuencias.

Ya habría tiempo para lamentarse por eso después. Necesitaban vestirse y reunir su ropa antes de que oscureciera.

—¿Kelly?

—¿Sí?

—Tenemos que recoger nuestra ropa antes de que oscurezca. De otra forma el rocío volverá a humedecerlas.

Kelly, perezosa, abrió sus ojos y le sonrió con los labios ligeramente inflamados.

—¿Siempre eres tan malditamente práctico?

Él sonrió.

—Creo que uno de nosotros debe serlo.

Ella bostezó.

—Lo supongo —se sentó y miró alrededor—. Si yo intentara imaginar el paraíso, me lo imaginaría así —miró en torno.

Wolf se levantó y ella se dio vuelta para mirarlo.

Su cuerpo alto y esbelto irradiaba energía y sexualidad. Kelly tuvo que hacer un gran esfuerzo para no tocarlo mientras estaba parado ahí, con el sol acariciando su rostro y dorando sus facciones.

Era magnífico. ¿Quién no estaría orgullosa de ser parte de la vida de ese hombre?

Se alejó de ella al otro lado de la poza donde había dejado su ropa extendida al sol. Con un suspiro, Kelly se levantó y enredó la manta púdicamente alrededor de ella. Cuando llegó a su lado, la miró y la regañó:

—¿No es un poco tarde para eso?

—¿Para qué?

—Para cubrir tu cuerpo encantador.

Ella sonrió.

—¿Piensas que es encantador?

Él musitó algo y se alejó. Reunieron su ropa en silencio y regresaron a su campamento. Kelly escogió un juego de ropa limpia para ella y desapareció en la tienda. Junto a la poza, Wolf se había puesto unos calzoncillos y los pantalones. Ahora encontró calcetines y una camisa.

Para cuando la cena estuvo lista, la última luz había desaparecido. Kelly se sentó al otro lado de la hoguera, viéndolo comer, y mirar el fuego.

Él la ignoraba por completo.

—¿Wolf?

—Está bien, lo sabes —él levantó la mirada.

Un fruncimiento apareció en su frente.

—Lo que hicimos antes. Está bien celebrar la vida juntos. Está bien ser humano, con necesidades y deseos humanos. Yo quería que tú me hicieras el amor.

—Me di cuenta.

—¿Vas a negar que tú también querías hacerme el amor?

—Eso sería ridículo —aceptó él.

—¿Entonces qué está mal?

—Hemos sido muy irresponsables —intercaló Wolf.

—¿Porque no usamos ninguna protección?

—¡Por ejemplo!

—Entonces hablemos de eso.

—¿Y qué hay que decir?

—Está bien. Entonces yo hablaré de eso —hizo una pausa—. Mi otra única experiencia fue una desilusión para mí. Sucedió en la universidad y decidí entonces, en ese momento, que el sexo no era algo en lo que yo estuviera interesada —lo miró—, hasta que te conocí.

Él gruñó, pensando en su falta de control en lo que a ella concernía.

—Sé lo suficiente sobre las funciones de mi cuerpo para saber que en este momento del mes estoy a salvo. Sé lo que estoy haciendo, Wolf, y asumo la completa responsabilidad de mis actos.

—¿Por qué eso no me hace sentir mejor? —musitó Wolf. Ella lo estudió unos cuantos momentos antes de preguntar:

—¿Qué otra cosa te preocupa?

Esperó lo suficiente mientras él levantaba su mirada, después de un intenso estudio de las llamas, y respondía.

—Tú. Tú me preocupas.

—¿Por qué?

—Porque no quiero involucrarme contigo.

—Ya estás involucrado conmigo.

Él cerró los ojos.

—No bromees.

—No. Quiero decir que tú y yo estuvimos involucrados tan pronto como nos conocimos. Estuvimos todavía más involucrados cuando fuimos secuestrados. Aunque no hubiéramos hecho el amor, Wolf, todavía estaríamos involucrados. Nos atraemos mutuamente. Yo te deseo y tú me deseas a mí.

—Lo sé.

—¿Entonces por qué luchar contra eso?

—No parece que lo hayamos hecho.

—Oh, pero tú lo haces. Desde que despertamos hace rato, has pretendido que yo no estoy aquí. Que no me hiciste el amor y que no me deseas de nuevo.

Él cerró los ojos.

—¿Por qué no disfrutamos del tiempo que tenemos para estar juntos, para explorar este hermoso país y construir maravillosos recuerdos que compartir con nuestros hijos algún día? —ella sonrió y continuó—: Yo los compartiré con mis hijos y tú puedes compartirlos con los estudiantes, ¿qué te parece?

—¿Así que dices que deberíamos continuar durmiendo juntos hasta que todo esto termine?

—Wolf, hemos dormido juntos todas las noches desde que dejamos Boston. Si no existe tensión entre nosotros, tengo la corazonada de que dormiremos, en lugar de caer rendidos por la fatiga después de horas de dar vueltas y vueltas.

—Lo dices en serio, ¿verdad? ¿No querrás anunciar nuestro compromiso en cuanto volvamos a casa?

—¿Bromeas? ¿Por qué querría casarme con alguien que me ignora todo el tiempo? No, gracias, Wolf.

—¿Piensas que yo te ignoro? —preguntó con la incredulidad evidente en su voz.

—Sé que lo haces.

—He sido tan consciente de ti todos estos días que he estado a punto de perder la cordura.

—Has de ser un muy buen jugador de póquer porque nadie hubiera adivinado tus pensamientos por tu forma de actuar.

Él la miró.

—No trato de atraparte, Wolf. Créeme. Me gusta estar contigo, estoy disfrutando más de lo que he disfrutado en mi vida. Quiero lograr que el tiempo que pasemos juntos sea agradable… ¿Hay algo malo en eso?

Wolf miró a la mujer que estaba sentada al otro lado del fuego frente a él. Ella no exigía un futuro a su lado. No quería nada más que lo que él deseara darle, mientras él lo deseara.

Wolf podía controlar esa situación. Por supuesto que podía. También haría que los días y semanas siguientes fueran más fáciles de llevar, sabiendo que podría irse a dormir cada noche con ella en sus brazos.

Sin decir nada, él empezó a apagar el fuego. Kelly observó sus movimientos un momento en silencio antes de arrastrarse dentro de la tienda y esperar que su lobo solitario llegara hasta ella.

CAPÍTULO 10

EL sonido de la fuerte lluvia que golpeaba sobre la tienda, despertó a Wolf de un sueño profundo. El y Kelly se las habían arreglado para subir la cremallera del saco de dormir, para mantenerse calientes. ¿Por qué no podían estarlo, entonces?

No le gustó el sonido de la lluvia. Tanteó buscando la cremallera.

—¿Qué sucede? —preguntó Kelly atontada.

—Está lloviendo.

—Qué agradable —ella descansó la cabeza sobre su pecho.

—No, en donde estamos en este momento, no lo es. Tendremos que movernos antes de que seamos arrastrados —salió y empezó a vestirse—. Es mejor vestirse, por si acaso.

El aire frío se coló alrededor de su cálido cuerpo tan pronto como Wolf se retiró de ella. Kelly suspiró. ¿Cómo era posible? Era la primera noche de buen sueño que habían podido disfrutar y ahora los elementos estaban contra ellos.

Se vistió con rapidez, se puso el poncho encima, ató su cabello y empezó a enrollar el saco de dormir.

—Buena chica —dijo Wolf unos minutos después, metiendo la cabeza dentro de la tienda—. Tendremos que movernos.

—¿Por qué eso no me sorprende? —murmuró para sí ya que él había salido de inmediato.

Porque confiaba en las corazonadas de Wolf, por eso era.

Tan pronto como salió, él empezó a desmontar la tienda.

—Creo que conozco un lugar a donde podemos ir para guarecernos hasta que esto termine. Lo vi esta tarde.

Ella se sorprendió de que él hubiera visto algo cuando salió de estampida esa tarde. Como de costumbre, ella lo había enfurecido, cosa que, para ser sincera consigo misma, la había hecho bastante feliz.

Lo siguió y de nuevo se dirigieron a la montaña. Odiaba dejar ese maravilloso lugar pero encontrarían otros igual de bonitos.

No había ido lejos cuando Wolf se volvió, y la levantó sobre un reborde.

—Síguelo hasta dar vuelta. Encontrarás un saliente que nos protegerá para mantenernos secos.

Kelly siguió sus instrucciones y encontró una amplia abertura que parecía conducir de regreso a la montaña. Tan pronto como Wolf se reunió con ella, él encendió la lámpara de mano.

—¿Ves? Esto será perfecto.

Tenía razón. El techo era lo suficiente alto como para que pudieran estar de pie y había un lugar cerca de la abertura, donde podían encender un fuego. Todas las comodidades de un hogar.

—¿Estás seguro de que ningún otro ser vive en este lugar?

—Sí. Lo revisé antes. De hecho, pensé en que nos cambiaríamos aquí anoche, pero ya que estábamos acomodados, decidí no molestarte. Debí hacer caso a mis instintos.

—¿Quieres decir que sabías que llovería?

—No, pero presentía que necesitábamos movernos y no actué en consecuencia.

—¿Tienes presentimientos como ese a menudo?

—Bastante a menudo.

—¿Siempre los escuchas?

—La mayoría de las veces.

—¿Cuándo no escuchas a tus instintos?

—Cuando siguen diciéndome que no sea el padrino de Sam en su boda.

Ella empezó a reír.

—Pobre Sam. Siempre se lo echarás en cara, ¿verdad?

El desenrolló el saco de dormir y ambos empezaron a desvestirse.

—Si quieres, puedo encender un fuego para calentar esto.

—Así está bien.

—Quizá debiéramos desplegar el saco de dormir.

—¿Por qué? ¿Crees que vas a estar incómodo?

Wolf se encogió de hombros.

—Lo decía por ti.

Ella le lanzó una mirada muy seductora.

—Me agrada escuchar eso —se quitó el resto de las ropas y se tendió sobre los pliegues del saco.

Wolf se desvistió y se deslizó junto a ella.

—Recordaré tus palabras.
—¿Sobre qué?
—Sobre que no disfrutabas el sexo.
—No lo hacía, hasta ahora. Tú, definitivamente, me has convertido en una viciosa —lo atrajo entre sus brazos.
Hicieron el amor despacio, sin prisa, acariciándose, explorando y excitándose hasta que formaron suficiente tensión para crear una explosión y entonces, cayeron dormidos uno en los brazos del otro.
Cuando Wolf despertó a la mañana siguiente, la lluvia todavía se precipitaba con fuerza. Ese día no irían a ningún lado. Estarían confinados en su refugio.
Él recordó las palabras de Kelly de la noche anterior. Ella disfrutaba haciendo el amor con él, gracias a él, había descubierto los placeres del amor. ¿Así que él había despejado el camino para que luego ella pudiera disfrutar el amor con otros hombres?
Esa idea no le agradaba demasiado. De hecho, no le gustaba nada, pero no era algo en lo que él pudiera interferir. Después de todo, tenían sus propias vidas. Una vez que regresaran a los Estados Unidos, no habría ninguna razón para que volvieran a verse, a menos que Sam y Janet recibieran su visita al mismo tiempo.
Eso no sería buena idea. Tendría que explicarle a Sam que… ¿Cómo diablos podría él explicarle a Sam lo sucedido entre Kelly y él? Sam probablemente le diría que su deber era casarse con ella.
Si había algo que Wolf supiera con certeza, era que él no iba a casarse.
Por supuesto que nunca podría imaginarse casado con alguien que no fuera Kelly.
Yacía ahí, abrazado a ella, apretándola contra su cuerpo. Se sentía bien. Se sentía completo. Había algo muy satisfactorio en saber cuánto confiaba ella en él. Le había respondido totalmente, aprendía con rapidez cómo complacerlo ansiosa de mostrarle cómo complacerla a ella. Su sinceridad lo había conmovido en un nivel muy fundamental. El nunca se había sentido tan cerca de otra persona, nunca se había sentido tan seguro.
Y eso le asustaba terriblemente.
—¿Todavía está lloviendo? —le preguntó Kelly, mientras se retorcía contra él.
—Si decidieras abrir los ojos, podrías verlo por ti misma.

—Es… demasiado trabajo —admitió.
—Creo que tendremos que caminar bajo la lluvia.
—O podríamos quedarnos aquí todo el día —le señaló.
—¿No sería muy aburrido?
—Prefiero estar seca y aburrida que calada hasta los huesos y tratando de encontrar nuestro camino en las montañas.
Él la abrazó.
—Supongo que podré dedicar mi tiempo y mi energía a la tarea de divertirme.
Ella comentó, riendo:
—¿Ves lo bondadoso y considerado que eres? —le dio un beso muy sonoro.
El día generó una serie de juegos infantiles y fantasías de adolescente, todos los cuales fueron ampliamente disfrutados por los participantes.

Wolf hizo una pausa y levantó su mano para obtener la atención de ella. Kelly se unió a él y vio qué había causado que él se detuviera. Como a medio camino bajando la montaña, había una pequeña aldea. Ya había pasado más de una semana desde ese día lluvioso que pasaron jugando en la cueva. Ambos estaban sucios y hambrientos y la aldea era como un regalo del cielo.
Ahora que iban a entrar nuevamente en la civilización, Kelly podía mirar hacia atrás, a la semana pasada, y apreciar mejor todo lo que habían compartido. Sin embargo, cuando se despertó esa mañana, sabiendo que ya no tenían nada que comer y muy poca agua, se había sentido muy preocupada.
Se habían sentido muy unidas durante esa semana. Era casi como si cada uno supiera lo que el otro pensaba. Ninguno de los dos habló mucho, Wolf estaba todavía más callado, pero ella ya no se sentía preocupada por su silencio, no cuando él la abrazaba cada noche, la amaba y le permitía conocer la necesidad que sentía por ella.
No era simplemente su forma de hacer el amor lo que evidenciaba el cambio en él. Era también la forma en que la observaba, la forma en que anticipaba sus necesidades, la forma ,en que, de manera ausente, frotaba su mano sobre el hombro de ella o sobré su seno en una ligera caricia, mientras estudiaba el terreno

que los rodeaba. El parecía obtener tanto consuelo al tocarla como el que ella recibía al ser tocada.

—¿Quieres quedarte aquí hasta que haya hablado con ellos? —le preguntó en voz baja.

Movió la cabeza. Le hizo el cumplido de no cuestionar su decisión. Por el contrario, le tomó la mano y juntos bajaron por la vereda.

La gente hablaba un dialecto indio que Wolf no podía entender, pero él les habló en español y ellos sí pudieron entenderlo. Así que Wolf y Kelly recibieron ofrecimientos de comida, les mostraron un lugar en el cual pudieran bañarse y les dieron un lugar para dormir, un cuarto con otra familia.

A la mañana siguiente, los despidieron y siguieron su camino. Como continuaban viajando colina abajo, encontraron más pueblecitos. Wolf no podía creer su suerte cuando un hombre aceptó llevarlos a Bogotá en su camión.

Estaba preocupado por Kelly. Ella estaba más y más callada, su buen humor casi había desaparecido durante la semana pasada. Había perdido peso; ambos lo habían perdido, debido a su escasa dieta y él temía que Kelly fuera a enfermar. Ella se dormía en sus brazos tan pronto como se acostaban cada noche, y Wolf tenía problema en despertarla cada mañana. A pesar de todo, Kelly nunca se quejaba.

Su llegada a Bogotá fue casi traumática. Se tomaron tiempo para bañarse y ponerse ropa limpia, aunque todo lo que tenían con ellos estaba gastado y arrugado. Wolf había pasado la noche anterior con Kelly sentada frente a él, peinando cuidadosamente los mechones de su cabello.

—¿Alguna vez te he dicho lo hermoso que es tu cabello?

Ella lo miró sobre su hombro y le sonrió tímidamente.

—No, nunca lo has hecho.

—Tu cabello me recuerda las llamas que se proyectan hacia arriba en nuestras fogatas.

—Eso suena casi poético.

—Tú me haces sentir como un poeta a veces.

Ella apoyó su cabeza contra el hombro de él y cerró sus ojos.

—Me gusta —susurró en un suspiro.

En la embajada explicaron al guardia que eran ciudadanos de los Estados Unidos que habían sido secuestrados en Boston y llevados a Colombia. De inmediato recibieron atención.

Wolf insistió en que los oficiales permitieran a Kelly obtener un poco de descanso, afirmando que él respondería a todas las preguntas. Sin embargo, ambos fueron alimentados y enviados a una cama después de darles sus nombres a los oficiales y de decirles con quién contactar para informar a la familia de Kelly.

Wolf durmió todo el día y esa noche, despertando temprano al día siguiente. Miró por la ventana de su cuarto pequeño y trató de recordar dónde estaba y qué estaba haciendo ahí. Las imágenes surgieron ante su mente y se sentó, quitándose las mantas.

¡Kelly!

Entonces recordó. Estaban en la embajada y ella estaba a salvo. Ambos lo estaban. Wolf se sentó en el borde de la cama y trató de comprender que su odisea había terminado. Se sentía desorientado, dentro de un cuarto y durmiendo en una cama. Estaba tan cansado cuando le mostraron su cuarto, que apenas tuvo energía para ducharse antes de caer sobre la cama.

Quería saber de Kelly, para asegurarse de que estaba bien. Miró hacia su mochila, y se dispuso a buscar algo que ponerse entre las destrozadas ropas.

Media hora más tarde, estaba sentado ante Henry Pryor, uno de los funcionarios.

—Bueno, doctor Conroe, debo decir que ahora se ve considerablemente más descansado que la última vez que lo vi. Sé que todo este desafortunado episodio ha sido muy agotador para ambos.

—Hoy no he visto a Kelly. ¿Sabe usted cómo está?

—De hecho, hicimos que uno de nuestros doctores la revisara. Tenía fiebre cuando llegó.

—¡Fiebre! ¿Por qué no me lo dijeron?

Henry sonrió.

—Porque no consideramos que usted estuviera en mejores condiciones. Si lo hubiera permitido, también lo habríamos revisado a usted.

—¿Puedo verla?

—Por supuesto, pero si no le importa, quisiera que me diera algunos detalles con respecto a lo que sucedió. Si describe a las personas, los lugares, algo de lo que se dijo, ese tipo de cosas, nos ayudaría de forma tremenda.

Wolf trató de controlar su impaciencia. Sabía que los oficiales de la embajada necesitaban tanta información como fuera posible. Él, ciertamente, no quería que molestaran a Kelly con preguntas y mucho menos ahora que sabía que estaba enferma.

—Ahora —el señor Pryor dijo, encendiendo una grabadora—... ¿Por qué no empieza por contarnos qué sucedió cuando salieron de la iglesia después de la ceremonia de la boda?

Horas después, Wolf fue llevado al cuarto de Kelly. Él llamó a la puerta y una mujer con uniforme blanco la abrió. Sonrió al verlo.

—Usted debe ser el doctor Conroe. La señorita Corcoran ha preguntado por usted.

Wolf miró más allá de la mujer y vio a Kelly sentada en la cama, leyendo un libro.

—¡Oh, Wolf! Ahí estás. No me dejan salir de la cama. ¿No es ridículo? Les preguntaba por ti y me decían que estabas bien pero...

Él caminó hasta la cama, olvidándose de la mujer que le había abierto la puerta y que ahora se deslizaba hacia el pasillo.

—Como puedes ver, lo estoy haciendo bien.

Ella miró los ajustados vaqueros, la camisa tejana y los zapatos nuevos.

—¿Dónde encontraste la ropa?

—Alguien tuvo lástima de mí y buscó en su armario —se sentó en la cama, se inclinó y la besó ligeramente en la boca—. ¿Qué es eso de que tienes fiebre?

Ella movió la cabeza.

—Es ridículo. Verás, tengo un poco de fiebre, puede ser por el sol o...

—Así que descansa, toma tus medicinas y estarás bien.

Ella frunció el ceño.

—Eso es exactamente lo que dice la enfermera. ¿Ensayaron juntos?

—Sólo somos prácticos.

Ella gruñó.

—¿Ya has comido?

—Suficiente ración para diez personas. Aquí sirven una bandeja cada dos horas.

—Debo admitir que yo estoy disfrutando la variedad.

—Yo también.

Se sonrieron.

—¿Te pusiste en contacto con tus padres?

Ella asintió.

—Hablé con ellos esta mañana. Todavía están bajo el choque de lo sucedido. Denunciaron el caso al departamento de personas desaparecidas, llamaron a todas las autoridades en las que pudieron pensar para tratar de encontrarnos. Cuando no llegamos a la recepción, nadie sabía qué pensar. Saber que habíamos sido secuestrados fue un golpe bastante duro —le sonrió—. Hubo algunos comentarios sobre nuestra mutua antipatía, y mamá estaba preocupada. Alguien le dijo que cuando estábamos juntos saltaban chispas.

Él le tomó la mano y frotó su pulgar por todo lo largo de ella.

—¿Chispas?

—Hmmm. Ya sé. Yo no me había fijado en las chispas.

—Yo tampoco. Sólo sabía que tú no estabas demasiado impresionada conmigo.

—Y tú estabas menos impresionado conmigo.

Se miraron a los ojos por un largo rato sin decir nada.

Finalmente, Wolf habló:

—El embajador ha dicho que se encargará personalmente de enviarnos a casa en cuanto puedas viajar.

—Bien. Estoy ansiosa por llegar a casa.

Otro largo silencio cayó entre ellos.

—¿Has hablado con Sam?

—Sí. Ahora que hemos aparecido sanos y salvos, él y Janet se irán una semana a las Islas Vírgenes para su luna de miel. Sam dice que han pasado las últimas semanas dando vueltas alrededor del teléfono.

—Entiendo que mi jefe estaba muy preocupado.

—Sam decidió molestarme un poco. Dijo que él no se hubiera sorprendido si yo te hubiera secuestrado y llevado a las montañas

conmigo.

—¿Eso dijo?

—Ajá.

—¿Cómo puede pensar algo así?

—Dijo algo como "chispas" pero no le pedí una explicación —su mirada nunca dejó la de ella.

Ella le tocó la mejilla, luego pasó una mano por su mentón.

—Así que nuestra gran aventura ha terminado.

—Con un final feliz, a juzgar por las indicaciones. Entiendo que nuestra desaparición ha sido mantenida en secreto y continuará así. No hay razón para alertar a Santiago en cuanto a la identidad de a quienes secuestró en realidad. Las autoridades pretenden utilizar la información que les dimos para interceptar esa vía de contrabando de drogas, por lo menos a través de su contacto en Boston.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No estoy seguro. Creo que ya acampe lo suficiente por ahora. Supongo que regresaré a Albuquerque y disfrutaré el resto de mis vacaciones de verano. ¿Y qué hay de ti?

—Creo que regresaré a trabajar. Parecerá extraño no tener a Janet ahí, pero ya he tenido varios meses para acostumbrarme a la idea. ¿Quién sabe? Puedo poner un anuncio solicitando otra compañera de piso.

—Asegúrate de que sea del sexo femenino.

—¿No crees en la igualdad de oportunidades?

—Digamos que me gustaría conocer a tu compañero de piso.

Ella lo miró y trató de leer su expresión. De nuevo, él ponía su cara de jugador de póquer.

Él se encogió de hombros.

—¿Me dices que no quieres que vea a nadie más?

—No. No tengo derecho a hacerlo.

—¿Te gustaría tener ese derecho?

Él se levantó, se alejó de la cama y caminó hasta la ventana.

—Creo que estoy siendo posesivo, pero ya me recobraré. Nunca he pasado tanto tiempo ininterrumpido con alguien antes. Lo que compartimos no tiene nada que ver con quiénes somos o con nuestras vidas reales.

Kelly estudió su amplia espalda por un momento antes de decir:

—¿No crees que lo que sucedió entre nosotros fue real?

Wolf se quedó ahí por un momento, mirando por la ventana, antes de volverse y mirarla.

—No, Kelly, no lo creo. Vivíamos en algún tipo de fantasía. Lo que sucedió entre nosotros no tiene nada que ver con la vida verdadera.

La sonrisa de ella era tierna.

—Sea como sea, no me lo habría perdido por nada del mundo.

—Entonces, ¿no estás enfadada? ¿No vas a gritar, furiosa conmigo, por no decirte que volvamos a vernos?

—No. Tú eres el mismo hombre que conocí en Boston. Lo sé. Tú tienes tu propia vida, yo tengo la mía. Siempre te recordaré con amor. Compartimos algunos momentos verdaderamente maravillosos.

—¿Eso es suficiente para ti? —le preguntó con intensidad.

De nuevo, ella sonrió.

—Tiene que serlo.

CAPÍTULO 11

KELLY entró en su apartamento, haciendo malabarismos con la llave, su bolso y varias cartas que recogió antes de subir la escalera. Tan pronto como atravesó la puerta, lanzó la llave y su bolso sobre una mesa y llevó el correo hasta el comedor. Se quitó los zapatos, se dejó caer en uno de los cómodos sillones y con rapidez recorrió los sobres.

Había una carta de Janet, que abrió ansiosa. Estaba llena de los sucesos diarios, llena con historias sobre Sam, la búsqueda de casa, su nuevo puesto en el centro, la vida en Durango, una visita a Albuquerque para ver a Wolf...

Wolf. Ahí estaba su nombre escrito por la familiar letra de su hermana.

Empezó a leer.

Finalmente decidimos olvidar todo lo que habíamos planeado hacer durante el fin de semana y fuimos a Albuquerque para ver a Wolf. ¡Qué agradable fue el viaje! Kelly, apenas puedo esperar para que vengas a visitarnos. Hay tanto que ver: El Parque Nacional de Mesa Verde, el tren de vía angosta a Siverton, la carretera del Millón de Dólares y todo eso sólo en Colorado...

Kelly levantó la mirada de la carta, exasperada. Mencionaba a Wolf y luego se ponía a describir una ruta turística. ¡Vamos, Janet!

Sam ha hablado con Wolf en varias ocasiones desde que regresó a casa, pero esta es la primera vez que lo hemos visto desde que estuvieron en Colombia. Debo admitir que me sentí impresionada al ver lo delgado que está. De alguna forma ahora parece más sombrío, si eso fuera posible. No es que antes sonriera mucho, lo entiendes, ¿verdad?, sino que actúa como si hubiera perdido a su mejor amigo.

De todas formas, parecía complacido de vernos. Nos preparó la cena, la cual en realidad me impresionó. El tipo sabe cocinar, no como su amigote, Sam, quien jura que se pierde en una cocina.

Me gusta su casa. Dice que él hizo la mayor parte del trabajo. Está en las colinas, alejado de todos. No creo que eso sea sorprendente. Tiene vista al valle y tiene esas enormes ventanas con

marco en cada cuarto. El lugar tiene dos chimeneas: una en la estancia y la otra en el dormitorio, frente a una cama gigantesca. ¡Oh, y ahí tiene una enorme piel de oso frente al fuego! Traté de gastarle alguna broma, pero él ni siquiera fingió una sonrisa. Creo que no tiene mucho sentido del humor.

Nos quedamos ahí el sábado por la noche. Me fui a la cama y dejé que los tipos hablaran. Sam me dijo camino a casa, la tarde siguiente, que estuvieron sentados charlando hasta casi las cinco de la mañana. No quiso decirme de qué hablaron, pero puedo decirte que Sam está preocupado por su amigo.

No puedo imaginar cómo lo aguantaste. Tú eres tan extrovertida y amistosa. Wolf raras veces habla.

Voy a ir ya a acostarme. Cada vez me resulta más difícil salir de la cama para ir a trabajar por la mañana. Sam y yo ya estamos hablando sobre la posibilidad de formar una familia antes de que termine el año. Si es así, definitivamente dejaré de trabajar.

Asegúrate de decirnos cuándo puedes venir a visitarnos. Apenas puedo esperar para mostrarte las vistas.

Escribe cuando puedas.

Con amor,

Tu hermana

Kelly leyó la parte relativa a Wolf varias veces. El todavía estaba demasiado delgado y parecía más sombrío. ¡Oh, Wolf! Su corazón sufría por él así como por sí misma.

¿Tenía también problemas para dormir? ¿Soñaba con ella? ¿La extrañaba tanto como ella a él?

Kelly se dio cuenta de que las lágrimas corrían por sus mejillas. ¿Y qué había de raro en eso? Había llorado suficiente en los dos meses que llevaba en casa, como para hacer flotar un barco de guerra.

Dejó la carta a un lado y se dirigió al dormitorio. El apartamento le parecía sofocante. Todo en Washington la ahogaba. Había demasiada gente, demasiada contaminación. No había estrellas por la noche, no había vistas de montañas y más que nada no estaba Wolf.

Kelly se despojó de su ropa y entró en el baño. Quizá una ducha la refrescaría. Se quedó bajo el agua mucho tiempo y dejó que los chorros corrieran por su cuerpo, pretendiendo que era Wolf quien la

tocaba.

Lavó su cabello y pensó en cortárselo. Tenía el hábito de llevarlo en una trenza que salía de lo alto de su cabeza, de forma similar a como lo había usado en Colombia.

«¡Olvídate de Colombia! ¡Olvídale de Wolf! ¡Vive! ». El problema era que ella ya tenía una vida. Cuatro meses antes, Kelly estaba por completo convencida de que tenía todo lo que posiblemente pudiera desear: un trabajo maravilloso, un cómodo estilo de vida, amigos, una ocupada vida social.

Ahora todo le parecía muy aburrido.

Cuando regresó al trabajo, se sintió extraña de regresar a la rutina. Encontró una molestia al usar medias y tacones altos todos los días, el pasar horas frente al espejo arreglándose, decidiendo qué ropa ponerse.

Salió del baño y se tendió sobre la cama, recordando la catarata donde se habían bañado y el adorable claro donde Wolf le había hecho el amor. Entonces no se preocupó por su apariencia, estaba demasiado inmersa en él.

Como usualmente hacían, sus ojos reposaron la mirada en un cuadro grande enmarcado colgado en la pared opuesta a la cama. Era lo último que veía por la noche y lo primero que veía cada mañana. Era un retrato de Wolf.

Se lo habían hecho justo antes de la boda, cuando Sam y Wolf estaban esperando en la puerta de la iglesia. Wolf estaba ignorante del fotógrafo y era obvio que bromeaba con Sam. Este parecía muy serio y muy nervioso. Wolf parecía como si acabara de decirle algo a Sam, algo que lo molestó y el rostro de Wolf estaba lleno de luz y malicia, su sonrisa hacía brillar sus dientes blancos en contraste con su bronceado rostro.

Kelly había encontrado el negativo en el enorme montón de pruebas de fotografías tomadas el día de la boda. Todos los demás la habían descartado y en cambio escogían fotos de Sam donde parecía un exuberante novio, con su habitual sonrisa. En todas esas fotos, Wolf había mostrado su habitual solemnidad.

Sólo en ese momento perdido había mostrado al niño travieso que yacía oculto dentro de él.

Kelly había encargado una ampliación y había colgado la foto en la pared. Así era como ella quería recordar a Wolf. Quizá ese no fuera el hombre verdadero, pero durante un corto lapso, durante esos breves momentos robados, ese Wolf salió a la luz.

Y él era maravilloso. Y ella, siempre lo amaría.

Kelly debió dormitar porque fue despertada por el sonido del timbre de la puerta. El cuarto estaba oscuro y encendió la lámpara que había junto a la cama. Eran casi las ocho y media, y se había acostado hacía casi dos horas.

Antes que pudiera sentarse, el timbre volvió a sonar. Todavía atontada, buscó su bata. Se la puso y salió al pasillo. Miró por la mirilla… y se quedó sin respiración.

Abrió la puerta.

Lo primero que Wolf vio de Kelly después de dos meses, fue una muda evidencia de que ella había salido de la cama. Su cabello estaba revuelto, sus piernas y pies, desnudos, y sus ojos tenían esa aturdida mirada que siempre lo hacía desear besarla hasta hacerla perder el sentido.

Sabía que era tonto ir a verla sin escribir o llamarla primero. ¿Qué había esperado? ¿Que ella pasara sus veladas sufriendo por él?

—Lo siento. Debí llamar primero para ver si tenías compañía —retrocedía y se alejaba de la puerta—. Te llamaré mañana durante el día y quizá…

—¡Wolf! ¿De qué hablas? Estás aquí ahora. No te vayas, entra —mantuvo la puerta abierta para él.

Sin embargo, fue su desinhibida sonrisa de bienvenida la que lo desarmó por completo. Ella estaba contenta de verlo. Entró en el apartamento. Era la primera vez que estaba ahí, aunque ella le había dado su dirección cuando regresaron a los Estados Unidos. Además, ella le había escrito una carta corta y amistosa poco después, en donde de forma humorística, relataba los muchos ajustes que había hecho para acostumbrarse a su forma de vida usual.

Él nunca contestó. No había sabido qué decirle. No estaba seguro de saber qué decirle ahora. Sólo sabía que tenía que verla. Ya no podía mantenerse alejado de ella.

Se dio la vuelta y la observó cerrar la puerta.

—Tienes muy buen aspecto —le dijo, tanto para sí como para ella.

—Gracias.

—¿Has ganado algo de peso desde que regresamos?

Ella lo condujo hasta el comedor y se sentó frente a él.

—Un poco. No me he preocupado demasiado por eso. ¿Y qué hay de ti?

—No lo sé. No le he prestado ninguna atención.

Ahora que estaba sentado cerca de una luz, Kelly pudo ver de qué hablaba Janet. Parecía más sombrío. Las líneas alrededor de su nariz y su boca eran más profundas. Era todo lo que podía hacer para evitar caer entre sus brazos y asfixiarlo a besos.

Ella sabía que él odiaría esa desinhibida demostración. Al menos ése Wolf lo haría, pero no el Wolf con el que soñaba, no el Wolf cuya foto estaba colgada en su pared.

—¿Kelly?

—¿Sí?

—¿Me harías un favor?

—Seguro. ¿Qué?

—¿Quieres ir a ponerte algo de ropa? Esa bata no deja mucho a la imaginación y cuando te sientas, apenas cubre...

Kelly se puso de pie y tiró de la corta bata hasta cubrir sus muslos.

—Lo siento, Wolf. Me dormí temprano y tomé lo primero que encontré a mano cuando escuché el timbre de la puerta.

—Entonces me alegro de haber sido yo el que llamaba —dijo entre dientes.

Ella le lanzó una sonrisa encantadora.

—No te vayas. Vuelvo enseguida.

Tan pronto como cerró la puerta del dormitorio, Wolf se levantó y empezó a pasear. Caminó hasta la diminuta cocina, encontró un vaso y lo llenó con agua, que bebió como si hubiera vivido sin líquido durante días. Entonces empezó a vagar por el cuarto, como un animal enjaulado, en busca de salida.

Se detuvo y miró cada una de las fotografías que ella tenía por allí, estudió cada pintura de la pared, recogió los ornamentos de la

mesa, arregló los cojines, miró por la ventana y luego empezó de nuevo el circuito.

Iba ya por su tercer recorrido del cuarto cuando la puerta del dormitorio se abrió y él se dio vuelta. El aire de pronto escapó de sus pulmones.

Ella llevaba una camiseta y unos vaqueros recortados que debía tener desde niña.

—¿Esto es mejor? —le preguntó con una sonrisa.

No estaba jugando limpio. Para nada.

—Bien —respondió con brusquedad.

Ella fue hacia la cocina.

—¿Ya has comido?

—Sí.

—¿Cuándo?

Él hizo una pausa.

—No me acuerdo.

—Empecemos esta charla de nuevo, ¿quieres? ¿Te gustaría comer algo?

—Este... no, gracias.

—Entonces espero que me disculpes porque, por alguna razón, estoy hambrienta. Por eso no me he preocupado por mi peso. Estos días siempre tengo hambre.

Él estuvo en la entrada de la cocina en tres largas zancadas.

—¿Lo estás?

La cabeza de ella estaba enterrada en el refrigerador, lo que suponía una buena exhibición de la atrayente y encantadora forma de su trasero.

—Ajá.

—¿Por alguna razón en particular? —le preguntó, encontrando problemas al respirar.

—¿Razón para que? —le preguntó ella que llevaba varios cacharros, cubiertos y una lechuga en las manos.

—Para tener hambre todo el tiempo.

Ella se puso a hacer una ensalada.

—¡Oh, no lo sé! Aburrimiento quizá. Normalmente el clima... —se detuvo a media frase y lo miró, amenazador desde el umbral, como un vengador.

Ella apoyó su cadera contra el mostrador y lo miró con

descarado interés.

—¿Por qué preguntas?

El alzó los hombros.

—Nada más.

—¿Temes que pueda estar embarazada? —le preguntó, enredando un rizo alrededor de su dedo—, porque si es así, todo lo que necesitas hacer es preguntar.

Empezó a trabajar en su ensalada mientras él la observaba, inmóvil. Cuando se dio cuenta que ella no iba a decir nada más, él comentó:

—Está bien, reconozco que estaba un poco preocupado. No había sabido de ti y pensé que quizá tú no… pero entonces pensé que quizá sí. Y, bueno, ¿lo estás?

—No.

—¡Oh! Qué bien.

Ella colocó el plato en el horno, eligió el tiempo necesario de calentamiento, luego cruzó sus brazos y se volvió a él.

—¿Lo es? Supongo que para ti sí. Estoy segura de que te parece incomprensible que alguien quiera tener un hijo. Que alguien pueda llorar durante días y días por un bebé que nunca va a nacer —le dio la espalda y empezó a servirse zumo de frutas.

—¿Kelly?

Ella no le respondió.

Él se acercó más.

—Cariño, yo no quería que tú te enfrentaras a eso sola, eso es todo. No sabía nada de ti…

Ella se dio la vuelta y sus ojos verdes brillaron.

—¿No sabías nada de mí? Es la segunda vez que lo dices. Sucede que yo te escribí y tú nunca te molestaste en responder. Así que, ¿por qué continuar escribiéndote? Tu silencio dejó bien claro que tú no querías saber nada de mí.

—No sabía qué decir.

—Me parece una buena razón. Tú nunca tienes mucho que decir, según recuerdo.

El timbre del horno sonó y Kelly quitó el plato, recogió su vaso y lo llevó al comedor, donde se sentó. Después se levantó, tomó un cuchillo y un tenedor de un cajón de la cocina, regresó a la mesa y se sentó.

Kelly empezó a comer.
Wolf volvió a pasear.
Ella lo ignoró.
—Sé que es absurdo, pero Sam insistió en que yo necesitaba venir a verte.
—¿Por qué?
—Creo que para asegurarme que te encuentras bien.
—Estoy bien.
—Ya lo veo.
Ella continuó comiendo y él continuó paseando.
Cuando terminó la comida y hubo vaciado el vaso, Kelly recogió los trastos y los llevó a la cocina donde los enjuagó y los colocó en el escurridor.
—Ya veo que disfrutas de todas las comodidades modernas. Te parecería mentira, después de haber tenido que pasarte sin ellas durante tanto tiempo.
—Cierto. Recuerdo que no hice más que quejarme de las rudas condiciones en que nos encontrábamos, rezando para regresar a mis utensilios, gritando que...
—Nunca dijiste ni una palabra sobre eso.
—¡Oh! Mi imaginación debe estar desbocada de nuevo.
—Nunca te quejaste de nada. Hiciste lo que se te decía; recorriste kilómetros, dormiste sobre el suelo en chozas, te teñiste el pelo y la piel y nunca te quejaste.
—¡Qué estoica fui!
—Nunca he conocido a alguien como tú, Kelly.
Ella se encogió de hombros.
—¿Seguro que no quieres algo? ¿Café? ¿Quizá algo más fuerte? No tengo muchos licores aquí, pero si quieres algo, puedo...
—Café me parece bien.
Ella empezó a hacer el café en silencio.
—Vi a Sam y Janet hace un par de semanas.
—Sí, lo sé. Ella me escribió y me lo contó.
—¿Qué te dijo?
Ella miró sobre su hombro con una expresión de asombro.
—Lo mismo que tú. Que fueron a visitarte.
—¿Algo más?
—Este... que tienes una casa muy bonita, que prácticamente

construiste y decoraste tú mismo. Ella en particular se enamoró de una alfombra de piel de oso que hay frente a la chimenea del dormitorio.

—Sí, mencionó algo así.

—También dijo que eras un gran cocinero, pero eso ya lo sabía.

—¿Dijo ella algo sobre que Sam y yo nos quedamos sentados charlando da la noche?

—Sí, pero Sam no le contó nada de lo que trataron en la conversación.

—Hablamos sobre ti.

—¡Qué aburrido! —ella sirvió café en dos tazas y le pasó una a él, luego le guió hasta el comedor.

—De hecho, yo hablé la mayor parte.

—¿Hasta las cinco de la mañana. No me parece propio de ti.

—Lo sé, pero necesitaba hablar.

Kelly estudió su taza, pensativa.

—La cosa es que Sam dijo que yo necesitaba decirte a ti, lo que le estaba diciendo a él..

Ella levantó la mirada y la fijó en él.

—Dímelo —dijo con gentileza.

—Estoy tratando de hacerlo. Simplemente no sé cómo.

—Igual que se lo dijiste a Sam. Es fácil.

—Eso pensé yo también. Pero es distinto. No es lo mismo hablar contigo que con Sam.

—Ya veo —dijo, y se mordió el labio para evitar que una sonrisa se formara.

—Es más fácil hablar de ti que contigo.

—¿Ayudaría si cierras los ojos? —le sugirió.

Él reposó la cabeza contra el sofá como para seguir su sugerencia, pero mantuvo sus ojos sobre ella.

—En realidad estoy cansado de luchar contra esto, Kelly. Ya no puedo seguir luchando.

—¿Contra qué luchas, Wolf?

—Contra mis sentimientos por ti.

—¿Y cuáles son tus sentimientos por mí?

Él se aclaró la garganta.

—Creo que lo peor ha sido extrañarte. Te extraño, a primera hora de la mañana, tan pronto como abro los ojos. Te extraño por la

noche, cuando estoy en la cama tratando de dormir. Extraño esa luz en tus ojos cuando te metías conmigo… Extraño las historias que inventabas, las fantásticas historias que nadie más que tú puede inventar. Extraño abrazarte por la noche. Extraño escuchar tu respiración, tu voz, tus suspiros, los soniditos de ronroneo que se formaban en tu garganta cuando te hacía el amor. Extraño…

—Está bien, está bien. Así que me has extrañado.

—Sí.

—Yo también te he extrañado.

—¿También?

—Mucho y también por las mismas razones.

—Oh.

—La cosa es, Wolf, ¿qué vamos a hacer?

Él movió su cabeza.

—No tengo ni idea.

—¿La tenía Sam?

—El pensó que debía hablar contigo sobre eso.

—Ya veo. ¿Significa eso que te gustaría escuchar lo que tengo que decir sobre el asunto?

Él suspiró.

—Sólo sé que estoy cansado de vivir con este dolor en mi pecho todo el tiempo.

Kelly puso su taza sobre la mesa junto a ella y se levantó. Caminó hasta Wolf, retiró la taza de él, la puso sobre la mesa y colocó su mano alrededor de la suya. Con una gentil presión lo hizo levantarse y lo condujo hasta su dormitorio.

Él miró alrededor del cuarto con obvio interés mientras la seguía hasta un lado de la cama. Ella se dio la vuelta, soltó su mano y empezó a desabrochar su camisa.

—¿Kelly?

—¿Hmmm?

—No estoy seguro…

—Yo sí —ella se acercó a los pantalones de él.

—Esto no resolverá nada.

—Puede que sí —le señaló.

Cuando él empezaba a decir algo, ella gentilmente colocó los dedos sobre su boca.

—Shh. Siempre he dicho que hablas demasiado —lo empujó con

gentileza hasta que él estuvo sentado en el borde de la cama, luego se arrodilló y le quitó los zapatos.

Con un par de rápidos movimientos, se quitó la camiseta y se desabrochó el pantalón.

—Me parece —murmuró, y lo besó por todo el pecho hacia abajo, hasta su ombligo—, que si conducimos nuestro experimento de manera científica, deberíamos buscar ese dolor del que te quejas, para acabar con él. Quizá debamos repetir varias veces el experimento en interés del descubrimiento científico. La verdad, me gustaría dedicar mi tiempo a esa tarea.

—Mujer, estás loca —musitó, la apretó y se tumbaron juntos en la cama.

—Lo sé —sonrió serena—. He estado loca por ti desde hace mucho tiempo.

De nuevo, ella sabía justo lo que debía decir para enloquecer a Wolf. Él la asió en sus brazos, decidido en esta ocasión a hacer lo que fuera a fin de asegurarse de que ella no lo dejaría solo otra vez.

Wolf tuvo una sensación de miedo. Ya había pasado por todo eso una vez antes, ¿no? Había estado parado ahí, ante ese altar, mirando el mar de caras interesadas, todas observándolo a él mientras que él se concentraba nervioso en el traje de etiqueta alquilado que llevaba.

Sam estaba junto a él, intentando, con gran dificultad, permanecer solemne. Wolf rezaba porque sus rodillas no lo traicionaran y se doblaron con su peso.

—¿Tienes el anillo? —susurró.

Sam, el Pastor los tres padrinos repitieron la palabra "sí" al unísono. Bien, así que ya lo había preguntado una o dos veces antes.

De nuevo observó el desfile de gente que venía por el pasillo hacia él.

¿Y si ella había sido secuestrada de camino a la iglesia? Aunque los culpables del último secuestro habían sido arrestados, Wolf no las tenía todas consigo. Podía haber sucedido cualquier cosa.

Y entonces, justo igual que la otra vez, el órgano hizo una pausa en la música y empezó a tocar la marcha nupcial. Todos se pusieron de pie y miraron hacia el fondo de la iglesia. Wolf quería gritarles

que se quitaran del camino. El no podía ver si ella estaba ahí. ¿Y si…?

Entonces la vio venir con calma, serena por el pasillo, del brazo de su padre, justo como si lo hubiera practicado cientos de veces, en lugar de sólo una vez, la noche anterior.

Nunca había visto el vestido que llevaba. No había pensado en él para nada. En algún lugar al fondo de su mente, el había pensado que quizá usaría el de Janet, pero no. Ese vestido era encantador…

El escote se curvaba hacia abajo sobre sus senos. La cintura era tan diminuta que ella debía tener problemas para respirar. La falda estaba cortada para seguir la esbelta línea de sus caderas. No había espacio para una simple enagua bajo esa falda.

El velo cubría su cabello y su frente, pero dejaba sus ojos al descubierto para que el pudiera verlos brillar. La cola se abría en abanico detrás de ella.

Él nunca había visto una mujer más hermosa. Sentía como si fuera a desmayarse.

—Contrólate, lo estás haciendo bien —musitó Sam en su oreja.

Entonces fue cuando Wolf comprendió que había olvidado respirar cuando la vio.

Justo cuando llegaba hasta él, Kelly miró su rostro y sonrió, con su rostro radiante. Entonces ella cerró su ojo izquierdo, en un guiño.

Los ojos de Kelly se habían fijado en Wolf tan pronto como inició la marcha por el pasillo pocos minutos antes. Nunca le había parecido tan sombrío. Ella sabía lo que le costaba a él representar esa escena. Sabía que él lo había hecho por ella. De alguna forma, tenía que dejarle saber que todo estaba bien.

Así que guiñó un ojo. Por un momento, él la miró asombrado, luego sonrió, los dientes blancos y brillantes sobresaliendo en el rostro sombrío y vio al Wolf secreto que él normalmente mantenía escondido, el Wolf de su cuadro, el Wolf del que se enamoró y con quien intentaba pasar el resto de su vida.

Él estaba ahí, dentro del hombre tenso que estaba parado junto a ella.

Tenía el resto de su vida para hacerlo reír.

EPÍLOGO

LAS planicies altas de las montañas Guadalupe no podían compararse con nada en el mundo. Sobre el nivel del desierto del oeste de Texas, las Guadalupe eran parte de un antiguo arrecife fósil formado cuando las porciones de Texas y Nuevo México eran parte de un vasto océano tropical. El bosque en las tierras altas era una reliquia de una época de miles de años antes, cuando el clima era más fresco y contenía mas humedad. Conforme el clima se hacía más cálido, partes del bosque sobrevivieron en las más altas elevaciones de las Guadalupe. Muy pocos lugares ofrecían tanto contraste en un área comparativamente tan pequeña.

Kelly sabía que nunca se cansaría de pasar allí los veranos, que nunca se cansaría de ver jugar a sus hijos por esa tierra virgen.

Se quedó parada en la puerta de la cabaña que Wolf y ella habían construido varios años antes y entornó los ojos, mirando hacia la brecha que conducía a las cuevas donde a Wolf le gustaba llevar a los niños.

Con ocho años, Drew y Daniel tenían la energía de media docena de niños medio salvajes. Wolf había decidido darle un descanso ese día llevándolos a pescar. A ellos les gustaba ir con él, y lo bombardeaban con cientos de preguntas. El parecía tomar todo como un juego y, pacientemente, les hablaba sobre los bosques, las montañas y el mundo. Estaban ansiosos de escucharlo desde que tuvieron edad suficiente para sentarse y hacer que les leyera, o que les mostrara dibujos, o los llevara de excursión.

Kelly disfrutaba observando a Wolf con los niños. Nunca olvidaría cómo había actuado Wolf cuando llevaron a los gemelos a casa desde el hospital. Se había sentado junto a sus camas durante horas y los miraba como si fuera testigo de un milagro. Le dijo a ella que temía quitarles los ojos de encima, por si dejaban de respirar. Ella, finalmente, lo convenció de que los niños se ocuparían de respirar ellos solitos.

Había sido difícil, pero con lentitud, a través de los años, Wolf había llegado a creer que él era capaz de darles a sus hijos el amor y la guía que necesitaban. Kelly estaba encantada de verlo relajado,

y disfrutando con ellos.

Miró a su hija de cinco años, Marisa, y sonrió. Marisa todavía prefería quedarse junto a su madre, aunque sobre su espalda, Wolf la habría llevado con ellos ese día, si hubiera podido convencerla de acompañarlos.

Kelly observó cómo la brisa agitaba el pasto de la pradera y susurraba entre las hojas. El pequeño valle donde habían asentado su cabaña, nunca cambiaba. Año tras año, la vista, los árboles, hasta los animales que aparecían al ocaso para beber en el arroyo, parecían los mismos.

Wolf hablaba a su familia acerca de la vida silvestre que los rodeaba, mientras que a la vez les enseñaba la necesidad de proteger lo que se le había dado a la raza humana.

Ella vio movimiento en la distancia y supo que sus hombres volvían a casa. La cena los esperaba. Mientras se acercaban, la vieron ahí parada observándolos. Los niños entraron en una precipitada carrera, a través de la pradera, con salvajes exclamaciones y gritos.

Marisa miró a Kelly con el ceño fruncido.

—Están actuando como un montón de indios salvajes, mamá.

—Creo que tienes razón, Missy. Creo que han visto demasiadas películas del oeste.

—Ellos no parecen indios. No como yo, ¿verdad, mamá?

Kelly estudió a su hija más joven, observó en sus ojos negros la mirada traviesa de Wolf. Llevaba el cabello negro peinado en dos trenzas.

—Eso es cierto. Tu padre dice que tú te pareces mucho a su mamá, cuando me permites que te haga trenzas.

Marisa palmeó su cabello con aire de importancia.

—Mi abuela era una princesa india, ¿sabes?

—¿De veras?

—Ajá. Ella era verdaderamente hermosa y todos la amaban.

Kelly se arrodilló y abrazó a su diminuta hija.

—Si era parecida a ti, cariño, todo el mundo la querría.

Su charla pronto quedó ahogada por el golpeteo de los pies y los niños que hablaban a la vez.

—¡Mami! ¿Adivina qué he encontrado? Un fósil que parecía una

concha de mar. Quería traerla para mostrártela, pero papá dijo que tenemos que dejar las cosas como las encontramos para que otra gente también pueda verlas.

—¡Mami! Hemos visto un venado bebé que se escondía detrás de su mamá y...

—¡Mamá! ¿Sabías que hay leones de verdad en estas montañas? Se esconden y observan, en espera de que algún animal pase junto a ellos, luego saltan y agarran...

—¡Mami! Papá dijo que podíamos comer cuando llegáramos a casa y yo estoy hambriento. ¿Podemos comer algo ahora? ¿Sólo una galletita o algo?

¿O quizá...?

Kelly levantó sus manos en un gesto de horror y empezó a reír, moviendo su cabeza ante la gran confusión generada por los dos niños.

—Calma, esperen un minuto. No puedo pensar. Quizá si hablaran por turnos...

De pronto, un brazo rodeó su cintura por detrás y ella fue apretada con fuerza contra un cuerpo duro como una roca. Antes de que pudiera respirar, una voz profunda y baja habló en su oído.

—Creo que a mí también se me ha despertado el apetito —empezó a mordisquearle el cuello, haciendo sonidos de gruñido para beneficio de los niños.

—¡Ah! Papi, ¿tienes que ser tan exagerado?

—Mami, ¿los venados bebé son buenos animales de caza?

—Mami, ¿comemos ahora?

—¿Podemos ir a ver si hay huellas de leones en la montaña, papá?

Kelly se volvió en los brazos de Wolf y deslizó los suyos alrededor de la cintura de él.

—Los he echado de menos, chicos. Marisa y yo hemos estado completamente perdidas sin ustedes.

Él sonrió, con su traviesa sonrisa con la cual ella se había familiarizado durante los últimos diez años.

—Yo quería que tuvieras algo de descanso. Además, pensé que si sacaba a los chicos y los mantenía ocupados, pronto estarían cansados y caerían rendidos de sueño temprano esta noche.

—¿Oh? ¿Tienes planes para esta noche?

—Quizá. Pensé que podíamos escoger un lugar tranquilo en algún lado, acostarnos sobre una manta y estudiar las estrellas.

—¡Ah! Uno de mis pasatiempos favoritos.

Wolf dejó caer la mano de su cintura hasta que descansó sobre el trasero de ella.

—Uno de los míos también —admitió, acariciándola.

Ella se estiró y le dio un beso rápido. Entonces, se volvió hacia los tres niños.

—Está bien, a lavarse las manos. La cena estará sobre la mesa en cinco minutos.

Miró a Wolf.

—Eso va también por ti, ¿sabes?

—Sí, señora —dijo y la saludó, burlón. Luego notó que Marisa estaba junto a su madre—. Bueno, ¿no es ella mi princesa india favorita? ¿Te gustaría irte a lavar para la cena?

Marisa ladeó su cabeza y lo miró como si considerara la oferta.

—Creo que sí —decidió—. Papá, ¿me contarás una historia sobre mi abuela, la que era una verdadera india y vivía en una reserva y…?

Él la cogió en brazos.

—Cariño, creo que tú probablemente podrías contar esas historias tan bien como yo.

—Está bien —respondió complaciente—. Había una vez, hace mucho tiempo, una bellísima chiquilla llamada Venado que Corre. Un día…

Kelly se quedó sola en la puerta, mirando hacia la pradera.

Los niños habían hecho por Wolf algo que ella no había podido hacer, inducirlo a hablar más abiertamente sobre su pasado. Una vez que supo que los niños disfrutaban escuchando las historias, él encontró solaz en hablarles sobre su juventud, sacando a la luz el dolor y la soledad.

Varias horas después, yacían extendidos sobre una manta cálida, sobre la suave hierba de la pradera, mirando hacia el cielo. A Kelly nunca le habían parecido las estrellas tan brillantes como aquella noche. Se sentía como si pudiera alcanzarlas y recogerlas del cielo. Pero como los fósiles, decidió dejarlas ahí para que otros pudieran disfrutarlas.

—¿Estás bien? —preguntó Wolf y la atrajo junto a él.

Había llevado dos mantas, una para cubrirse con ella.

—Estoy bien. Has tenido una gran idea.

—Me complace que la apruebes.

—Te gustaría que regresáramos a la época en que estuvimos en Colombia? —preguntó ella soñolienta.

—¡Colombia! No he pensado en eso durante años. ¿Qué te ha hecho acordarte?

—No sé exactamente. Supongo que hoy he tenido demasiado tiempo libre.

—¿Echas de menos aquellos días?

Ella se inclinó y lo miró.

—¡Por supuesto que no!

—¡Hemos cambiado mucho! Ahora somos los respetables padres de tres diablillos...

—Pero, sabes algo, Wolf. Disfruto con los niños. No sería igual si hubiéramos tratado de educarlos en el Este. La verdad es que adoro nuestro hogar en Albuquerque. Hay suficiente espacio para todos, suficiente aire fresco, un lugar para que los chicos corran hasta cansarse. Y tú siempre estás ahí para ellos.

—Trato de estarlo. El que tú los hayas tenido, no es razón para dejar que tú los críes sola.

—Es maravilloso vivir contigo.

Él bajó la cabeza hasta que sus labios rozaron los de ella.

—Lo mismo digo. Tenemos una maravillosa familia, Kelly. Una familia que nunca habría tenido si tú no hubieras llegado a mi vida.

—Quizá debamos agradecérselo al señor Santiago...

Wolf la abrazó.

—¿Vas a hablar o vas a mirar las estrellas? —gruñó con voz burlona.

—Te prometo no decir ni una palabra más —y lo besó.

Ninguno de los dos vio la estrella fugaz que en ese momento atravesó el horizonte... y tampoco les importó.

Annette Broadrick - Lobo solitario (Harlequín by Mariquiña)